

Erid Blyton

CLAUDINA

EN

SANTA

CLARA



Lectulandia

No sólo la llegada de una estricta ama a Santa Clara pondrá las cosas difíciles a las alumnas de cuarto grado. También las ideas y el comportamiento caprichoso de Claudina, una nueva alumna llegada de Francia, que más tarde resultará ser una alegre y buena compañera, acabarán poniendo a prueba a todo el curso en más de una ocasión.

Lectulandia

Enid Blyton

Claudina en Santa Clara

Santa Clara 5

ePub r1.1

Ishamael 06.08.13

Título original: *Claudine at St. Clare's*
Enid Blyton, 1944
Traducción: Ramón Margalef Llambrich
Ilustraciones: Escolano
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: Ishamael
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

REGRESO AL COLEGIO

Pat e Isabel O'Sullivan entraron en la clase de cuarto grado del colegio de Santa Clara, mientras miraban a su alrededor.

—Cuarto grado —comentó Pat—. ¡Oh, Dios mío! Vamos progresando, ¿verdad, Isabel?

—Sí. Esta clase parece quedar ya muy lejos de la primera —respondió Isabel—. ¿Te acuerdas de aquellos días? ¡Hace siglos de eso! Entonces nos llamaban las «*estiradas*». Las dos odiábamos este colegio y sólo deseábamos marcharnos de aquí.

Las gemelas evocaron los días ya lejanos en que habían figurado entre sus compañeras como novatas. Se acordaban muy bien de cómo se habían adaptado progresivamente al Santa Clara, de la mala impresión que al principio les causó el colegio, de cómo aquel injustificado aborrecimiento se fue transformando en orgullo y admiración. ¡Y allí estaban ahora, convertidas en alumnas de cuarto grado, al comienzo del curso de verano!

—¿No te parecen ahora las alumnas de primero verdaderas criaturas? —preguntó Pat—. Cuando llegamos aquí por primera vez, nos teníamos por mujeres hechas y derechas. Y, sin embargo, ahora todas ellas me parecen extraordinariamente jóvenes. Estoy contenta de estar en cuarto grado. ¿Tú no, Isabel?

—Naturalmente que sí —contestó la aludida—. Espero que continuemos en Santa Clara hasta completar nuestra educación. Y me agradecería hacerlo con nuestras amigas.

—Pues, la verdad es que algunas de ellas ya se han marchado —observó Pat—. Pam no volverá, ni tampoco Sheila.

Lucy Oriell también se ha ido a una escuela de arte. Su idea era seguir entre nosotras, pero es una gran artista y no le ha costado mucho trabajo ganar una beca para cursar estudios en la mejor escuela de arte del país.

—¡Bien por Lucy! Claro que la echaremos de menos. ¿Habrá chicas nuevas en este curso?

—Seguro. —Pat echó un vistazo por la gran habitación.

Oye, es bonita la clase, ¿verdad? Hasta ahora no habíamos tenido ninguna así. Desde las ventanas se disfruta de una espléndida vista.

En efecto, ante las gemelas se extendían kilómetros y kilómetros de hermosa campiña. Al pie del ventanal, se divisaban los terrenos del colegio: las pistas de tenis, la piscina. Las muchachas contemplaron también los jardines de la institución y la huerta, llena de verdes y lozanas plantas.

—¡La de veces que me he sentado frente a estas ventanas! —exclamó Pat—. ¡Mira! ¡Por allí aparecen Bobby y Janet!.

Roberta y Janet entraron sonrientes en la clase. La faz de Bobby, cubierta de pecas, tenía una expresión infantil, como la de un muchacho, y eso parecía, en muchos aspectos, por sus bromas y travesuras.

—¡Hola! —saludó Bobby—. ¿Habéis venido a ver nuestra nueva clase? Es estupenda, ¿verdad?

—¿Con quién nos las tendremos que ver aquí? —preguntó Pat—. Con la señorita Ellis, ¿no? ¿Qué pensáis de ella? A mí me parece una mujer agradable.

—¡Oh, sí! La señorita Ellis es calmada y muy digna —opinó Bobby—. Creo que nos entenderemos bien con ella.

—¿Se te han ocurrido algunas travesuras nuevas, Janet? —preguntó Isabel.

Janet siempre tenía alguna jugarreta nueva, que llevaba a la práctica a lo largo del curso, en su repertorio. La mayor parte de ellas se las había enseñado su hermano, que debía de ser un bribonzuelo de cuidado. La muchacha sonrió.

—Esperad, ya veréis —contestó—. Aunque me imagino que ahora que ya estoy en el cuarto grado habré de andar con más cuidado. A estas alturas una debe mostrarse un poco prudente. Por otro lado, me veré obligada a trabajar de firme, de manera que no me quedará mucho tiempo libre para pensar en bromas.

—¡Bah! Supongo que seguirás siendo la misma —declaró Pat—. ¿Sabéis si han venido chicas nuevas?

—Dos o tres —les hizo saber Bobby—. ¡Hola, Hilary!

Hilary Wentworth acababa de penetrar en la clase. Era una muchachita morena. Sus labios se habían distendido en una sonrisa. En Santa Clara era más antigua que las dos gemelas.

—¡Hola! ¿Sabéis ya quién es el ángel?

—¿Qué quieres decir? —le preguntaron las gemelas y Bobby, a un tiempo.

—¡Ah! ¿Es que no la habéis visto aún? Acaba de llegar. Su equipaje se compone de un baúl nuevo, tres raquetas de tenis y un bolso de mano en el que aparecen bordadas en oro sus iniciales. ¿Qué os apostáis a que vuestra prima Alison no tarda en pensar que es una de las siete maravillas del mundo? Su tez es blanca, enmarcada por unos cabellos dorados. Se peina como los angelitos de las estampas. Su alargada cara recuerda a la de un hada y su voz hace evocar la de una princesa.

—¡Demonios! ¿Dónde está ahora? —preguntaron las otras, interesadas—. ¿Estará en nuestro mismo grado?

—En estos momentos se encuentra en el vestíbulo —replicó Hilary—. Llegó aquí en el coche más grande que he visto en toda mi vida con un escudo en las puertas. La acompañan dos chóferes.

—Vamos a verla —propuso Pat.

Las chicas salieron al pasillo y se asomaron por encima de la barandilla de la escalera para contemplar a la recién llegada.

La nueva seguía allí. Ciertamente, su aspecto recordaba un poco al de un ángel, si es que es posible imaginarse un ángel vestido con uniforme escolar, ¡y tres hermosas raquetas de tenis entre los brazos!

—Es bonita, ¿verdad? —comentó Bobby, que al no ser muy atractiva admiraba siempre la belleza en las demás chicas—. Sí. Yo también apostaría cualquier cosa a que Alison no tardará en seguirla a todas partes como si fuera un perrito. Esa muchacha sólo se siente feliz cuando da con una persona superior, cuyas supuestas cualidades son tan maravillosas que no pueden expresarse exactamente con palabras.

Alison subía en aquel momento. Era prima de las gemelas. Se trataba de una chica de correctas facciones, menuda y no demasiado inteligente.

—¡Hola! Creo que estabais hablando de mí.

—Sí —contestó Hilary—. Decíamos que, con toda seguridad, esa muchacha con aspecto de ángel que hay ahí abajo será de tu agrado. ¿Has visto acaso algo semejante?

Alison se inclinó sobre la barandilla y, como las otras se habían imaginado, se sintió cautivada por la nueva compañera.

Parece una princesa de cuento de hadas —fue la opinión de Alison—. Voy a bajar para preguntarle si quiere que le enseñe el colegio.

Alison bajó las escaleras a toda prisa. Las otras se miraron sonrientes.

—A Alison le acaba de suceder lo que en tantas ocasiones anteriores. ¡Pobre Alison! La de amistades memorables que lleva hechas y perdidas. ¿Os acordáis de Sadie, la chica americana? Alison iba siempre de un lado para otro declarando: «*Sadie dice esto... Sadie dice lo otro...*». Con ese estribillo, hicimos una canción.

—Cuando estábamos en segundo grado llegó a la conclusión de que la profesora de literatura era una mujer maravillosa; un año después pensaba lo mismo de la primera de la clase, y se convirtió en un verdadero fastidio para ella, con sus continuas atenciones y asiduidad —explicó Janet—. Alison se deja cautivar por las personas y éstas no se molestan lo más mínimo por ella.

—Es divertido —manifestó Pat—. ¡Mirad, mirad cómo coge al ángel del brazo y se marchan ya las dos!

—Ahí abajo hay otra chica nueva —observó Bobby—. Da la impresión de sentirse sola, desamparada. Alison debería llevársela también. ¡Eh, Alison!

Pero ésta había desaparecido ya en compañía del ángel de rubios cabellos. Las gemelas descendieron por las escaleras y se dirigieron a la nueva compañera.

—¡Hola, chica! Eres nueva en el colegio, ¿verdad? Sería mejor que fueras a ver al ama. Bueno, te diremos dónde está.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Pat, mirando atentamente a la muchacha, que se

esforzaba por aparentar que no se sentía extraña, desorientada en aquel ambiente.

—Pauline Bingham-Jones —replicó la chica con voz más bien afectada—. Os agradecería que me dijerais qué debo hacer, a quién conviene que vea ahora.

—Habitualmente, el ama está aquí, en el vestíbulo, para cuidar de las nuevas alumnas —informó Hilary, un tanto perpleja—. ¿Dónde estará en estos momentos?

—No la he visto aún. Tampoco se hallaba aquí cuando llegamos nosotras.

—¡Qué raro! —exclamó Isabel—. Veamos si está en su despacho. De todas maneras tenemos que hablar con ella.

Pauline las acompañó. Dieron unos golpes en la puerta. El ama era persona de su devoción, pese a que siempre les había inspirado un miedo cerval. Hacía años y años que estaba en Santa Clara y entre las alumnas había algunas cuyas madres la conocían de sus tiempos de estudiantes. Oyeron una voz.

—¡Pase!

—Esa voz no es la del ama —comentó Pat desconcertada.

La muchacha abrió la puerta y entró seguida de las demás. Una mujer vestida de uniforme se encontraba sentada, dedicada a la costura, junto a la ventana del cuarto. En efecto, no era la persona que ellas buscaban. Las chicas miraron a la desconocida bastante sorprendidas.

—¡Oh! —exclamó confusa Pat—. Deseábamos ver al ama.

—Yo desempeñaré el cargo durante el presente curso. Vuestra antigua ama cayó enferma estas vacaciones pasadas y he tenido que sustituirla. Estoy segura de que nos llevaremos bien.

Las muchachas miraron fijamente a su interlocutora. No parecían compartir su opinión. La vieja ama era gruesa y alegre. A sus ojos asomaba una mirada confortadora, cordial. Esta mujer, en cambio, era delgada y su gesto resultaba agrio. Sus finos labios, al juntarse, formaban una estrecha línea sobre el rostro. En aquel instante la sustituía sonreía, pero la sonrisa quedaba limitada a sus labios sin alcanzar sus ojos.

—Hemos venido —aclaró Bobby—, porque lo acostumbrado es que el ama atienda a las nuevas alumnas. Ésta es una de ellas. Tiene que darle a usted su lista de prendas personales, objetos de aseo y demás.

—Lo sé, lo sé, gracias —dijo el ama de llaves, mientras partía con los dientes una hebra de hilo—. Envíenme a todas las chicas nuevas, ¿quieren? ¿Cuántas han llegado hasta ahora?

Las muchachas no lo sabían. Todas pensaron que eso era de la incumbencia del ama. Evocaron mentalmente a la anterior, atareada en los días de comienzo del curso, buscando a las recién llegadas para darles la bienvenida, presentándolas a las profesoras y a otras chicas para que cuidaran de ellas.

—Bien —contestó Pat por fin—. Le presento a Pauline Bingham-Jones. Por ahí

fuera anda otra. La vimos hace poco. Parece ser que es nuestra prima Alison quien se ocupa de ella.

Las chicas salieron del despacho, Pauline se quedó con la nueva ama. Enseguida intercambiaron unas miradas, fruncían el ceño.

—No me gusta —declaró Isabel—. ¡Parece una botella de vinagre!

Sus compañeras se echaron a reír.

—Confío en que vuelva pronto nuestra antigua ama —dijo Bobby—. Santa Clara se nos antojará algo extraño sin ella. ¿Dónde se habrá metido Alison con su ángel?

Alison apareció ante sus amigas en aquel instante. Estaba radiante; tenía las mejillas encendidas. Lo normal era que ya contara con una nueva amiga. La acompañaba el «ángel».

—¡Oh! Pat, Isabel, Bobby, Hilary. Os presento a la Honorable Ángela Favorleigh.

La Honorable Ángela inclinó levemente la cabeza, como si se hallara ante sus súbditos. Bobby sonrió.

—Ángela, una vez tuve una muñeca a la que siempre llamaba así —declaró—. ¡Se parecía un poco a ti! Bien. Espero que te agrade Santa Clara. Acompáñala al despacho del ama, Alison.

—¿Está allí el ama? La he estado buscando.

—Este curso tenemos una nueva —explicó Bobby—. No te agradará.

La Honorable Ángela Favorleigh no le gustó a Bobby, pues contempló a las nuevas compañeras con el mismo gesto de quien huele algo desagradable. Ángela se volvió hacia Alison para decirle:

—Bueno, vamos a ver al ama. Quiero cambiarme de ropa.

Tenía una voz bonita, un poco chillona.

Las dos muchachas se marcharon. Hilary se echó a reír.

—Ya sabemos dónde va a pasar Alison la mayor parte de este curso: ¡en el bolsillo de la Honorable! —exclamó.

Capítulo 2

EN LA CLASE DE CUARTO GRADO

Fijaos —dijo Bobby—, hay otra chica nueva. Todo parece indicar que se incorporará a la clase de cuarto grado.

La muchacha en cuestión avanzaba rápidamente, como si ya supiera bien adónde se dirigía.

—Hola —saludó Bobby—. También eres nueva aquí, ¿verdad? ¿Qué grado vas a cursar? ¿Lo sabes ya?

—El cuarto. Me llamo Eileen Patterson.

—También nosotras somos de cuarto —señaló Pat, que seguidamente se presentó a sí misma y a las demás—. ¿Quieres que te enseñemos el colegio? Lo normal sería que el ama estuviese en el vestíbulo para dar la bienvenida a las alumnas, pero es que este curso tenemos una nueva, que por lo visto desconoce todavía los usos y costumbres de la casa.

Tuvieron la impresión de que, de pronto, la chica se había enojado.

—Sé moverme por aquí a la perfección, gracias —dijo muy seria—. Hace una semana que llegué al colegio.

Sin pronunciar una palabra más, dio la vuelta y se fue. Las otras se la quedaron mirando.

—¿Qué es lo que le ha molestado? —inquirió Bobby.

¿Por qué motivo tiene que mostrarse tan brusca? ¿Qué dijo? ¿Qué estaba aquí desde hace una semana? Ninguna alumna suele venir a Santa Clara antes del primer día de clase.

Apareció Mirabel, acompañada de su amiga Gladys.

—¿Qué hay, chicas? Encantadas de veros de nuevo. He visto que hablabais con esa muchacha que acaba de marcharse, la nueva, Eileen Patterson. ¡Parece que el colegio fuera suyo!

—Estáis equivocadas —manifestó Mirabel—. Aún no he hablado con ella. Sé, sin embargo, que es hija de la nueva ama. Ya sabréis que la nuestra se encuentra enferma. Eileen va a ser educada aquí. Llegó al colegio con su madre, hace una semana. El ama anticipó un poco su llegada para tomar posesión del cargo y preparar algunos detalles.

Bobby emitió un silbido de asombro.

—¡Claro! No es de extrañar que se enojara al oír decir a Pat que lo habitual es que el ama se dedique a recibir a las alumnas nuevas. Tampoco debió agradecerle mucho que subrayara su ignorancia sobre las costumbres del colegio. Y no es raro que se

mueva por aquí con soltura después de estar en Santa Clara desde hace una semana. Me disgusta esa chica.

—Dale una oportunidad para que se muestre tal como es en realidad —aconsejó Hilary—. Tú sabes perfectamente que, cuando vas a algún sitio por primera vez, adoptas una actitud defensiva. Todas nos hemos sentido extrañas aquí al principio.

En otros grados había habido también cambios, pero éstos no ofrecían ningún interés para aquel grupo de amigas. Estaban contentas de verse juntas de nuevo. Las gemelas, Bobby, Hilary, Kathleen, Doris, Carlota y el resto. Todas habían llegado curso tras curso al mismo tiempo a aquel grado. Quedaban otras muchachas, con las cuales, en su mayor parte, las gemelas simpatizaban. Susan Howes era la jefa de grupo de cuarto. Se trataba de una agradable chica, dotada de un gran sentido de la responsabilidad y sumamente justa.

La señorita Ellis era la encargada del cuarto grado. Era una mujer firme, serena, que raras veces levantaba la voz. Esperaba que todas trabajaran y se preocupaba de que las cosas marcharan a medida de sus deseos. Sentía un gran interés por las alumnas; es más, las quería y éstas le correspondían.

Dentro del aula, la Honorable Ángela Favorleigh parecía un ángel más que en ninguna otra parte, con sus dorados cabellos caídos sobre los hombros y las puntas dobladas graciosamente hacia adentro. Las prendas que componían su uniforme, pese a ser iguales que las que vestían las demás, lucían de un modo especial sobre su gentil cuerpo.

—Los zapatos que calza han sido confeccionados ex profeso para ella —informó con un murmullo de voz Alison a las gemelas—. Y tiene un bolso para cada vestido, cada uno con sus iniciales en oro.

—Cállate —dijo Pat—. ¿A quién pueden interesar esas cosas? Tu adorada Ángela es una snob.

Alison estaba dispuesta en todo momento a salir en defensa de su nueva amiga.

—Debéis saber que pertenece a una de las familias más antiguas del país. Tiene un primo en tercer grado que es príncipe. ¡Dios sabe la de amistades que tendrá con títulos nobiliarios!

—También tú eres una snob, Alison —observó Isabel, disgustada—. ¿Por qué tienes que dedicarte siempre a sonsacar a la gente de esa manera? ¿No sabes que lo que importa es lo que se es y no lo que se tiene?

—Yo no soy ninguna snob. Desde luego, eso sí, me satisface que Ángela me haya escogido por amiga. Y creo que es una muchacha muy agradable.

—¡Lástima que no sea más juiciosa! —exclamó Bobby.

Por supuesto, Ángela Favorleigh era, ciertamente, una snob. Se mostraba sumamente orgullosa de su familia, de su riqueza, de sus coches, de su aspecto. Con respecto a la elección de amigas, era muy especial. Le agradaba Alison porque era

una chica delicada, de buenos modales. Además, Ángela se sentía la preferida de aquel ingenuo corazón.

De su clase, pocas eran las que sentían alguna simpatía por Ángela. Bobby la detestaba. Solía decir que era exactamente igual que una muñeca.

Con Carlota tampoco tenía nada que hacer. Ésta no le interesaba a Ángela en absoluto. Aquella jovencita morena, de ojos oscuros, había trabajado en otro tiempo en un circo y no se avergonzaba de tal cosa. Su madre había actuado como amazona. El padre, en cambio, era un caballero y Carlota pasaba las vacaciones con él y su abuela, ya que la madre había muerto. La chica había aprendido a conducirse como una dama y gozaba de gran popularidad entre sus compañeras.

Pero no había olvidado los emocionantes días de la vida circense, y a menudo divertía a las demás con acrobacias y otras demostraciones por el estilo.

Alison le había contado a Ángela las historias personales de sus compañeras, incluida Carlota. Ángela había arrugado su menuda y graciosa nariz al enterarse de que la muchacha había cabalgado sobre las arenas de las pistas circenses.

—¿Cómo pueden permitirle que esté aquí, en un colegio cómo Santa Clara? —inquirió—. Estoy segura de que si mi familia se entera de este detalle, no me hubiera matriculado.

—¿Cómo es que has venido a Santa Clara, Ángela? —preguntó Alison, curiosa—. Éste, todo el mundo lo sabe, es un colegio serio, juicioso. Bueno, ya me entiendes. No es lo que se dice un colegio elegante, al estilo de los que hay por ahí.

—Yo no quería venir. Mi madre deseaba enviarme a un sitio mejor, pero mi padre tiene unas ideas muy raras. Dijo que lo que yo más necesitaba era que me «*limaran las aristas*».

—¡Oh, Ángela! ¡Tú no tienes aristas que limar! —manifestó Alison—. Con franqueza: yo creo que no tienes ningún defecto.

Esto era lo que le gustaba a Ángela y constituía un poderoso motivo para que Alison le agradara como amiga. Sus inocentes y azules ojos se fijaron en la chica.

Luego esbozó una angelical sonrisa.

—Dices cosas muy agradables, Alison. Desde luego, eres la mejor chica del grado. No puedo soportar a la vulgar Eileen ni a la terrible Carlota, ni a Pauline Bingham-Jones.

Pauline, ciertamente, no disfrutaba de un éxito considerable entre sus compañeras. En su estilo, parecía tan snob como Ángela. Pero la representación, en su caso, no era tan buena debido a que el corte de sus ropas dejaba algo que desear y no tenía las riquezas de Ángela. También ella, sin embargo, fruncía el ceño al ver a Carlota y sentía una profunda simpatía por Bobby. Para hablar con Eileen le faltaban fuerzas.

—No sé por qué tuvieron que permitir a Eileen que se matriculara en este colegio.

¿Porque su madre es el ama de llaves, quizá? —solía decir Pauline con su afectada voz—. ¡Dios mío! A este paso, dentro de poco tendremos entre nosotras a las hijas de la cocinera y el jardinero. Ya resulta bastante incómodo que Carlota se encuentre aquí. Esa chica está por domesticar todavía.

Carlota producía siempre esta impresión al principio del curso, en parte porque ya no se encontraba bajo la mirada vigilante de su abuela. Pero nadie tomaba a mal esa manera un tanto desaliñada de conducirse de Carlota. Era una faceta de] carácter de la vivaz y divertida muchacha.

Sabedora de que no les había caído bien ni a Ángela ni a Pauline, Carlota se expresaba ante ellas en argot mientras hacía gestos estrambóticamente, cuando no acababa andando a gatas.

La señorita Ellis, con todo, no toleraba tal estado de cosas en el cuarto grado. Éste era ya la antesala del futuro hogar y las chicas debían aprender a refrenar sus reacciones puramente instintivas, a ser más serias, a mostrarse como miembros del colegio, dignas de toda confianza. En el quinto y sexto grado todas disponían de habitaciones individuales, y se esperaba de ellas que adoptaran una actitud más responsable ante la vida.

Consecuentemente, Carlota era amonestada con frecuencia por la señorita Ellis. En esas ocasiones Ángela y Pauline se dedicaban a susurrar frases irónicas a las chicas que tenían más cerca.

Pauline y Ángela habían establecido un concurso permanente con respecto a sus maravillas personales. Las chicas se reían lo suyo cuando tenía lugar alguno de sus frecuentes encuentros.

—Un primo mío en tercer grado, que es príncipe —decía, por ejemplo, Ángela—, posee un avión para su servicio personal y me ha prometido que me llevará en alguno de sus viajes.

—Pero ¿es que no has subido todavía en ningún avión? —respondía Pauline con afectada expresión de sorpresa.

¡Santo Dios! Yo he volado ya tres veces. Ocurrió cuando me hallaba en casa de los Lacy Wrights. Fíjate: tienen dieciséis cuartos de baño en la casa. Bueno, eso es realmente un palacio.

—Apostaría lo que fuese a que en tu casa no hay más que un cuarto de baño —manifestó Ángela despectivamente—. Nosotros tenemos siete.

—Y nosotros nueve, si cuentas los dos que hay en la parte destinada a la servidumbre.

Todas acababan mirando a Pauline, extrañadas. Daban crédito a las palabras de la pequeña snob de Ángela, que mencionaba a cada paso las riquezas que poseía, porque sólo con Verla se apreciaba que no mentía. En cambio, la figura de Pauline no encajaba bien en un ambiente señorial con palacios a base de docenas de cuartos de

baño, una flota de coches caros y demás cosas por el estilo.

—Bueno, dejadme ahora contar mis cuartos de baño —intervino Bobby—. Tres para mí, cuatro para mamá, cinco para papá, dos para los huéspedes. ¿Cuántos son en total?

—¡Qué tonta! —exclamó Pat, riendo.

Ángela y Pauline se pusieron serias.

—¡Y yo que no acierto ahora a acordarme si tenemos o no cuarto de baño en casa! —declaró Hilary al intervenir en la broma—. A ver, dejadme pensar.

Pero por mucho que se burlaran las demás, Ángela y Pauline no abandonaban sus alardes de grandeza. Cuando no se trataba de cuartos de baño, la discusión giraba en torno a los coches; cuando no hablaban de éstos, salían a reducir sus respectivas madres, elegantemente vestidas y enjoyadas en todo momento. Las muchachas, en realidad, comenzaban a sentirse cansadas de aquel concurso.

Las cosas de Ángela y Pauline no parecían impresionar mucho a Eileen Patterson. Ella sólo tenía un tema de conversación: su hermano mayor. Éste trabajaba en alguna parte en la vecina ciudad. Se apreciaba bien a las claras que Eileen sentía adoración por él.

—Se llama Edward —explicaba—. En casa le llamamos Eddie.

—¡No faltaba más! —decía Ángela, desdeñosa—. Y de haberse llamado Alfred, le hubierais llamado Alf. Y de ser Herbert, le llamaríais Herb, o Erb, quizás.

Eileen enrojeció al oír a Ángela.

—Eres una estúpida —contestó—. Espera a conocer a Eddie... digo a Edward. ¡Es un muchacho extraordinario! Tiene los cabellos rizados y una sonrisa muy atractiva. Es el hermano más bueno del mundo. Trabaja mucho en su empleo. Debéis saber que mamá perdió una gran cantidad de dinero, por lo que se vio obligada a aceptar el puesto de ama de llaves en el colegio. Eddie, Edward, tuvo que ponerse a trabajar también.

—Tu historia familiar no me interesa, Eileen —respondió Ángela con frialdad.

Y, tras dar la vuelta, se alejó de su lado, acompañada por Alison.

Eileen se encogió de hombros.

—¡Miren, la snob! —dijo en voz alta—. Lo que necesita es que le den unos azotes.

Carlota se mostró de acuerdo.

—Sí. En ocasiones, me tiembla la mano. Y es que siento unas ganas tremendas de darle una buena bofetada. Pero ahora ya soy una alumna de cuarto grado. ¡Qué lástima! Se me va a olvidar cómo se propina una bofetada a tiempo cuando la persona en cuestión se hace merecedora de ella.

—¡Qué va! ¡Eso no se te olvidará jamás! —exclamó riendo Bobby—. Cuando pierdas los estribos, te olvidarás de que estás en cuarto grado. ¡Ya verás como vuelves

a ser la Carlota de siempre!

Capítulo 3

LA LLEGADA DE CLAUDINA

Antes de que hubiera transcurrido una semana, se presentó en el colegio una nueva chica. Fue *Mademoiselle* quien anunció su llegada.

—Les reservaba una sorpresa —anunció sonriendo en el instante en que entraba en la sala para dar una clase de francés—. Pronto tendrán otra compañera. Llegará hoy.

—¿Y por qué se ha retrasado tanto? —quiso saber Pat, extrañada.

—Acaba de pasar el sarampión —informó *Mademoiselle*—. El sarampión es una enfermedad sumamente fastidiosa.

El de Claudina se complicó. Por eso no ha podido venir antes.

—¿Claudina? —repitió Isabel—. ¡Qué nombre tan bonito!

¡Me gusta!

—¡Ah! La pequeña Claudina les gustará. Es una chica francesa. ¡Se trata de mi sobrina!

Esta noticia sí que constituía una novedad para las chicas. Ignoraban que *Mademoiselle* tuviera una sobrina. ¡Y ahora venía a Santa Clara!

—Espero que se sienta a gusto aquí —dijo Hilary, que pensó que alguien tenía que encargarse de hacer un comentario cortés.

—¡Oh, seguro que se encontrará bien entre ustedes! La pequeña Claudina se siente siempre feliz en cualquier parte, adondequiera que vaya. Nunca hubo una criatura mejor dispuesta para la felicidad que ella. Sonríe o ríe constantemente y se halla en todo instante dispuesta para la broma o la travesura.

No estaba nada mal esto. Las chicas aguardaban ya con ansiedad la llegada de Claudina. Todas se quedaron con los ojos fijos en *Mademoiselle*, esperaban oír algo más.

Entonces la faz de *Mademoiselle* se tornó grave. Se ajustó los lentes sobre el caballete de la nariz y contempló con atención a su juvenil auditorio mientras paseaba su mirada de miope por los rostros de las jóvenes.

—He puesto un especial interés en que Claudina viniera a parar aquí —explicó—. Con anterioridad estuvo interna en un colegio de religiosas, pero aquello resultaba excesivamente severo para su carácter. La pobre Claudina siempre se encontraba en falta. Me dijeron que no se preocupaba de nada, ni de las costumbres ni de las normas por las que se regía el centro. Yo me dije: «¡Ah, pero si Bobby, ahora una buena estudiante y sumamente trabajadora, fue en otro tiempo así! ¡Cómo la ha transformado Santa Clara! Tal vez le ocurra lo mismo a mi querida Claudina».

Bobby se agitó, inquieta, en su asiento al oír aquel discurso de *Mademoiselle*. No estaba segura de que le gustase que se refirieran a ella en aquéllos términos. Pero la profesora había adoptado una expresión tan seria que la chica no hizo el menor ademán de protesta. Bien, ¿y de qué le habría servido, de todos modos? *Mademoiselle* proseguía hablando:

—Así, pues, Claudina llega hoy, perfectamente recobrada de su sarampión. Supongo que le dispensarán un cordial y memorable recibimiento. Lo haréis por mí, ¿verdad?

Mademoiselle tuteaba a sus alumnas cuando dejaba de lado su función profesional, como suelen hacer muchos profesores.

Desde luego que le dispensaremos un gran recibimiento respondió Susan Howes.

Las demás murmuraron unas palabras de aprobación, con excepción de Ángela, Alison y Pauline, a los ojos de las cuales asomó una mirada de fastidio. ¿Qué tenían ellas que ver con la sobrina de *Mademoiselle*? ¿Valía la pena pensar siquiera en ella?

—Hay que reconocer que sois buenas chicas —comentó *Mademoiselle*—. Os presentaré a Claudina tan pronto llegue.

Os querrá enseguida a todas. Es buena también, pero parece sentir una gran despreocupación por todo aquello que está bien, que resulta lo adecuado. Claro que vosotras la haréis cambiar, ¿*n'est-ce pas*?

Las jóvenes comenzaban a adivinar en Claudina una futura compañera nada aburrida. ¡Sería divertido, ciertamente, tener una compañera francesa! Se miraron entre ellas, pensando que de todas las nuevas alumnas, ésta parecía ser la que prometía más.

Cinco minutos antes de que terminara la clase, se abrió la puerta y en el umbral apareció una extraña muchacha: Era menuda, morena y de aspecto vivaz. Su mirada era muy descarada y, antes de avanzar en dirección a *Mademoiselle*, paseó la vista rápidamente por los rostros de las presentes.

Las chicas la miraron, asombradas.

Mademoiselle lanzó un grito y echó a correr para salirle al encuentro. De inmediato la besó varias veces en las mejillas, alisó con un gesto afectuoso sus morenos cabellos y comenzó a hablar atropelladamente en francés. Ninguna logró entender lo que decía a la recién llegada.

La chica contestó en un cortés francés y besó a su vez a *Mademoiselle* en las mejillas. Evidentemente, el arretrato de su tía no le había causado la menor impresión.

—¡Ah, pequeña Claudina, por fin te encuentras entre nosotras! —exclamó *Mademoiselle*, que obligó a su sobrina a volverse para que se enfrentase con sus nuevas compañeras, y añadió—: Aquí tenéis a la pequeña Claudina. —La profesora, emocionada, no había advertido que los lentes estaban a punto de caérsele al suelo—. Saluda a tus nuevas amigas, Claudina.

—¿Qué hay, chavalas? —preguntó Claudina, cordialmente.

Las chicas la miraron, sorprendidas. Se oyeron unas risitas. Les hacía gracia lo despreocupado de su gesto.

—¿Qué has dicho? —le preguntó *Mademoiselle*, que desconocía ciertas expresiones de tono vulgar—. Eso no es correcto, Claudina. Al dirigirte a la clase deberías haber preguntado: ¿cómo estáis?

Todas se echaron a reír. Claudina sonreía tranquilamente. *Mademoiselle* también. Bien se notaba que se sentía orgullosa de su sobrina y que le tenía un gran cariño.

Sonó el timbre que anunciaba el fin de la clase. *Mademoiselle* buscó a Hilary.

—¿Quieres hacerme el favor de llevarte contigo a Claudina? Mi sobrina se sentirá de momento extraña entre vosotras, tímida. Ve poniéndole al corriente de todo.

Pero *Mademoiselle* se hallaba por completo equivocada con respecto a aquel punto. Claudina no se sentía tímida ni extraña. ¡Si se conducía como si hiciera años que conocía a sus compañeras! Les hablaba con naturalidad, fluidamente, se expresaba en un inglés muy correcto. Ahora bien, le ocurría como a su tía: aplicaba algunas frases fuera de lugar.

Había ido, por supuesto, al colegio en Francia, y luego hizo un curso o dos en una institución religiosa en Inglaterra.

Al parecer, Claudina no quiso quedarse de ningún modo allí y los que regían el centro se negaban a que siguiera en él.

—Fijaos: bueno, es que fue mala suerte, la profesora de ciencias se subió, con la ayuda de una escalera, a un árbol. Quería coger unos hongos muy curiosos que crecían en lo alto del tronco —explicó Claudina—. Entonces me acerqué yo para pedirle prestada la escalera. Desde luego, la clase de ciencias naturales de aquel día no la dimos.

—¡Demonios! ¿Quieres decir que dejaste a la profesora en lo alto del árbol? —inquirió Bobby—. Verdaderamente, Claudina, tienes valor. No es de extrañar que *Mademoiselle* piense que Santa Clara te irá bien. Aquí eso no se puede hacer.

—¿No? ¡Qué lástima! Bueno. Espero, pese a ello, que tendremos ocasiones en que podamos divertirnos. Siento no haberme presentado en el colegio el primer día de curso. Es que caí enferma con sarampión.

Las chicas sonrieron. Claudina les era simpática. Pero Ángela no pensaba igual. Hasta Pauline escuchaba con atención a la francesita. Y a Alison la divertía. Ángela tenía el ceño fruncido, como de costumbre.

—¿Qué te dije, Alison? Primero vino la hija del ama de llaves y ahora se presenta aquí la sobrina de *Mademoiselle*.

No acierto a comprender qué ves en esa chica para que te agrade. Me sorprendes.

—Me gusta su voz, su modales —replicó la aludida—. Y también su manera de mover las manos cuando habla. Lo hace idéntico que *Mademoiselle*. Es una chica

encantadora, Ángela.

A ésta le desagradaba profundamente que Alison se mostrara en desacuerdo con ella sobre cualquier cosa. Miró con frialdad a su amiga y dio la vuelta. Solía castigar siempre a Alison de este modo: se retiraba bruscamente. Era algo que Alison no podía soportar.

Alison fue en su busca y la cogió de una mano. Después comenzó a halagarla. Por último, Ángela accedió a sonreír de nuevo con los ojos puestos en su esclava.

—No tienes por qué preocuparte respecto a Claudina —dijo Alison—. En realidad es una chica corriente, vulgar.

—No tanto como Carlota —declaró Ángela con desdén.

Alison parecía molesta. Le agradaba Carlota, que resultaba una compañera sincera, leal, justa, aparte de divertida. Le gustaba hasta en sus arrebatos. Alison tenía a Carlota por la chica más natural del grupo. Y una persona, cuando se conduce con naturalidad, gana muchos puntos en el aprecio de los demás.

Claudina se adaptó enseguida a Santa Clara. Ocupó un pupitre en el fondo de la clase y una taquilla en la sala colectiva. En la parte superior de la taquilla, después de ordenar sus objetos personales, colocó una fotografía de su madre. Había traído consigo un gran pastel, que repartió generosamente entre sus nuevas amigas. Ángela no aceptó el trozo que le ofreció la francesita. Alison hizo lo mismo, tras vacilar un momento. Temía que Ángela se enojase de nuevo si veía que se unía a las otras.

Al principio las chicas se sintieron muy complacidas con Claudina. Pero pronto descubrieron que tenía unas costumbres que desentonaban del modo de ser general, unos hábitos nada ingleses. Por ejemplo: no sentía el menor reparo en copiar de los libros. Era inteligente, pero perezosa. Entonces se limitaba a copiar a la hora de los ejercicios las respuestas que había estampado en su cuaderno la muchacha que tenía al lado. Ésta era Mirabel, cuya cabeza no figuraba precisamente entre las mejor organizadas. En consecuencia, lo que hacía Claudina era copiar error tras error. Pero esto, era evidente, no le importaba mucho.

—Oídmeme, chicas: no debiéramos consentir que Claudina engañe así a las profesoras —dijo Pat—. Insiste en copiar una y otra vez los ejercicios de Mirabel, que asegura que Claudina no se molesta en hacer una sola suma.

—Lo más raro es que lo hace abiertamente, sin disimulo alguno —observó Isabel—. Quiero decir, que ¡parece que ella no cree obrar mal!

Claudina se quedó muy asombrada al oír a Susan Howes hablar del asunto.

—¡Es un engaño, Claudina! ¡Tal vez tú no te des cuenta de ello!

Susan tenía el rostro encendido. Le desagradaba formular aquella grave acusación.

—No te comprendo —murmuró Claudina—. Todas me habéis visto hacerlo. El engaño es siempre una cosa secreta.

—Estás equivocada. Da lo mismo que procedas a escondidas que a la luz del día, a la vista de todas. En uno u otro caso, el engaño no deja de ser engaño. Además, es una tontería que copies los trabajos de Mirabel. Sus ejercicios están siempre equivocados en su mayor parte. La señorita Ellis acabará por enterarse y tendrás un disgusto.

—¿Crees que es mejor que copie de Hilary? —preguntó Claudina, muy seria.

Susan suspiró.

—No debes copiar de nadie, Claudina. Ya sé que las francesas tenéis ideas distintas a las nuestras, a *Mademoiselle*, por ejemplo, le sucede lo mismo, pero tendrás que adaptarte a nuestros hábitos si deseas sentirte a gusto en Santa Clara; en una palabra, ser feliz aquí.

—Yo soy feliz en cualquier parte —se apresuró a contestar Claudina—. Bueno, Susan, creo que no volveré a copiar, excepto cuando me encuentre con que no tengo los deberes hechos.

Otro hábito de Claudina que sus compañeras hallaron irritante fue el de pedir prestada una cosa tras otra. Pedía lápices, gomas, reglas, libros, lo que necesitara en un momento dado. Y nueve de cada diez veces se olvidaba de devolver esos objetos a sus legítimas dueñas.

—Se me ha olvidado —explicaba—. Me ocurre eso con frecuencia: pido un lápiz, hago uso de él y agradezco, además, el favor. Luego, ya no me acuerdo dónde lo dejé. Entonces aparece ante mí, digamos, Hilary, diciendo: «¿Dónde estará mi lápiz? ¡Vaya, lo perdí!». No, no eso. El lápiz se encuentra en mi pupitre. Nada de perderse.

—¿Y por qué no haces un esfuerzo para acordarte de devolver a tiempo las cosas que pides prestadas continuamente? Inténtalo. Ese lápiz de la última vez —declaró Hilary—, era de plata y yo lo tenía en mucha estima. ¡Ah! ¿Por qué no pides permiso, de ahora en adelante para llevarte ciertos objetos que no son tuyos?

—¡Vaya con las chicas inglesas! —exclamó Claudina, fatigada—. Como queráis. En lo sucesivo, seré buena. Me inclinaré ante ti para decirte: «*Querida Hilary: por favor, por favor, préstame tu bonito lapicero de plata*».

Hilary se echó a reír. Las conversaciones con Claudina acababan siempre así. Hacía girar sus negros y expresivos ojos y gesticulaba como *Mademoiselle* con las manos. Después de todo, había estado poco tiempo en Inglaterra. ¡Seguro que antes de que el curso terminase, estaría habituada a las normas inglesas que regían la convivencia dentro de los muros de Santa Clara!

Capítulo 4

¡CUIDADO CON EL AMA!

Pasaron las primeras semanas del curso. Y las que procedían del anterior se sentían en el nuevo grado como si hubiesen pertenecido siempre a él. Miraban desdeñosamente a las de tercero y consideraban gente menuda y sin importancia a las chicas de primero y segundo. Las mayores ni siquiera reparaban en estas últimas.

El curso de verano resultaba siempre agradable. Las internas tenían ocasión de practicar el tenis, la natación. Inesperadamente, Ángela se reveló como una nadadora experta, rápida. Alison, a quien aquel deporte no le decía nada, se esforzó cuanto pudo para no hacer un mal papel junto a ella. Sólo así conseguía conservar el aprecio de su estimada Ángela.

Claudina odiaba a muerte el agua. La chica se resistió a bañarse con gran enojo por parte de la profesora.

—¡Claudina! ¿De qué le va a servir haber venido a una institución docente inglesa, si se empeña en no aprender las cosas buenas que estamos en condiciones de enseñarle?

—La natación no tiene nada de bueno —replicó Claudina—. A mí ese deporte me hace sentir frío. Y tampoco me agrada esa costumbre inglesa de jugar a todos los juegos imaginables. El tenis es una estupidez, a mi juicio.

Como no era cuestión de desnudar a Claudina a la fuerza, la francesita no llegó a bañarse. Sus compañeras procuraron echarle toda el agua que pudieron encima. La señorita encargada de los deportes comprendió que, antes o después, Claudina acabaría siendo arrojada a la piscina completamente vestida, y optó por invitarla a que volviera al colegio.

Jugando al tenis Claudina era aún peor que Carlota. Ésta no había logrado jamás desenvolverse correctamente dentro de la pista. Cuando devolvía o lanzaba una pelota, ésta lo mismo podía caer en el centro de la pista que en la red. ¡Pero es que Claudina no intentó siquiera manejar una sola vez la raqueta!

—No he visto un juego más tonto —declaró la sobrina de *Mademoiselle*.

—Claudina, tienes que practicar un poco. Tienes que hacerlo —insistió Hilary.

—Renuncio.

Nadie logró convencerla.

Ángela jugaba magníficamente. Pese a las burlas de todas, siempre aparecía en la pista con sus tres espléndidas raquetas. Pauline las envidiaba. Sin embargo, intentó hacer ver a Ángela que no le producían la menor impresión.

—En casa tengo dos o tres raquetas más —explicó en voz alta—, pero una chica

que se precie de tener buenos modales no debe traer al colegio más que una. Mi madre dice que lo contrario son ganas de exhibirse. Ninguna persona bien educada se conduce así.

Ángela y Pauline tenían cosas que disgustaban a todas por igual. En efecto, pocas eran las que sentían alguna simpatía por Pauline. Ella sería muy rica y pertenecería a una familia muy importante —al menos eso era lo que pretendía—, pero, en cuanto al aspecto personal, era corriente y carecía de atractivo. No así Ángela, que era realmente preciosa. Ninguna podía echar un vistazo al rostro de «ángel» sin experimentar cierta admiración y complacencia. Alison pensaba que no había visto en su vida una muchacha más linda.

Eileen jugaba discretamente al tenis y nadaba bastante bien. En las clases figuraba, asimismo, entre las medianas. Le había tomado afecto a Alison por una razón u otra y le disgustaba mucho que ésta le diera a entender con entera claridad que no disponía de tiempo para atenderla.

—¿Por qué no puedes pasear conmigo cuando salimos por las tardes? No va a ser Ángela siempre la preferida. ¿Y por qué no aceptas mis golosinas? ¡No pienso envenenarte, Alison!

—Ya lo sé —repuso ésta con frialdad—. Cuando no quiero algún dulce es, sencillamente, porque no me apetece. En cuanto a lo del paseo, la verdad es que no tengo ningún especial interés en que seas tú precisamente la que me acompañe.

—Supongo que fue Ángela quien te ordenó que procedieras así —contestó Eileen, dolidamente—. Tú no tienes opiniones propias. Tú piensas solo lo que Ángela ha pensado de antemano. Y haces siempre lo mismo que ella. Ahora te dejas crecer los cabellos para llevarlos como ella. Quieres que te lleguen a los hombros y que se te ricen hacia adentro por las puntas. Perfecto, chica. Pero debo informarte de que peinada así pareces un mamarracho.

Alison se ofendió mucho.

—Ya que deseas conocer la verdad, te la diré. A Ángela no le gustas, y ella es mi amiga. Me agrada respetar su parecer. Tampoco a mí me eres muy simpática. ¡Eres una soplona!

Eileen se marchó. Tenía las mejillas encendidas, a causa de la ira que sentía. El último ataque de Alison la había herido. Eileen le contaba a su madre cuanto oía, por lo que el ama se hallaba al corriente de todo lo que sucedía en cuarto grado, lo peor era que, cuando Eileen informaba a su madre de que una u otra le había hecho una jugarreta, el ama llamaba a su despacho a la que fuera y le mostraba unas sábanas terriblemente desgarradas, unas medias llenas de carreras o alguna prenda a la que se le habían caído los botones. Desde luego, eso suponía una muda invitación al trabajo.

—Yo creo que es ella misma quien arranca los botones de los vestidos o hace agujeros en las sábanas —dijo Ángela, indignada, en una ocasión en que le fueron

entregadas varias medias para que las zurciera en su tiempo libre—. Yo no había zurcido una media en mi vida. ¿Para qué sirve un amada llaves si no se preocupa de tener nuestras cosas a punto?

Ésta es una de las normas de Santa Clara —declaró Pat—. Debo decirte, Ángela, que no creo que fueses tú quien hiciera esos enormes agujeros en tus medias. Hasta ahora no te había visto una sola carrera en ellas.

—Por supuesto que no los hice —contestó Ángela, que intentaba en vano enhebrar una aguja—. Chicas, ¿cómo os las arregláis para conseguir pasar el hilo por el...? Hace un rato que pruebo y nada.

Las muchachas se echaron a reír. Ángela no tenía la menor idea sobre aquella sencilla operación. Alison acabó por quitarle las medias y la aguja.

—Yo te haré esos zurcidos, Ángela, no te preocupes. Seguramente esa soplona de Eileen le contó a su madre algo de ti y el ama te reservó este trabajo para castigarte.

Alison procedió tal como había dicho. No muy bien, porque zurcir no era su fuerte. Ángela, sin embargo, se lo agradeció, mostrándose tan amable con ella que a la chica le pareció de pronto haber subido al séptimo cielo.

Pauline fue la siguiente en tener conflictos con el ama. Ella, igual que Ángela, no miraba con buenos ojos a Eileen y procuraba tener la mínima relación con ella. Cierta mañana, cuando le decía a Bobby que le dolía la garganta, Eileen la oyó. Salió del cuarto. Poco después llamaban a Pauline.

—Me he enterado de que le duele la garganta, Pauline —le dijo el ama, sonriente—. Eso debiera habérmelo dicho usted enseguida. Me enteré gracias a Eileen, que se sentía preocupada. Ha sido una atención suya. Le daré algo para que haga gárgaras.

—¡Oh! Ya estoy mucho mejor —contestó Pauline, alarmada.

Pero el ama no iba a dejarla marchar así como así. Pauline no tuvo más remedio que permanecer allí haciendo gárgaras por espacio de diez minutos. Después tuvo que tomar una cucharada de un medicamento repugnante.

Pauline se unió de nuevo a sus amigas, tan enfadada como asustada y nerviosa. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que Eileen no estaba presente.

—Eileen ha vuelto a actuar de soplona —informó a sus oyentes—. Le ha contado a su madre que me dolía la garganta. He pasado un rato terrible. Me siento casi enferma. Me consta que Eileen le ha dicho a su madre que yo no simpatizo con ella y ésta se ha vengado de ese modo.

—Tendremos que andar con cuidado cuando hablemos con Eileen o le hagamos algo —comentó Alison, espantada, pues las medicinas le inspiraban verdadero horror—. Tal vez lo más prudente sería demostrarle más afecto.

—Yo pienso continuar con la misma actitud —declaró Claudina—. Esa chica no me agrada.

Claudina no sólo cumplió su palabra, sino que hasta pareció superarse. Como

resultado de esto el ama se ocupó de ella más de la cuenta, acabando por encargarle el zurcido de un montón de ropa.

—Ha destrozado usted los dobladillos de sus sábanas. Y sus medias están llenas de carreras. Es usted una chica muy descuidada. Como castigo, remendará todas estas prendas rotas.

Claudina no dijo una palabra y se llevó el cesto que el ama le acababa de entregar. Al principio sus amigas pensaron que se negaría a hacer todo aquel trabajo como se negaba a veces a hacer otras cosas. Pero luego, con gran sorpresa, vieron que la francesita se instalaba en un rincón dispuesta a llevar a cabo su tarea.

Bobby contemplaba pensativa el ir y venir de su aguja.

—¡Oye! ¡Pero si cosas de maravilla! Es como si bordases.

—Me gusta coser y también zurcir —repuso Claudina.

Son dos cosas que en Francia nos enseñan bien a las chicas. Vosotras, las muchachas inglesas, manejaís la aguja con torpeza. Sabéis golpear una pelota de todas las formas imaginables, pero no sois capaces de hacer un buen zurcido.

—Mira, Claudina, deja a un lado tus labores y sal un rato al jardín, a bañarte —propuso Susan—. Hace un día de sol estupendo.

Pero los días de sol no significaban nada para Claudina.

—Desde la ventana puedo ver muy bien el jardín —respondió aplicándose con más ardor todavía a la tarea—. Dejadme en paz. Me gusta coser, ya os lo he dicho.

Bobby fijó la mirada en su cabeza, inclinada sobre la ropa, dejando oír una risita.

—Ya veo, Claudina, que te agrada más coser que bañarte o jugar al tenis.

—Sí. Esto es más propio de una chica.

—A mí me parece —opinó Bobby—, que esto es una treta de Claudina. Lo que ella pretende es disponer de una buena excusa para que la excluyan definitivamente de los juegos al aire libre. Es lo que sucede cuando a una la castigan así. Claudina ha conseguido que el ama la ponga a trabajar en algo que verdaderamente le agrada.

La señorita Ellis entró en la habitación.

Haga el favor de apresurarse, señorita —dijo—. No hay que desaprovechar ni un solo minuto de este hermoso día.

Deje su labor para luego, Claudina.

—Lo siento, señorita Ellis, pero el ama me dijo que hasta que no terminara este trabajo no podría volver a jugar con mis compañeras en el jardín —contestó Claudina, que levantó la vista y posó sus oscuros e inocentes ojos en la recién llegada. Resulta muy triste, pero yo creo que debo obedecer, ¿no le parece, miss Ellis?

—¡Hum! —dijo por toda respuesta la señorita Ellis, no del todo engañada por la pequeña—. Ya hablaré yo con el ama.

Pero ésta insistió en que Claudina se había mostrado muy negligente

últimamente, por lo cual habría de concentrarse de una manera exclusiva en la tarea que le encomendara. La señorita Ellis, por tanto, tuvo que darse por vencida. Claudina lo pasó de primera mientras cosía en aquel rincón de la soleada sala y oía los gritos de sus compañeras en la piscina. No experimentaba el menor deseo de unirse a ellas.

«¡Uf! ¡Qué horror! El agua estará tan fría como siempre», pensó.

Al oír el rumor de unos pasos, levantó de nuevo la mirada:

Su tía, *Mademoiselle*, acababa de entrar en la habitación.

—¡Ah, *ma petite*! —dijo la profesora sonriendo—. De modo que estabas aquí. Déjame ver lo que has hecho. ¡Pero si coses muy bien! ¿Por qué estas chicas inglesas no son capaces de manejar una aguja? ¿Dónde están tus compañeras?

—En la piscina —contestó Claudina, en francés—. Estas muchachas inglesas, cuando no están en el agua, corren detrás de una pelota. ¡Yo prefiero coser, *ma tante*!

—¡Eso está bien, pequeña Claudina! —declaró *Mademoiselle* que, pese a los años que llevaba en Inglaterra, no había comprendido aún por qué les gustaba tanto a las jóvenes inglesas bañarse, jugar al aire libre y correr alocadamente de un lado para otro—. ¿Eres feliz, Claudina?

—Sí, gracias, *ma tante* —comentó la francesita con seriedad—. Sin embargo, me aburro un poco. ¿Es que en estos colegios ingleses no sucede nunca nada?

—Nada —corroboró *Mademoiselle*.

Pero estaba equivocada. Naturalmente que sucedían cosas, Y, por lo que a Santa Clara se refería, ninguna de las dos tardaría mucho en comprobarlo.

Capítulo 5

¡UNA SORPRESA PARA ÁNGELA!

En la tercera semana del curso, aproximadamente, cuando ya todas se habían acomodado a la rutina del trabajo diario, Ángela tuvo una sorpresa.

Mientras jugaba al tenis con Bobby se perdió una de las pelotas.

No te molestes en buscarla ahora —dijo Bobby, a quien le disgustaba profundamente interrumpir el juego—. Ya aparecerá, eso ocurre casi todos los días con las pelotas de tenis. Ya la buscaremos las dos después.

Terminado el set, la pelota continuaba sin aparecer. Ángela se ofreció para inspeccionar el jardín. Sus compañeras tenían que asistir en aquellos momentos a las clases de música y dicción. Ángela era la única que tenía algún tiempo libre.

—De acuerdo —dijo Hilary—. Gracias, Ángela. Cuando localices la pelota, ponla donde están las otras.

Las tres muchachas se internaron en el edificio. Ángela no consiguió nada. La pista en que habían jugado estaba limitada por un muro alto en uno de sus lados. La chica se preguntaba si la pelota habría saltado por encima.

«Recuerdo que en una de las jugadas Bobby tiró una muy elevada —se dijo—. Bueno, por este lado de la pared no se encuentra. Abriré la puerta del jardín a ver si tengo más suerte registrando fuera».

Así procedió, y se adentró entonces por un pasillo bordeado de plantas. Miró a su alrededor y finalmente vio lo que buscaba. Al agacharse para coger la pelota, miró sorprendida hacia adelante. Acababa de divisar, medio escondido tras un matorral, a un joven de gran estatura, más bien delgado.

Cuando estaba a punto de dar la vuelta para entrar de nuevo en el jardín del colegio, el desconocido pronunció unas palabras:

—Oiga, señorita: ¿es usted alumna del Santa Clara?

Ángela echó un vistazo al desconocido. No le agradó el muchacho. Tenía los cabellos rizados y demasiado largos. Sus ojos le parecieron pequeños, y tenía los párpados levemente hinchados. Su tez era muy pálida.

—¿Le importa mucho saber si soy o no alumna del Santa Clara? —preguntó Ángela en un tono de voz muy poco cordial.

—Mire, haga el favor de no mostrarse tan seca —suplicó el joven mientras daba la vuelta al matorral—. Sólo quería decirle una cosa.

—A mí no tiene que decirme nada —contestó Ángela, al tiempo que abría la puerta del jardín del colegio.

El muchacho intentó detenerla interponiéndose.

—Espere un segundo.

Aquella voz sonó tan apremiante, que Ángela le miró, un tanto perpleja.

—Deseaba pedirle que diera un recado a una de sus compañeras.

—No estoy dispuesta a complacerle, por supuesto —declaró Ángela—. ¿Tiene la bondad de dejarme pasar? Merece que dé cuenta a la dirección del colegio por su acción.

—Escuche. Dígale a Eileen que Eddie quiere verla. Aguarde un instante. He escrito una nota para ella. ¿Accederá a dársela?

—¡Ah! Entonces usted es el hermano de Eileen, ¿verdad? —preguntó Ángela—. Conforme. Le entregaré esa nota. Pero no me explico por qué no se presenta usted en el colegio. Así, además de ver a Eileen, vería a su madre. ¿No es su madre el ama de llaves del Santa Clara?

—Sí. Pero, por el amor de Dios, no le diga a mi madre que me ha visto. Ella no sabe que me encuentro aquí. Tendría un serio disgusto si se enterara.

—¡Su madre se disgusta y riñe con todo el mundo! —exclamó Ángela al coger la nota que le tendía el joven.

La chica cruzó la puerta y la cerró después. Inmediatamente escondió el trozo de papel en su chaquetilla. Se lo entregaría a Eileen tan pronto la viera.

Cuando Ángela fue al guardarropa para cambiarse de calzado, Eileen no se encontraba por allí. Al encontrarse con Alison comenzó a referirle lo ocurrido.

—¡Escucha, Alison! Hace unos momentos, me ha sucedido una cosa muy rara. Abrí la puerta del jardín para buscar fuera una pelota de tenis y tropecé con un muchacho que se había escondido detrás de un matorral.

—¿Qué me dices? —le preguntó Alison, interesada—. ¿Y tú qué hiciste?

—Era un tipo horrible —declaró Ángela, exagerando como siempre que tenía alguna cosa que contar—. Con franqueza, chica: me recordó al muchacho que nos trae el pescado a casa todos los días. Una criatura de largos cabellos, que acostumbra a anunciarse con un silbido capaz de perforar a uno los oídos. Casi esperaba oírle decir: «*Hoy traigo lenguado, mero, besugos, señorita*». El otro día el pescadero de aquí se expresó en esos términos ante el ama, a la que tomó por la cocinera.

Alison se echó a reír, al igual que un par de chicas que se encontraban a pocos pasos de ellas. A Ángela le encantaba disponer de un auditorio que manifestara su admiración. Entonces prosiguió con su historia sin darse cuenta de que Eileen acababa de entrar en el guardarropa para quitarse sus zapatillas de gimnasia.

—Bueno. El joven me preguntó si yo era alumna de este colegio. Ya os podéis figurar. Le contesté como se merecía. Luego me reveló su identidad. ¿A que no sabéis de quién se trataba?

Las chicas se agruparon en torno a Ángela, curiosas.

—Dilo, dilo —solicitó Alison—. ¿Cómo vamos a saberlo, si no nos lo dices?

—Bien. Pues era el maravilloso Eddie, el amado hermano de Eileen. Un muchacho de lo más corriente. Estuve a punto de preguntarle por qué no había visitado al peluquero antes de asomar la nariz por aquí.

Alguien se abrió paso entre el grupo de jóvenes que asediaban a Ángela. Era Eileen. Sus mejillas estaban en aquel momento muy encarnadas. Parecía querer fulminar con la mirada a su compañera.

—Eres una embustera. Mi hermano no puede andar por los alrededores del Santa Clara. ¿Cómo te has atrevido a inventar una historia semejante? Eres odiosa. Voy a ir a ver a mi madre enseguida, para contarle esto.

Eileen comenzó a llorar en el instante en que se encaminaba a la puerta de la sala. Todas la miraron.

—Oye, Ángela —advirtió Alison—, ésa es capaz de ir a ver al ama. Tienes que hacer lo que puedas para evitarlo, sino quieres que este asunto te cueste un serio disgusto.

Ángela levantó la voz para que pudiera oírla Eileen.

Está bien. Ve a verla, si quieres. Pero ten en cuenta que tú querido Eddie me rogó repetidas veces que hiciera lo posible para impedir que vuestra madre se enterara de que estaba aquí. Yo tendré un disgusto, pero él sufrirá también las consecuencias de tu decisión.

Eileen se volvió. Ahora parecía asustada. Era evidente que ya creía en las palabras de Ángela. ¡Se trataba de Eddie, en efecto!

¿Qué dijo mi hermano? —preguntó con voz sofocada—. ¿Deseaba verme, acaso?

He cambiado de opinión —repuso Ángela, irritada—. Pensaba hacerle un favor al darte cuenta de lo que me había comunicado. Como es lógico, con este comportamiento tuyo no estoy dispuesta a hacer de chica de los recados entre tú y tu amado Eddie.

En aquel crítico momento asomó la cabeza por la puerta la señorita Ellis. Daba la impresión de hallarse muy enojada.

—¿Es que no han oído el timbre, señoritas? ¿Qué demonios hacen aquí dentro, charla que te charla? ¿No saben que eso no está permitido? Me gustaría que de cuando en cuando se acordaran de que no pertenecen ya al primer grado. Me disgusta mucho que me obliguen a venir a esta sala en su busca.

—Lo siento, señorita Ellis —dijeron las muchachas, una tras otra.

Inmediatamente se apresuraron a salir del vestuario para dirigirse a la clase, donde les esperaba un poco de trabajo. Por supuesto, todas habían oído el timbre. Pero ¿quién se perdía aquella riña entre la «angélica» Ángela y la impopular Eileen?

La primera estaba muy contenta en el momento de sentarse frente a su pupitre. Ya tenía a Eileen donde siempre había querido: ¡bajo su dominio! Y si Eileen seguía yendo con cuentos al ama y ésta continuaba castigándola a zurcir cestos de ropa,

amenazaría a su compañera con hablar con su madre acerca de Eddie. Ángela sonrió para sus adentros. En este instante se la veía más que nunca como «un ángel». ¡Extraordinario! ¿Cómo se las arreglaba Ángela para parecer tan inocentemente bella cuando a su mente asomaban aquellos censurables pensamientos sobre Eileen?

Eileen descubrió la secreta sonrisa de su compañera, apretó los labios con fuerza y rechinó los dientes. En aquel momento odiaba a Ángela con un odio tan profundo como grande era el cariño que sentía por Eddie. ¿Por qué había calificado a su hermano de vulgar? ¿Cómo se atrevía a compararlo con el pescadero, un joven de largos y grasientos cabellos, que tenía la fea costumbre de lanzar estridentes silbidos?

Para Eileen, su hermano Eddie era la criatura más maravillosa del mundo. El padre había muerto cuando ellos dos eran muy jóvenes y su madre era una mujer de mucho carácter, demasiado severa. La chica se había vuelto hacia su hermano, buscando en él amor y compañía. Eddie había correspondido a su devoción con el mayor afecto.

«Tan pronto como me haga mayor, me colocaré bien y ganaré dinero a montones, para que no os falte nada ni a ti ni a mamá —decía en ocasiones a Eileen—. Mamá ya no tendrá entonces necesidad de trabajar tanto, de venir a casa rendida de cansancio y malhumorada, y a ti te haré un montón de regalos. ¡Ya verás, ya verás de lo que soy capaz!».

Y últimamente Ángela había hablado con desdén del simpático, del cariñoso Eddie. Eileen redobló sus esfuerzos para contener las lágrimas y refrenar su indignación. Además, estaba muy intrigada: ¿por qué había salido Eddie de Woolaton, el lugar donde trabajaba, con el propósito de verla? Y secretamente. ¿A qué se debía tanta reserva? ¿Qué había sucedido? ¡Oh! La despiadada Ángela tendría que decírselo.

Eileen se imaginó a Eddie junto al muro del jardín del colegio. No le había visto desde hacía varias semanas. Ansiaba hablar con él y decírselo todo. Tal vez a él le pasara lo mismo y hubiese conseguido tener una hora libre para acercarse a verla a Santa Clara. Quizá no hubiera querido entrar en el colegio porque así su madre hubiese estado presente durante la entrevista, restándole cordialidad y franqueza a la charla que deseaban sostener vis a vis.

Eileen miró a Ángela. Su compañera tenía los ojos fijos en su libro de francés. Se la veía tan atractiva y serena como siempre. Eileen rechinó los dientes de nuevo y se dijo que tendría que tomar una penosa decisión. No tenía otra salida.

«Tendré que pedir perdón a Ángela. No me quedará más remedio que rogarle que me cuente lo que Eddie le dijo —pensó la chica—. ¡Necia! ¡Estúpida! ¡La odio con toda mi alma!».

Eileen suspiró. La señorita Ellis levantó la vista. Ya había advertido que la hija del ama de llaves no estaba aprovechando precisamente aquella hora de estudio.

—¿Es que no se encuentra bien, Eileen? —inquirió—. Por lo que veo, pierde usted el tiempo.

—Me encuentro muy bien, gracias, señorita Ellis —contestó Eileen atropelladamente—. Esta lección de francés me resulta algo difícil, eso es todo.

—Desde luego, debe resultar difícilísimo intentar aprender una lección de francés en un texto de geografía —declaró la señorita Ellis con su calmada voz de siempre.

Eileen bajó la vista y la posó azorada en el libro que tenía delante. ¡Era, efectivamente, el de geografía! ¡Hubiera sido raro que los vivaces ojos de la profesora no repararan en semejante detalle!

Sin hacer el menor comentario, la chica sacó el texto de francés. Ángela volvió la cabeza y la obsequió con una sonrisita de desdén. Ella sabía perfectamente por qué su compañera confundía en aquellos momentos unos libros con otros. Ni qué decir tiene: la presencia de Eddie en Santa Clara le había producido una grave preocupación. Bueno, ¡qué se preocupara!

Alison, sentada junto a Ángela, no pudo menos que experimentar cierto pesar por Eileen. Aquélla, aunque débil de carácter, era una chica sensible. Se daba cuenta de que la hija del ama ardía en deseos de tener noticias de su hermano. En consecuencia, terminada la hora de estudio, se fue en busca de Ángela para hablar con ella.

—Oye, Ángela: ¿no sería mejor que le contaras a Eileen el recado que te dio Eddie? No es muy difícil ver que está desesperada. Una vez dentro de la clase, suspiró tan profundamente que casi me volaron los papeles que tenía encima del pupitre.

La pequeña broma de Alison no divirtió lo más mínimo a Ángela. Además, no le agradaba que le dieran consejos de ninguna clase. Dando media vuelta, se alejó de su amiga. Alison se sintió entonces descorazonada. Ahora Ángela comenzaría a tratarla con despego, con altanería, según su talante.

En la bella faz había aparecido una expresión seria. Alison sabía que transcurrirían muchos días antes de que lograra hacerla sonreír de nuevo.

Iba a echar a andar tras ella cuando apareció Eileen con una sonrisa forzada en el rostro.

—¡Ángela! ¿Podría hablar unos minutos a solas contigo?

Capítulo 6

ÁNGELA Y EILEEN

—Tengo cosas que hacer —alegó Ángela, bruscamente.

—No, no es cierto, espera —replicó Eileen, intentando conservar la sonrisa y mantenerse serena—. Se trata de una cosa importante, Ángela.

—Me figuro que piensas excusarte por tus rudezas de antes —dijo Ángela, altanera—. De verdad, no pensaba dirigirte la palabra hasta que lo hicieras. No estoy dispuesta a consentir que algunas como tú me llamen snob y otras lindezas por el estilo.

Eileen tragó saliva. Le costaba trabajo hablar. Las palabras no parecían querer salir de su garganta.

—Quiero que me perdones, Ángela. No sé qué me pasó. Perdí los estribos.

Carlota, al oír esta conversación, acudió por sorpresa en auxilio de Eileen.

—Si queréis mi opinión, os diré que Ángela debería excusarse ante ti, Eileen, por haber formulado ciertas observaciones nada correctas. De lo que si estoy segura es de que si yo tuviera que pedirle perdón podía esperarme sentada.

Furiosa, Ángela se volvió hacia Carlota. En sus azules ojos brillaba una mirada de desprecio.

—No pensarás que pueda preocuparme lo que la gente de circo piense de mí, ¿verdad?

Sin embargo, en lugar de sentirse aplanada por esta respuesta, Carlota acogió las palabras de Ángela con una carcajada.

—Si no perteneciera al grupo al que pertenezco en este colegio, te obsequiaría con la bofetada más grande que pudieras recibir en tu vida —repuso la chica sin perder la calma.

Una buena azotaina. He ahí una medicina que te sentaría de maravilla.

—Nadie me ha puesto jamás la mano encima —dijo Ángela, que refrenó su deseo de abrir la palma de su mano sobre el menudo rostro de su contrincante.

—Y te creo. De haber ocurrido eso, hubieras sido mejor de lo que eres. Vámonos, Eileen. Deja que Ángela flote en las alturas mientras tú y yo jugamos a las cartas en la sala común.

Eileen agradecía mucho la inesperada ayuda de Carlota, pero negó con la cabeza. Tenía que averiguar qué le pasaba a Eddie. ¡Qué mala suerte que hubiera tropezado con Ángela! Cualquiera de las otras chicas se habría portado excelentemente con ella, tratándose de un asunto como aquél. Bueno, quizá tuviera que exceptuar a Pauline.

Carlota se encogió de hombros y se fue en busca de Bobby y las gemelas. Eileen

no le agradaba mucho. Creía, igual que las demás, que siempre había sido una soplona. Ahora bien, Ángela se conducía como una gatita con ella: ¡escondía cuidadosamente las garras y, cuando se le presentaba la oportunidad, arañaba!

Ángela fijó la mirada en Eileen.

—Bien. Me has pedido que te perdone y te he perdonado.

¿Qué más deseas de mí?

—Ángela, por favor, dime: ¿qué te contó Eddie? ¿Te entregó alguna nota para mí?

—Sí. Me dio una carta.

Eileen se puso muy encarnada y miró a Ángela con ansiedad.

—Ten la bondad de dárme la.

—¿Y por qué debería hacer tal cosa? No creo que haya nada que me obligue a proceder así.

Eileen comprendió que Ángela hablaba de esta manera para sacarla de sus casillas. Estaba muy enojada, pero logró dominar su indignación.

—Será la primera y última vez que lo hagas —indicó.

Le diré a Eddie que se valga de otro medio para conseguir que sus notas lleguen a mi poder, que utilice el correo. Haz el favor de entregarme ese papel.

—Bueno, antes tendrás que escucharme —dijo Ángela, descendiendo a ocuparse directamente del tema central de su conversación—. Si quieres que te dé la nota y que tu madre no se entere de que vi a vuestro precioso Eddie, tendrás que prometerme algo.

—¡Habla! —solicitó Eileen, sorprendida—. ¡Te prometeré lo que quieras!

—De acuerdo. Tendrás que prometerme que en lo sucesivo no volverás a contarle cosas sobre mí a tu madre. No quiero volver a verme ante verdaderos montones de ropa. Me disgusta coser y zurcir. Sé que en varias ocasiones te has quejado de mí. Por eso tu madre me puso en las manos muchas medias llenas de grandes rotos que yo nunca hice.

—No está bien que hables de ese modo al referirte a mi madre.

—Tengo razón. Todas sabemos que vas a ella con todos los cuentos que se te ocurren. Sigue procediendo así con las otras chicas, si eso te complace, pero no te vuelvas a acordar más de mí al respecto. De lo contrario, lo sentirás.

Eileen no podía hacer otra cosa que prometer que obraría conforme a lo indicado por Ángela.

—Está bien. No volveré a decirle nada sobre ti —declaró con voz temblorosa—. Sin embargo, yo no soy ninguna soplona. Yo no tengo la culpa de que mi madre os haga coser o zurcir de vez en cuando.

—¡Hum! —repuso Ángela con un gesto de incredulidad.

Todo lo que puedo decirte es que resulta muy sospechoso que en cuanto una osa

hacer algún comentario sobre tu persona, surge el castigo, con la consiguiente pérdida de las horas que normalmente son dedicadas al baño o al tenis. Sea como sea, Eileen, has quedado advertida. O le hablas bien a tu madre de mí, o paso yo a contarle tus cosas. Para empezar, podría decirle, por ejemplo, que he visto a Eddie y que éste no quería que ella se enterara de que había estado aquí.

Eileen se mordió los labios. Era muy difícil contenerse después de haber oído aquel largo discurso. Pero tenía que hacerlo. Aunque sólo fuera por Eddie.

—Te he pedido que me disculpases, Ángela, y te he prometido a continuación lo que has querido —contestó Eileen bajando la voz—. Por favor, dame ya esa carta.

Ángela hizo como si se registrara afanosamente los bolsillos del uniforme. Pretendía dar la impresión de no saber dónde se la había guardado. Se tentó la blusa. En aquellos instantes, Eileen la odió más que nunca, pero decidió esperar pacientemente a que Ángela terminase de representar su comedia.

Por fin ésta sacó el papel. Eileen se lo arrebató y se alejó inmediatamente para leerlo. La nota era muy breve.

Querida hermanita:

Necesito verte. No digas nada a mamá. Sencillamente, es preciso que charlemos un rato. ¿No podrías salir por la puerta del jardín y estar fuera un rato, a cualquier hora de esta noche? Te esperaré escondido detrás de los matorrales hasta que vengas.

Tu hermano que te quiere,

Eddie

Eileen leyó el papel tres veces y lo rompió. Temió que su madre llegara a encontrarlo, en cuyo caso se enfadaría con Eddie. Sus preferencias no se orientaban precisamente hacia él. No parecía pensar mucho en su hijo. Decía siempre, a todas las personas que querían oírla, que era extraño que habiendo sido el padre de Eddie un hombre de provecho, su hijo no hubiese llegado a destacar lo más mínimo en sus estudios. Jamás había logrado ganar una beca ni realizado nada de lo que ella pudiera sentirse orgullosa.

«Me acercaré a la puerta del jardín para hablar con Eddie tan pronto todas mis compañeras se encuentren reunidas en la sala común —se dijo Eileen—. ¡Pobre Eddie! Debe de estar esperando ese momento desde hace horas. No utilizó el correo, porque en ese caso con seguridad la carta hubiera ido a parar a las manos de mamá. Una vez la hubiese visto, habría querido leerla».

Eileen esperó a que sus compañeras entrasen en la sala común. Las vio llegar mientras estaba sentada junto a la puerta. Doris y Carlota bromeaban y las demás se reían de lo que decían. Luego se incorporó al grupo Claudina, y Eileen comprendió que había llegado la oportunidad deseada. Entonces comenzó a alejarse de allí.

Pero alguien la había visto: Ángela, que a su vez aguardaba la salida de la muchacha. A las alumnas del Santa Clara les estaba prohibido abandonar el colegio por la noche. Una maliciosa sonrisa floreció en los labios de la snob.

«*Si Eileen convierte esta visita al jardín en un hábito, dispondré de un cargo más para poder manejarla a mi antojo*», pensó. De la habitación en que se encontraba pasó a la sala de música, desde cuya ventana se dominaban los terrenos circundantes del colegio. Dada la cantidad de árboles y arbustos, se hacía difícil ver nada allí. Pero Ángela sabía hacia dónde tenía que mirar. Enseguida divisó la figura de Eileen, que aparecía y desaparecía entre la vegetación al encaminarse hacia la pequeña puerta del muro.

Volvió a la sala en que se hallaban las demás. Doris, Carlota y Claudina continuaban con sus bromas, y todo el mundo reía. Doris tenía una mímica extraordinaria; Carlota conocía diversos trucos que eran la admiración de su pequeño auditorio; Claudina conseguía imitar a *Mademoiselle*, su tía, a la perfección.

Ángela no acertaba a ver en todo aquello un solo motivo de risa.

«*¿De verdad que creen realmente que una puede divertirse al verlas hacer muecas, adoptar expresiones estúpidas, ponerse feas, en suma?*», se preguntó.

Doris continuaba imitando a una doncella ya entrada en años y Claudina parodiaba los modales de la profesora de francés.

Ángela se pasó las manos por sus dorados cabellos y los comparó mentalmente con los de Carlota, que formaban una espesa masa sobre su cabeza. Una sonrisa de suficiencia asomó a sus labios. ¡Se sabía más bella que ninguna otra chica del colegio! ¿Para qué sirven la inteligencia y otras dotes análogas? Cuando avanzaba por la calle todo el mundo volvía la cabeza para mirarla. Seguramente la tomaban por una princesa, por lo menos. Quizá lo fuera algún día, si llegaba a casarse con una persona de sangre real. Ángela dejó vagar libremente la imaginación y se desentendió por completo de la agitada charla de sus compañeras.

Dos de éstas la estaban mirando. Una, con envidia; la otra, con rendida admiración. La primera era Pauline, quien, vulgar y carente de atractivos, envidiaba a Ángela su belleza y deseaba con toda su alma parecerse a ella. Pero sus cabellos lisos, por muy bien que los cepillara, no brillarían jamás como los de Ángela. Tampoco se curvarían por las puntas, graciosamente, como los de su compañera. Los ojos de su compañera eran de un azul brillante, puro. En los de Pauline el matiz aparecía desvaído. Las mejillas de Ángela eran de un tono rosado precioso. La tez de Pauline carecía de color. «*¡Qué mal, qué mal estaba que Ángela poseyese tantas cosas y ella,*

Pauline, anduviera tan escasa de atractivos!».

La otra persona que no perdía de vista a Ángela era, por supuesto, su rendida amiga, o mejor dicho, esclava: Alison, que se preguntaba si Ángela habría olvidado ya su intempestivo ofrecimiento de consejos con respecto al caso Eileen. Quiso hacerse la encontradiza. Pero Ángela se hallaba ensimismada, soñando despierta.

—Estás muy bonita, Ángela —suspiró al fin Alison.

Ángela sonrió al oír estas palabras. Ya no se acordaba de que estaba enfadada con Alison. Le contestó en voz baja, muy satisfecha de sí misma por haberse impuesto a Eileen.

—Le dije que era una soplona y le he prohibido que vuelva a ocuparse de mí si no estoy delante. Me prometió proceder en lo sucesivo como le indiqué.

—¡Oh, Ángela! ¿De veras has conseguido eso de ella?

—Eres una chica extraordinaria. —Alison miró a su alrededor.

Oye, ¿dónde se encuentra Eileen en estos momentos?

—Te gustaría saberlo, ¿no? —inquirió Ángela mientras consultaba su reloj de oro de pulsera y comprobaba que faltaban cinco minutos para que les ordenaran que fuesen a la cama—. Ven conmigo. Voy a enseñarte dónde para nuestra querida Eileen.

Alison la acompañó hasta la sala de música.

—¿No ves el muro del jardín desde aquí? ¿Conoces la pequeña puerta que hay detrás de la pista de tenis? Pues bien, me parece que Eileen ha salido del colegio para charlar un rato con su hermanito.

—Fíjate: ¿no es ésa Eileen, ya de vuelta? ¡Dios mío! ¡Si llegan a sorprenderla, va a tener un serio disgusto!

—Sí. Ésa es Eileen —confirmó Ángela. Acababa de aparecer una figura entre los árboles, que pronto perdieron de vista—. Apostémonos en la puerta de la sala común y la veremos en el momento de entrar.

Eso fue lo que hicieron. Eileen avanzaba deprisa por el pasillo. Ángela se dirigió a ella.

—¿Qué? ¿Cómo está tu amado Eddie?

Eileen miró a su compañera. Con todo, dio la impresión de no verla bien. Estaba muy pálida y su gesto era de preocupación. Empujó la puerta de la sala común, cerrada en aquel instante. Pretendía coger su camión de dormir, que ella había estado cosiendo. Pero Ángela la obligó a detenerse.

—No has contestado a mi pregunta —dijo tranquilamente—. ¿Cómo está tu querido Eddie?

Eileen se enfrentó con la odiosa muchacha.

—Eddie se encuentra muy bien —respondió con voz temblorosa—. Eddie está bien, sí. Y tenía que darme algunas noticias excelentes. Sus asuntos marchan a la perfección.

Eileen entró en la sala. Alison volvió a sentirse molesta. No le gustaba aquello. No había derecho a portarse así, tan despiadadamente. Pero ¿quién se atrevía a oponer algún reparo a la conducta de la Honorable Ángela?

Capítulo 7

CLAUDINA SE SALE CON LA SUYA

—Estamos viviendo un curso magnífico —comentó Pat a Isabel. Las dos se secaban en aquellos momentos, después de unos minutos de baño en la gran piscina—. Me encanta la vida al aire libre. Me gusta practicar la natación, la equitación y la jardinería. Y, por si faltaba poco, debido al calor, hoy hemos tenido las clases diarias en el jardín.

Isabel sonrió.

—La pobre Claudina no tiene las mismas preferencias que nosotras. ¿Verdad que ha estado graciosa durante la clase de matemáticas?

Así era. Para empezar, Claudina se había mostrado horrorizada al oír a la señorita Ellis proponerles que se instalaran bajo los árboles para hacer sus tareas cotidianas. Al parecer, en ninguno de los colegios en que había estado conoció una situación semejante.

—¿Lecciones al aire libre? —preguntó la francesita.

Pero ¿por qué? ¿Qué inconveniente hay en que sigamos aquí dentro? ¡No me gusta pasarme el día ahí fuera! El sol cae con demasiada fuerza y me quemará la piel.

—Sería una lástima —contestó riendo Bobby, que tenía el cuerpo muy tostado—. Fíjate en nosotras.

Todas estamos morenas. A nuestro lado pareces un pálido lirio.

Claudina bajó la vista y la posó en sus blancas manos con aire de gran satisfacción.

—He aquí otra cosa que no comprendo de las chicas inglesas —declaró—. Tener el cuerpo ennegrecido no es bonito y menos aún verse la cara sembrada de pecas. Y, sin embargo, insistís en unas prácticas que acaban por poneros así. Yo quiero ser blanca. Es más natural, más conveniente. Bueno, el caso es que ahora, en el colmo, miss Ellis piensa en que demos las lecciones al aire libre. De acuerdo, pero me llevaré una sombrilla. No quiero que me salga una sola peca en la cara.

Pero la señorita Ellis no quería ni oír hablar de sombrillas dentro de su clase de matemáticas, aunque ésta tuviera lugar fuera del edificio del colegio. La profesora miró a Claudina e hizo un gesto de desaprobación.

—Claudina: en realidad no sé si bromea o, efectivamente piensa en cobijarse bajo una sombrilla cuando nos encontremos entre los árboles. Tenga en cuenta que allí no alcanzarán los rayos del sol. Bueno, alegue las razones que alegue, olvídense de su sombrilla. ¿Además, de dónde pensaba sacarla?

La sombrilla había sido utilizada en la representación teatral y era un artefacto

enorme. Claudina insistió. La señorita Ellis llegó incluso a imaginar a la chica bajo la sombrilla. Su alumna parecería más menuda que nunca. Claudina le dirigió una mirada patética.

—Por favor, *chere* señorita Ellis. No bromeo. Es que quiero hacer cuanto esté en mi mano para impedir que me salga alguna peca en la nariz —añadió Claudina con gesto suplicante—. Las pecas no están nada bien en una chica francesa. Las pecas son inglesas, señorita Ellis, y yo no deseo tener ninguna.

—¡Oh! Las pecas pueden ser lo mismo inglesas que francesas. Unas cuantas le vendrían bien a su pálida faz, Claudina. Así, pues, renuncia definitivamente a la sombrilla.

—Por favor, por favor, señorita Ellis. Me gustaría compartir con Claudina la sombrilla —intervino Ángela, que pensaba lo mismo que su compañera.

La tez de Ángela tenía un tono sonrosado oscuro y se hallaba limpia por completo de pecas. La muchacha se preocupaba mucho de que el sol no llegara a quemarla. Sabía que sus rayos podían estropear su delicada belleza. Fijó en Bobby su característica mirada de desdén. La cara de Bobby se encontraba totalmente cubierta de puntitos marrones, que se extendían hasta la parte superior de su respingona naricilla.

—No me gustaría ser tan pecosa como la pobre Bobby —continuó diciendo Ángela con naturalidad—. Este sol resulta abrasador, señorita Ellis. Fíjese qué mal ha tratado a Bobby.

—No lo crea, señorita Ellis —dijo la aludida, incapaz de resistir lo que juzgaba una serie de tonterías—. Yo tengo pecas tanto en verano como en invierno. ¡Eso no tiene nada que ver con el sol! ¡Yo ya tenía estas pecas al nacer!

Un coro de risas acogió las palabras de Bobby. La chica abrió la boca con la intención evidente de proseguir su discurso. Pero la señorita Ellis sabía quién era su alumna cuando se iba de la lengua. Por eso se apresuró, decidida, a atajarla.

—Ya está bien, Bobby. No quiero que perdamos más tiempo con ese asunto. Claudina, olvídense de la sombrilla definitivamente. Ángela, no ponga esa cara. Da la impresión de irse a desmayar de un momento a otro. De todos modos, si les salen unas cuantas pecas a las dos, no les irán mal. Claudina pasa demasiado tiempo dentro de este edificio, y usted piensa demasiado en su aspecto físico. Sería preferible que su atención se concentrara en el trabajo que tiene entre manos, Usted creerá que es divertido pasar hora tras hora, a lo largo de las semanas sin hacer nada, pero yo, personalmente, no acierto a verle la gracia a eso.

Ángela se puso encarnada como la grana. ¡Qué estúpida llegaba a ser la señorita Ellis! Sorprendió una sonrisa de complacencia en los labios de Pauline. Ésta era más inteligente que Ángela. Bravo, ya era superior a su rival en un aspecto, Ángela frunció el ceño y miró a Alison en busca de consuelo Su amiga correspondió a su

muda demanda obsequiándola con una sonrisa que delataba su devoción y haciendo un gesto de burla en dirección a la plataforma.

Las lecciones al aire libre no fueron precisamente un éxito con Claudina allí. Cuando un insecto volaba demasiado cerca de ella, la chica se ponía a gritar. Cuando un pájaro salía de improviso del árbol más cercano, hacía saltar a las demás, asustadas por efecto de sus alaridos.

La señorita Ellis estaba cansada de la francesita.

—¿Qué ocurre ahora, Claudina? —preguntó en el instante en que una abeja acababa de deslizarse junto al oído de la muchacha, aterrorizándola con su zumbido.

El chillido de la chica había sido esta vez más penetrante. Inmediatamente, Claudina echó a correr hacia el lado opuesto de la mesa en que todas trabajaban.

—Es un bicho que hace «Ssss» y está provisto de un agujijón, señorita Ellis —explicó Claudina, que en esta ocasión parecía asustada de veras.

—Una abeja —respondió la señorita Ellis con un gesto de desagrado—. Siéntese. Está molestando a sus compañeras.

Más adelante Claudina se sintió trastornada por culpa de una hormiga que le había trepado por una pierna. La notó de repente. La chica dio un grito de angustia tan impresionante, que todas sus compañeras se pusieron en pie.

¡Claudina! Si vuelve a chillar de nuevo, la enviaré ahí adentro —amenazó miss Ellis, exasperada—. ¿Qué ha pasado?

Claudina se estaba quitando una liga con manos temblorosas, sin dejar un solo instante de dar leves chillidos y proferir exclamaciones en francés. La hormiga en cuestión había explorado la parte superior de la media. Las chicas no paraban de reírse y miss Ellis dio unos golpes de atención en la mesa. ¿Qué hace, Claudina? No pensará quitarse las medias, ¿verdad?

Claudina no prestaba la menor atención a lo que su profesora le decía. Cuando por fin divisó la hormiga, causante involuntaria del alboroto, no se atrevió a cogerla. Entonces miró a su alrededor con un aire tal de apuro, que Bobby se compadeció de ella y lanzó a la hierba al bichejo de un fuerte papirotazo.

—¡Ah! —exclamó aliviada la francesita—. *¡Merci bien, Bobby!* ¡Qué cosas más horribles me suceden!

—Otras peores se le vendrán encima si se empeña en alterar el orden de la clase —le avisó la señorita Ellis, en un tono que dejó sorprendida a la muchacha, quien, por fin, tomó asiento sujetando la liga con una mano.

Claudina miró a la profesora con expresión pensativa.

—Un grito más y, sin remisión, la mandaré al edificio remachó la señorita Ellis.

Eso era precisamente lo que deseaba Claudina, más que ninguna otra cosa. Dentro de la espléndida construcción que albergaba las clases, no había insectos de los que volaban o se arrastraban que pudieran molestarla.

La muchacha aguardó a que la profesora hubiera inclinado la cabeza para seguir copiando del cuaderno de ejercicios de Hilary. Inmediatamente lanzó un grito tan penetrante que su vecina, Pauline, dio un salto. Con el brusco movimiento, el tintero que ésta tenía delante, encima de la mesa, se derramó. La señorita Ellis, en pie ya, parecía haber perdido su calma habitual.

—¡Esto es intolerable, Claudina! Preséntese de inmediato a la señorita que esté libre en este momento en la sala de profesoras. Dígale que la envió allí castigada. Se sentará junto a ella para dedicarse a hacer sus ejercicios. Y luego, si encuentro algún error en su cuaderno, le aseguro que lo sentirá. Me tiene usted muy disgustada.

Claudina obedeció a la señorita Ellis con toda diligencia, y se marchó con sus libros antes de que la profesora cambiara de opinión. Doris dejó oír una de sus típicas risitas. La señorita Ellis le dirigió una severa mirada y la muchacha se quedó muy seria. Luego, la profesora pensó que Claudina había logrado exactamente lo que deseaba, utilizando sus nada escrupulosos procedimientos de costumbre.

La señorita Ellis se preguntó quién sería la profesora que se hallaba en aquellos instantes en la sala de reuniones. La señorita Rollins, sin duda, se dijo. Perfecto. La señorita Rollins era muy rigurosa. Claudina, frente a ella, se sentiría muy pequeña y humilde. Después ya se ocuparía debidamente de la pequeña francesa.

Pero la señorita Ellis se equivocaba en sus suposiciones. Claudina, al llamar con timidez a la puerta de la sala de profesoras, se había hecho la misma pregunta que su maestra. ¿Quién habría allí dentro? Esperaba que fuese la señorita que daba clases de arte. Tenía un gran sentido del humor y era muy agradable.

Abrió la puerta y cruzó el umbral. ¡Entonces vio a *Mademoiselle*! Su tía lo estaba pasando divinamente. Se había quitado sus grandes zapatos, desprovistos de tacones, y desabrochado el cuello de la blusa, muy ajustado y alto. ¡Hacía tanto calor aquel día! Se había quedado amodorrada sobre sus libros de ejercicios, cuando apareció Claudina ante ella. Las dos se miraron de hito en hito, como si no supieran cómo hablarse.

—¿Qué haces aquí, Claudina? —preguntó *Mademoiselle*, muy grave, en francés.

La chica comenzó a inventar una versión conmovedora del episodio. Todos los insectos y seres alados que pululaban por aquel horrible jardín inglés la habían tomado con ella. Sí. La mordían, la pinchaban. En suma, le hacían la vida imposible.

Y como la habían obligado a sufrir los rigores del sol, estaba segura de que acabarían por salirle en la cara un sinfín de horrorosas pecas. ¿Qué diría su madre entonces? ¡Ah! Resultaba muy difícil vivir en aquel colegio, donde no se pensaba más que en practicar los más absurdos deportes. Concedían demasiada importancia a la fría y desagradable agua de la piscina, a los estúpidos juegos que no tenían otro objeto que el de lanzar pelotas en una dirección u otra, a los aburridos paseos por entre la arboleda y los matorrales.

Mademoiselle compartía sus opiniones de corazón.

También ella detestaba el excesivo sol. Los insectos le daban miedo, le producían profundo disgusto. La profesora de francés no se acordó de preguntar a su sobrina qué motivo había determinado su presencia en aquella sala. A los pocos minutos las dos charlaban por los codos, evocando recuerdos de su amada Francia, un país en el que las chicas se conducían como tales y no sólo estudiaban, sino que aprendían también a coser y a bordar. Tampoco acostumbraban a conducirse tan alocadamente como las inglesas.

En consecuencia, cuando la señorita Ellis le pregunto a *Mademoiselle* si había reprendido a Claudina por haber sido enviada al edificio, castigada, la tía de la chica se mostró asombrada. Se quedó mirando a su compañera con gesto perplejo.

—¡Pobre Claudina! —exclamó por último—. No sea muy severa con ella, señorita Ellis. A las jóvenes extranjeras les resulta muy difícil asimilar los hábitos y el modo de ser de las muchachas inglesas.

La señorita Ellis repuso secamente:

—Eso significa, quizá, que usted y su sobrina estuvieron dándose palmaditas en la espalda durante todo el rato que duró su agradable conversación, y que dio crédito a cuanto quiso contarle esa picara chiquilla. Claro, lo más probable es que la ayudara a hacer sus ejercicios de matemáticas. Nunca los había resuelto bien antes de ahora.

Mademoiselle se agitó molesta. Desde luego, había ayudado a Claudina, convencida de que todo cuanto le contó era cierto. ¿Era capaz de engañar a su tía? ¡No, no, imposible!

Al pensarlo más detenidamente, *Mademoiselle* llegó a la conclusión de que la pequeña e inteligente Claudina poseía facultades suficientes para intentar con éxito una acción de aquella naturaleza. La inconveniencia de la misma no la detendría. *Mademoiselle* quería a su sobrina con toda su alma, pero el cariño no llegaba a cegarla. A veces le asaltaban ciertas dudas. ¿No resultaría Claudina excesivamente inteligente? Lo malo era que jamás se sabía qué perseguía la niña, es decir, hasta que lograba su propósito. Y entonces, con frecuencia, ya era demasiado tarde para poner remedio a la cosa.

—¡Válgame Dios! —exclamó Bobby terminada la lección de matemáticas, cuando todas cogían ya sus libros para marcharse—. Claudina hace siempre lo que quiere. Fijaos bien: sabe arreglárselas a la perfección en todos los casos para salirse con la suya. Apuesto lo que queráis a que ahí dentro lo ha pasado de primera.

Bobby no se equivocaba.

A última hora de la mañana Claudina fue en busca de la señorita Ellis. Sonriente, formuló unas bien pensadas palabras de disculpa.

—¡Oh, señorita Ellis! Estoy avergonzada de mí misma. Ustedes, las mujeres inglesas, no tienen miedo de nada. Jamás pierden la cabeza, siempre conservan la

calma. Pero yo, yo soy una estúpida muchacha francesa. Perdóneme, pues. Procuraré portarme mejor en lo sucesivo. Mi tía se enfadó mucho conmigo. Me hizo llorar amargamente. ¡Fíjese, fíjese qué rojos tengo los ojos!

La señorita Ellis no vio nada de particular en éstos, y estaba segura, además, de que *Mademoiselle* no se había enfadado lo más mínimo. Sin embargo, le costó trabajo disimular una sonrisa. ¡Claudina hablaba en un tono tan formal! ¡Había pedido perdón con tanta humildad!

—Por esta vez, olvidaré lo que ha pasado, Claudina —contestó—. Pero la próxima ocasión ándese con cuidado, ¿entendido?

Capítulo 8

EL CURSO AVANZA

Aunque las chicas sabían muy bien que Claudina mentía cuando le convenía; que se llevaba las cosas de sus compañeras cuando las necesitaba, sin acordarse de pedir permiso; que copiaba los ejercicios del primer cuaderno que encontraba cuando no tenía ganas de hacerlos, todas la estimaban. La francesita resultaba una personilla muy divertida y era generosa a su manera. Por otro lado, jamás se ofendía, dijeran lo que dijeran de ella.

Hubiera llegado a enojarse con facilidad de tomar a pecho ciertos comentarios que hacían Ángela o Pauline. Ángela la miraba por encima del hombro por el mismo motivo que despreciaba a Eileen; pensaba que, probablemente, ni una ni otra pagaban los gastos de su estancia en Santa Clara.

—La caridad las ampara. Sí, a las dos —le dijo a Alison una vez—. Nunca pensé que en colegios como éste pudiera haber alumnas semejantes.

Cuando Bobby, Hilary o las gemelas oían comentarios de este tipo, atacaban a Ángela sin ninguna piedad.

—Oye —observó un día Pat—. A mí Eileen me disgusta tanto como pueda disgustarte a ti. No obstante, debes comprenderlo, Ángela. Si Eileen no paga ninguna cuota, es por el cargo que en Santa Clara desempeña su madre. Lo mismo da que se pague una cosa con dinero que con trabajo.

Las dos cosas valen. A Eileen, por lo tanto, no la ampara la caridad, como has dicho antes. Eres una antipática snob, querida.

Ángela, que se irritaba lo indecible cuando la llamaban snob, cerró su libro bruscamente.

—¡Snob! —exclamó—. He ahí vuestra palabra favorita cuando queréis aludir a una persona que no pertenece al montón. Id pensando en algo más original, muchachas.

En ese momento intervino Bobby en la conversación.

—Tú crees que Claudina está aquí también por caridad.

De acuerdo, pero ¿por qué razón, en lugar de decirnos a nosotras esas cosas, no te vas en busca de *Mademoiselle* y te expresas así ante ella? Y si te parece mejor, busca a la misma Claudina. Eres demasiado cobarde para proceder así. Te ensañas con Eileen y haces de ella lo que quieres porque te has valido de algo especial para dominarla. En tales condiciones jamás responderá a tus ataques. En cambio, con Claudina no te atreves. ¿Quieres saber por qué? Pues porque se lanzaría sobre ti como una fiera y arañaría tu angelical rostro. Eso si no te echaba encima a *Mademoiselle*.

—¡Oh! ¡No hay manera de tratar con vosotras! —exclamó Ángela, ya fuera de sus casillas—. A medio trimestre le pediré a mi madre que me saque de aquí. Cuando llegue a Santa Clara para la fiesta, se dará cuenta de la clase de chicas con que me veo obligada a alternar. Tengo la seguridad de que me llevará con ella.

—¡Dios mío, si tu madre resultara ser una mujer sensata y procediera así! —suspiró Bobby—. Pero no lo hará. Sé muy bien cómo piensan las madres. ¡Te dejaré aquí para que no amargues la existencia durante el resto del curso!.

Unas lágrimas, que delataban ira, asomaron a los ojos de Ángela. Nadie le había hablado así a lo largo de su patética vida de niña mimada. Se sentía herida, dolida en su amor propio, desdichada. Parpadeó varias veces para contener sus lágrimas, ya que manchan y afean el cutis. Enseguida optó por ir en busca de su amiga Alison.

Ésta siempre se encontraba dispuesta a aplicar un poco de unguento en las heridas de Ángela. Su falta de juicio le impedía ver los graves defectos de su compañera. Sólo advertía lo que tenía delante: el atractivo rostro de la muchacha, la belleza física, el valor de sus prendas y objetos personales. La pobre Alison siempre se situaba junto a las personas que menos le convenía tratar.

—¡No escarmentará nunca! —declaró Hilary—. Pensé una vez, dos cursos atrás, cuando mediaba la amistad de una terrible profesora que tuvimos, la señorita Quentin, que iba a recibir una buena lección. ¿Os acordáis de la señorita Quentin? A Alison le ponía una cara, y luego a sus espaldas hablaba pestes de ella. Delante de nosotras se reía siempre de nuestra pobre amiga.

Las gemelas asintieron.

—Sí que lo recordamos, ¿verdad, Isabel? Por supuesto, es una desgracia que para sentirse feliz Alison haya de pasarse la mayor parte de las horas del día adorando a alguien. Por Ángela siente una enorme debilidad. Tal actitud la perjudica. Siempre que hemos conseguido meter en la cabeza de Ángela una idea beneficiosa para su formación, Alison ha acabado por echarlo todo a rodar, diciéndole mil veces que es una chica fuera de lo corriente, demasiado bonita para poder expresar con palabras su belleza, y otras tonterías parecidas.

—No tiene nada de vosotras dos —opinó Bobby—. Las dos poseéis una buena dosis de sentido común. ¡Es sorprendente que Alison sea vuestra prima!

El sol era cada día más riguroso. Hacía ya mucho calor. Lucía un espléndido cielo azul. Las chicas nadaban y se entregaban a sus juegos con verdadero entusiasmo. Todas se habían puesto muy morenas, todas a excepción de Claudina, que continuaba con su pálida faz de lirio, como siempre, pese a los esfuerzos de sus compañeras por arrastrarla a los campos de deportes y al aire libre. Una semana anduvo muy preocupada porque le había parecido descubrir una peca en su nariz. Las jóvenes se burlaban de ella despiadadamente.

—¡Vaya! ¿No es eso una peca? —preguntó Hilary fijando su mirada en la

naricilla de la francesa.

—En efecto. Y va a ser de las buenas —apuntó Pat.

—Del tamaño de una moneda de tres peniques —declaró Isabel.

Claudina, horrorizada, dio un grito y sacó el espejito que siempre llevaba consigo. Ella, Ángela y Alison utilizaban unos adminículos semejantes, y a todas horas se miraban el rostro con ellos, por un motivo u otro.

—No tengo ninguna peca —anunció Claudina, indignada.

Las chicas se volvieron. Eileen se acercaba al grupo.

He aquí una chica que da la impresión de tener un secreto y teme que alguien lo descubra —comentó Hilary, más bien preocupada—. En ocasiones, Eileen se me antoja una criatura muy desdichada.

—Si tiene algún pesar, ahí está su madre para consolarla.

—¡Bah! —exclamó Bobby—. ¿Le contarías tú al ama, si fuera tu madre, cuanto te ocurriera? Yo no procedería así. Es demasiado severa. Todos los días le pido a Dios no caer en cama enferma mientras ella siga en el colegio. ¡No acierto a imaginármela cuidándome!

Las chicas trataban ahora a Eileen con mucho tiento. Tenían la seguridad de que en cuanto su compañera se enterara de algo especial, la información pasaría rápidamente al ama, quien se apresuraría a castigarlas poniéndolas a coser y a zurcir durante horas enteras. Esto, en cambio, no rezaba para Ángela. Ángela podía decir siempre lo que le pareciera más oportuno. El ama la miraba con buenos ojos. Eileen nunca le iba con cuentos relacionados con ella.

—Yo creo que Eileen echa de menos a su hermanito —opinó Bobby—. Ya recordaréis lo que nos dijo Ángela. El muchacho vino a verla. No quería, sin embargo, que le sorprendieran en algún grave aprieto, y sin duda a Eileen le preocupaba su situación.

—¡Pobre Eileen! —exclamó Hilary—. La sonsacaré un poco, para ver de qué se trata.

Hilary hizo lo que había anunciado, cortésmente, con tacto, pero sacó muy pocas cosas en limpio.

—¿Qué edad tiene tu hermano, Eileen? —preguntó—. ¿Se parece a ti?

Eileen le mostró una instantánea que guardaba entre las páginas de un libro. Le agradaba, no cabía duda, que le proporcionasen aquella oportunidad para hablar de Eddie.

—Eddie tiene dieciocho años —explicó—, es decir, dos más que yo. Es muy bueno, Hilary. Pero la suerte no le ha sonreído. Ya ves, mi padre murió cuando éramos los dos muy pequeños. Eddie debería estar en un colegio ahora, en lugar de trabajar.

Hilary contempló un buen rato a aquel muchacho, de aspecto más bien débil, que

aparecía en la fotografía. Su imagen no le sugería muchos comentarios.

—¿A qué se dedica? —preguntó.

—Trabaja en unos talleres. Le va muy bien. No tardará mucho en ganar todo el dinero que quiera.

—No estarás preocupada por él, ¿verdad? —preguntó Hilary con la mayor amabilidad posible, mientras estudiaba la encendida faz de su compañera.

Eileen respondió en el acto:

—¿Preocupada por él? ¡No, no! ¿Por qué habría de estarlo? Me gustaría verle más a menudo, eso es todo. Ten en cuenta que hasta el comienzo de este curso, en que mi madre encontró su empleo actual, los tres vivíamos juntos. Ahora él está hospedado en una pensión y yo le echo mucho de menos.

Hilary no dijo más. Seguía pensando en que Eileen debía de estar preocupada. La verdad era que no prestaba mucha atención a sus estudios, al menos no toda la que las profesoras hubiesen deseado. Bueno, se dijo Hilary, cualquiera tendría el serio aspecto de la muchacha, de verse obligada a oír los gruñidos del ama en sus horas libres.

Todas las semanas Eileen debía ayudar a su madre en la tarea de ordenar la ropa blanca del colegio. Eran muchas las que habían oído las continuas reprimendas de la madre mientras trabajaban juntas. Eileen contestaba, a veces, pero habitualmente permanecía callada. A algunas muchachas les daba lástima; otras se alegraban, porque la tenían conceptuada como una soplona.

Transcurrieron dos semanas más. Pronto se encontrarían a mitad de trimestre. Hubo tres o cuatro cumpleaños. Circularon diversos regalos de unas manos a otras.

Ángela disponía de dinero de una manera ilimitada. Los presentes más extravagantes procedían de ella. Pauline intentó competir con su compañera y adquirir objetos que se salieran de lo corriente. ¡Pero era imposible gastar todo el dinero que gastaba Ángela! ¡Le daba lo mismo comprar un frasco de sales de baño que un pañuelo de encaje!

Eileen no hizo ningún regalo.

—Lo siento —le dijo a Hilary, que era una de las que celebraban su cumpleaños—. Me hubiera agradado regalarte alguna cosa, pero no dispongo de dinero en estos momentos. De todos modos, no quiero que te falte mi felicitación.

—Gracias —respondió Hilary.

Eileen, por lo visto, sabía ser sincera cuando llegaba el caso. A la Hilary le gustó el valor desplegado por Eileen al confesar sin ambages su verdadera situación.

Ángela obsequió a Hilary con un magnífico cuaderno de piel auténtica, de cantoneras artísticamente decoradas. A Hilary le gustó muchísimo el regalo. Pauline se presentó de inmediato con un portamonedas que llevaba grabadas las iniciales de la homenajeadas: *H. W. W.*

—¡Oh, Pauline! ¡Qué bonito! —exclamó Hilary—. Pero yo no hubiera querido que te gastases tanto dinero en mí. Estoy segura de que esto se sale de tus posibilidades.

Tal observación fue de las más desdichadas que podía haber hecho Hilary, es decir, tratándose de Pauline. Ésta era muy sensible a las cuestiones monetarias cuando pretendía competir con Ángela en aquel terreno. Las mejillas de la chica se tiñeron de carmín y respondió con voz ahogada:

—Tú sabes muy bien que mi familia, los Bingham-Jones, son gente acaudalada. —Pauline daba a sus palabras el énfasis que Hilary más detestaba—. Dispongo siempre del dinero que quiero. Es cierto que no hago ostentación de él ni me lo gasto en cosas vulgares, como Ángela. Acepta, pues, el portamonedas, Hilary, con mis mejores deseos, y no pienses ni por un momento que cuesta más de lo que yo pueda pagar.

—Con los Bingham-Jones y la Honorable Favorleigh resuelta que nosotras siempre andamos por las nubes. La verdad es que una, en ocasiones, se siente abrumada —dijo Pat a Isabel con una risita burlona—. Bueno, yo creo que, de las dos, prefiero a Pauline. Ángela se muestra siempre demasiado despectiva. Y además dice las cosas más molestas con una sonrisa aparentemente bondadosa en los labios.

—Si considero todos los detalles que he observado, no puedo juzgar a ninguna de las cuatro nuevas como una buena adquisición —comentó Isabel, adoptando una actitud meditativa—. Ángela, decididamente, es una snob. Pauline es envidiosa. Claudina es una chica divertida, pero falta de escrúpulos. Si me atengo a lo que hasta ahora he visto de ella, no tiene sentido del honor. Eileen resulta una muchacha fastidiosa, aparte de ser una soplona.

—¡Demonios! Parece que te has vuelto tan arisca y rencorosa como alguna de ellas, Isabel —no pudo por menos que decir Pat.

—No —replicó su hermana gravemente—. Estoy sopesándolas a todas, sencillamente. Yo no soy como Alison, incapaz de valorar lo que se esconde tras un lindo rostro. Y aunque no aprecio mucho a ninguna de las integrantes del grupito, tú no ignoras que acudiría en ayuda de cualquiera de ellas de encontrarse en una situación apurada. Cuando se es desleal no se piensa así, ¿verdad?

—Tú no lo eres, desde luego —contestó Pat—. Tienes mucha razón, querida. Lo de menos es que veamos a la gente como es, e incluso que aquélla nos disguste. Lo importante es que una esté dispuesta a ayudar a los demás cuando sabe que la necesitan.

Capítulo 9

PREPARANDO UNA FIESTA

El ecuador del trimestre se acercaba con rapidez, y las chicas estaban muy excitadas porque sus padres irían a visitarlas. Habría competiciones de natación y tenis a las que asistirían los familiares de las alumnas. Hilary, Bobby, las gemelas y una o dos compañeras más albergaban la esperanza de formar parte de los equipos deportivos, expectativa que hacía que las muchachas estuviesen nerviosas.

—Me gustaría que mi madre me viera competir —dijo Bobby—. De joven fue una notable nadadora. Espero ser elegida.

Las gemelas aspiraban a participar en el campeonato de tenis. Las dos eran excelentes jugadoras. Su madre se pondría muy contenta de presenciar un partido y verlas ganar. Estaban orgullosas de su colegio y deseaban dejarlo en buen lugar.

Hilary jugaría en el grupo de individuales con una alumna de quinto curso. Había sido seleccionada por su elegante estilo. Se trataba más bien de una exhibición que de un verdadero partido. La encargada de la sección de deportes se sentía orgullosa de ambas muchachas.

Mirabel esperaba ganar la competición de natación. Era muy rápida y resistente. También figuraba en el equipo su amiga, la menuda Gladys, una nadadora estupenda pese a su pequeña estatura. Ansiaba ver a su madre al borde de la piscina, presenciando su actuación. Como no tenía padre ni hermanos, su madre lo era todo para la muchacha.

—Nos vamos a divertir mucho —afirmó Hilary—. ¿Vendrá tu madre, Ángela?

—Desde luego. Y también papá. ¡Tengo unas ganas de ver su nuevo coche! Es un Rolls-Royce, negro con una raya verde y...

—Yo creo que tú tienes más ganas de ver el coche que a tus padres —comentó Bobby, riéndose—. Sólo los mencionas para referirte a las riquezas que poseen, Ángela. ¿No lo habías advertido?

Ángela le dirigió una hosca mirada.

—No sé qué quieres decir. Me imagino que tú también hablarías de coches y cosas por el estilo si tus padres los tuvieran. ¡Ya verás a mi madre! Destacará por encima de todas. Es guapísima. Tiene los cabellos rubios, como yo y no he visto nunca unos ojos tan azules como los suyos. Siempre viste las ropas más elegantes y caras.

—Y hasta los imperdibles que usa son de oro puro con diamantes incrustados —terminó Pat.

La audiencia rió con ganas.

—Eso no tiene nada de gracioso —repuso Ángela—. Ya os lo he dicho: esperad, ya veréis a mi madre. Os parecerá la mujer más bella que jamás hayáis visto.

—¡Qué lástima que no te parezcas a ella! —exclamó Bobby con aire pesaroso—. ¿No le disgusta a tu madre tener una hija como tú? Para ella debe de haber sido una tremenda desilusión.

Ángela se puso muy encarnada. Le resultaba difícil contenerse al oír tantas impertinencias.

—Está bien —dijo con cierto tono de amargura en la voz—. Está bien. No tendréis que esperar mucho para ver a mi madre. Luego ya me diréis si no es la mujer más hermosa que hayáis podido ver en vuestra vida. Confío en que para venir aquí se ponga su collar doble de perlas. Costó cinco mil dólares.

Gladys, que raras veces intervenía en este género de conversaciones, dejó oír su suave voz:

—Bueno, yo creo que a mí me tendría sin cuidado que mi madre vistiera ropas muy elegantes. Tampoco me preocuparía si tuviera una carrera en las medias o si se hubiera olvidado de empolvase la nariz. Lo que a mí me interesa, realmente, es que venga a verme, que podamos pasar varias horas juntas. ¿Qué significa al lado de esto que ella sea la criatura más desaliñada, más fea y peor vestida del mundo? En todo caso me sentiría orgullosa, creyéndola la mejor de todas las madres.

Hasta Ángela se quedó desconcertada. La chica miró a Gladys, sorprendida. Se disponía a formular una despreciable consideración, cuando se le adelantó Bobby.

—Cállate —le ordenó—. Por lo que respecta al tema de las madres, Gladys acaba de decir la última palabra. Has estado muy bien, chica —agregó, dirigiéndose a su menuda compañera.

Ángela no volvió a decir nada. Pero interiormente se sentía muy satisfecha al pensar en su madre, elegantemente vestida, centro de las miradas de sus compañeras, absortas éstas en la contemplación de su belleza, arrebatadas de admiración por sus ropas.

—¿Vendrán tus padres? —preguntó Hilary a Pauline.

—¡Oh, sí! —contestó Pauline, deseosa de aprovechar a fondo la ocasión que se le presentaba de hablar de su familia—. Mi padre es un hombre de espléndido aspecto y mi madre es muy guapa. Espero que se ponga el vestido que se compró durante las vacaciones. Es precioso, realmente. Le da una apariencia muy juvenil.

Pauline continuó hablando en este tono de sus padres, mostrándose, como ocurría siempre, tan snob como Ángela. Ahora bien, se refería a ellos más como personas de carne y hueso, generosas, amables, divertidas, que como gente cargada de riquezas.

—Tengo la impresión de que los padres de Pauline deben de formar una pareja muy agradable —manifestó Pat—. Bien. Echaremos un vistazo a la familia de Ángela cuando venga. Por supuesto, el padre usará diamantes, en lugar de botones corrientes,

y la madre se cubrirá con cinco o seis pieles al mismo tiempo.

Isabel rió.

—Yo estoy contenta de que nuestra madre sea una mujer como tantas. A mí me resulta, por lo menos, cariñosa, sensata. ¡Una buena madre, en suma!

Las chicas entrenaban ya para su participación en las competiciones de natación y tenis. Aspiraban a que sus familiares se sintieran orgullosos de ellas. También habría una exposición de cuadros originales de las alumnas y otra de labores de aguja.

Aquí era donde Claudina esperaba brillar. Acababa de hacer una preciosa funda de cojín, sobre la que había bordado un gran pavo real con su bella cola completamente extendida.

Mademoiselle se sentía muy orgullosa de esta labor. Hablaba a todas horas de la misma. No tenía otro tema de conversación.

—¡Qué trabajo tan delicado! ¡Ah, la pequeña e inteligente Claudina! ¿No cree usted, señorita Ellis, que Claudina ha conseguido plasmar a la perfección en ese cojín la cola del pavo real?

—Desde luego. Eso le ha salido mejor que sus ejercicios de matemáticas, o de historia, o de geografía, o de literatura.

—¡Vamos, vamos! —respondió *Mademoiselle*, dolida.

No hay una sola persona que sirva para todo. Cada una tiene sus aptitudes. Claro que la pequeña Claudina...

—Yo creo que la única aptitud que posee la pequeña Claudina es ésta, la labor de aguja. Por lo demás, nada. Y eso que lo único que yo exijo es un mínimo de atención en clase, un poco de trabajo a la hora del estudio. Está usted echando a perder a Claudina, *Mademoiselle*.

—¿Qué yo...? ¿Qué yo estoy echando a perder a Claudina? —A *Mademoiselle* estuvieron a punto de caerle los lentes a causa de aquel arrebatado de indignación—. Jamás he causado el menor perjuicio a ninguna chica. Siempre me he mostrado exigente, justa.

—De acuerdo, *Mademoiselle* —se apresuró a decir miss Ellis para atajar a su interlocutora, al ver que ésta iniciaba uno de sus largos y apasionados discursos—. De acuerdo. Tengo que irme. Ya me dirá el resto la próxima vez que nos veamos.

Mademoiselle buscó a Claudina. Al localizarla se abalanzó sobre ella y la abrazó, lo que sorprendió mucho a la chica. De pronto, *Mademoiselle* había pensado que su «pequeña Claudina» no recibiría la visita de sus padres durante la fiesta del colegio, ya que residían en Francia. Nada más pensar ello quiso consolarla, pese a que la francesita no estaba necesitada de consuelo alguno. Amaba a sus padres, pero como era un miembro más de una dilatada familia sólo conocía sus atenciones en pequeñas dosis, por lo que no echaba en falta a los suyos tanto como las otras chicas.

—¡Ah, mi pequeña Claudina! —exclamó *Mademoiselle*, oprimiendo entre sus

brazos a su sobrina, atónita en aquellos instantes—. ¡No estés triste! ¡No quiero verte desanimada!

No te atormentes. Ya verás como no te sientes sola durante la fiesta.

Claudina se preguntó si su tía se habría vuelto loca.

—¡Pero si no estoy triste, ma tante! ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—¡No, no! —contestó *Mademoiselle*, desbordada por la ternura que sentía hacia su sobrina—. No ha pasado nada. Es que estoy preocupada por ti. No sé qué pensarás al saber, como sabes, que tus padres no vendrán al colegio. Mientras las demás irán de acá para allá con los suyos, tú no tendrás ningún familiar a tu lado, es decir, ¡exceptuando a la tía Matilde!

—¿Y qué?

Mademoiselle arrugó la nariz, lo que hizo que sus lentes resbalaran y cayeran.

—¡Ah, mi pequeña Claudina! ¡Qué lástima! Tus padres no estarán aquí, no podrán admirar esa funda tan hermosa que has hecho con el espléndido pavo real. Pero yo sí que estaré. Me colocaré junto a tu labor; no me separaré un momento de ella, para poder decir a todo el mundo: «¡Vean! ¡Vean el trabajo de la inteligente Claudina! ¡Ah! ¡Una labor como ésta sólo es capaz de hacerla una chica francesa! ¡Fíjense en la cola; estudien las plumas de este bello animal, punteadas en seda; observen el cojín en su conjunto, es lo más hermoso que podrán contemplar hoy en el colegio!».

—¡Oh, tía Matilde! No quisiera oírte decir esas palabras —repuso Claudina, alarmada—. Mis compañeras se reirán de mí. Me embromarán. Por favor, tía Matilde, desiste de ello. No estaré sola. No echaré de menos a nadie.

—¡Qué valiente eres, hija mía! —suspiró *Mademoiselle*, intentando contener las lágrimas—. Ya veo que eres una muchacha enérgica. No quieres que los demás sepan que sufres.

—Yo no sufro en absoluto —replicó Claudina, que empezaba a impacientarse—. De veras, tía Matilde. Por favor, no armes este alboroto. Sería terrible que te colocases junto a mi cojín y te pasases toda la tarde comentando mi trabajo.

La idea de que *Mademoiselle* se apostara como un perro guardián junto a su labor para hablar ante los sorprendidos visitantes de su pequeña y solitaria Claudina, poniendo por las nubes su tarea, aterrorizó verdaderamente a la chica. Entonces comenzó a desear que la fiesta de mitad de curso hubiera pasado ya.

Pero la realidad era muy distinta. ¡Se encontraban justo en la antesala! Transcurrieron cuatro días, y luego tres más. ¡Ya era la víspera del gran acontecimiento! Las muchachas se fueron a la cama muy nerviosas y estuvieron hablando en voz muy baja hasta mucho después de que las luces fueran apagadas; Susan Howes, la jefa del curso, se hacía la dormida.

No quería ser una aguafiestas la noche antes a la fiesta. Ya se mostraba bastante

rigurosa con sus compañeras en condiciones normales.

Ángela pensaba en la maravillosa impresión que su madre causaría en todas. Y ella se bañaría en su gloriosa luz. Confiaba en que llevara sus famosas perlas y la hermosa piel de zorro.

Eileen pensaba también en su madre. Participaría en la fiesta como ama de llaves del colegio. No vestiría, por lo tanto, como las visitantes. Le hubiera gustado ver a Eddie allí. Y no porque fuera ella a exhibirse en las competiciones de natación o en los partidos de tenis, o hubiese expuesto algún trabajo notable en la exposición de pintura de las alumnas o en la dedicada a las labores de aguja. Sino por el placer de ver a su querido hermano. Sólo y exclusivamente por eso.

Alison pensaba tanto en su madre como en la de Ángela. Esperaba hacerse amiga de la desconocida señora. Si llegaban a simpatizar, ¡qué estupendo! Y si la madre de Ángela le pedía que pasara con la familia parte de sus vacaciones, ¡sería el colmo de la dicha!

Los pensamientos de Pauline giraban, asimismo, en torno a las figuras de sus padres. Y también los de Bobby. Parecía haber transcurrido mucho tiempo desde las últimas vacaciones. El colegio era divertido. Ahora bien, el hogar de una, los que en él vivían, constituía algo muy sólido, real, atractivo. Resultaría muy agradable asomarse brevemente a todo aquello, alejada momentáneamente de las internas.

Las chicas se durmieron una tras otra.

Bobby fue la primera en despertarse. Se sentó en la cama y gritó:

—¡Arriba, dormilonas! ¡Ha llegado el gran día!

Capítulo 10

FIESTA EN SANTA CLARA

Amaneció un día magnífico aquel sábado. Brillaba un sol espléndido desde un cielo inmaculadamente azul, en el que no se veía flotar una sola nube.

—Magnífico día, ¿eh, Claudina? —dijo Doris, muy contenta—. No puede ser mejor.

Claudina gimió:

—¡Y pensar que tendremos que pasar al aire libre toda la jornada! Seguro que por efecto de este terrible sol me saldrá alguna peca en la cara. ¡Ojalá lloviera un poco!

—¡Vaya! —exclamó Bobby, sonriendo—. Serías capaz de meterte en el colegio con un día como éste. Vamos, ánimo, sonríe. ¡Esto es estupendo!

La exposición de pintura ya se estaba preparada. Los familiares de las chicas pronto admirarían sus obras. Había algunos cuadros realmente buenos. La señorita Walker, la profesora de arte, se mostraba orgullosa de ellos. Tenía varias alumnas especializadas en acuarela y salía con ellas frecuentemente al campo para tomar apuntes del natural. Allí podía verse los excelentes resultados de tan provechosas excursiones.

—¡Estos cuadros se podrían vender! —comentó Claudina—. ¿Tú crees que os concederán autorización para ello? ¿Qué valdrá esa soberbia acuarela, Hilary?

Ésta se echó a reír.

—¡Qué ideas tan extrañas las tuyas, Claudina! —dijo la muchacha—. Desde luego, no vamos a vender nada. ¡Cómo si nuestros padres estuvieran dispuestos a consentir tal cosa! ¡Ni hablar! Lo que harán será llevarse estas cosas nuestras con el propósito de colocarlas en aquellos sitios de la casa en que puedan ser apreciadas por sus amigos. Aspiran a oír decir a éstos: «¡Qué inteligente debe de ser tu hija!».

—Supongo que tu madre se volverá loca de alegría si le envías tu precioso cojín —aventuró Pat.

Claudina rió.

—Tengo tres hermanas más que me aventajan en esta clase de labores. De enviarle la funda, mi madre exclamará:

«¡Ah! La pequeña Claudina progresa. No está nada mal, para una principiante».

—*Mademoiselle* no vacila en afirmar que se trata de una maravilla —dijo Bobby, sonriente—. A ti te pasa una cosa muy curiosa, Claudina. No te muestras orgullosa de tu labor. Cualquiera otra chica, con el alboroto que se ha armado en torno a tu bordado, habría comenzado a ir de un lado para otro pavoneándose. Tú no eres así.

—Yo sé que mi trabajo es bueno si lo comparo con el que hacéis vosotras, las

muchachas inglesas —repuso Claudina muy seria—. Ahora bien, en Francia, la mía pasaría por una labor corriente. Mis puntos de referencia son distintos de los vuestros y por eso no considero mi cojín una maravilla, ni mucho menos.

En Claudina se daba la curiosa mezcla de honestidad, sinceridad y engaño. Pero hasta esto último resultaba extraño, ya que no intentaba nunca disimular sus verdaderas intenciones. Intentaba a veces engañar a la señorita Ellis, por ejemplo, y si la profesora la sorprendía en su intento, Claudina lo admitía todo sin sentirse avergonzada. Era como si la francesita se hallase entregada a un juego con sus profesoras, esforzándose por obtener ciertas ventajillas, aunque sin molestarse en ocultar sus propósitos. Sus compañeras no lograban entenderla.

Pat e Isabel estaban encantadas porque ya les habían anunciado que jugarían juntas un partido de tenis. Sacaron del guardarropa sus faldas y blusas, sus blancos zapatos y rojas medias y se los llevaron al ama de llaves, quien debía entregárselos a una de las doncellas de Santa Clara para que procediera a planchar algunas de las prendas de vestir. ¡Todo el mundo tenía que ofrecer el mejor aspecto posible a la llegada de los familiares!

A la hora del desayuno las chicas observaron que Pauline estaba triste. Hilary le preguntó con su habitual cortesía:

—¿Qué te ocurre, Pauline? No tienes buena cara. No te habrás disgustado por el hecho de no haber sido incluida en los equipos deportivos, ¿verdad?

—¡Oh, no! —replicó Pauline—. He tenido un disgusto, eso es todo.

—¿Qué ha pasado? —insistió Hilary.

Sus compañeras, honradamente preocupadas, rodearon a las dos chicas.

—Mala suerte —explicó Pauline—. Mamá esta enferma y mi padre, naturalmente, no quiere separarse de ella. Así, pues, ¡no podrán venir a Santa Clara hoy! ¡Con el interés que yo tenía en que tomaran parte en la fiesta, en que vieran todo lo que hemos preparado!

—¡Qué le vas a hacer, Pauline! —le dijeron las chicas en tono afectuoso.

Un disgusto de esa clase a última hora resultaba terrible. Todas lo sintieron.

—Me imagino que la indisposición de tu madre será una cosa pasajera —dijo Susan Howes.

—No se trata de nada grave —aclaró Pauline—. Pero, de todos modos, no podrá venir. ¡Oh! ¡Con las ganas que tenía de ver a mis padres! ¡Incluso había escrito a mi madre pidiéndole que se pusiera un vestido que a mí me gusta mucho y que le sienta muy bien!

—Bueno, es igual —dijo Isabel, sumamente apenada por la contrariedad de su compañera—. Te unirás a mis familiares, Pauline. Así no te sentirás sola.

—¡Oh, no sabes lo que te agradezco estas palabras! —le contestó Pauline.

A partir de ese momento Pauline se animó un poco y participó en los diversos

preparativos de la fiesta con entusiasmo.

Mademoiselle había colocado el cojín de Claudina en un lugar muy destacado, mientras continuaba insistiendo en que su sobrina no debía sentirse apenada por su soledad. La francesita procuraba tropezar con su tía las menos veces posibles, por lo que se escabullía cuando advertía el menor indicio de acercamiento.

—Parece que estás jugando al escondite, Claudina —observó Bobby—. Tardarás más o menos, pero al final deberás enfrentarte con *Mademoiselle*. Es decir, si no quieres que explote. ¡Está deseando que veas cómo ha colocado tu estupenda funda de cojín en la exposición de labores!

Durante la comida reinó bastante desorden debido a que las sirvientas andaban ocupadas con la preparación del té con que habían de ser agasajados los padres de las alumnas por la tarde. Acababan de colocar numerosos montoncitos de fresas sobre unas grandes bandejas de cristal. Las cocineras se habían esmerado en sus labores de repostería. Había bocadillos de todas clases. Las muchachas no cesaban de asomarse al comedor de las grandes solemnidades, donde todo estaba siendo dispuesto convenientemente.

Claudina consiguió colarse dentro para probar las fresas, Ninguna de sus compañeras se había atrevido a dar tal paso.

—Si te sorprenden, vas a tener un disgusto —le advirtió Bobby.

—Pasa tú ahora —la invitó la francesita, relamiéndose.

¡Son extraordinariamente dulces y jugosas!

—No —repuso Bobby muy seria—. Hemos prometido no hacer eso esta vez y no pienso faltar a mi palabra.

—No he conocido una cosa más molesta que vuestra cacareada «*palabra de honor*» —declaró Claudina—. En efecto, en ciertas ocasiones ésta os impide hacer lo que queréis. Para mí eso no cuenta. Es más, me disgusta.

—Eres terrible, Claudina —intervino Ángela, arrugando la nariz—. Tú haces siempre lo que te place. Me alegro de no ser como tú.

Ángela había pronunciado estas palabras con el más impertinente de los tonos. Claudina, sin embargo, se limitó a reírse. Difícilmente llegaba a ofenderse.

—¡Ay, Ángela! —exclamó—. Tú consideras más grave robar unas fresas que contar chismes de cualquiera, aunque esto último es más deshonroso. Considero que tú eres peor que yo, a causa de tu lengua viperina.

Las chicas que escuchaban aquella discusión soltaron una carcajada. Claudina no estaba calumniando a Ángela precisamente. Esta llevaba la peor parte. Pero en días como aquél quedaba poco tiempo para reñir. Restaban muchas cosas por hacer y a cada una le había sido asignada una tarea concreta.

Varias de las chicas fueron encargadas de recoger las flores destinadas al adorno del comedor y el colegio en general. Era preciso lavar los jarrones. Éste era un trabajo

en el que las gemelas se daban buena maña. Las dos anduvieron ocupadas toda la mañana.

Después de la comida, todas se cambiaron de ropa para vestir el uniforme de Santa Clara o los atuendos deportivos.

El uniforme de verano consistía en un vestido de un color brillante, había varios colores entre los que las muchachas podían escoger el que les fuera mejor. Las chicas morenas, como Carlota, elegían los tonos rojos o naranja; a las rubias, como Ángela, les iban mejor los colores pálidos, azules y rosados. A la luz de aquel cálido día de verano, moviéndose sobre el verde fondo del jardín, las alumnas de Santa Clara parecían flores.

—¡Nuestros familiares están llegando! —gritó Alison al oír avanzar por el sendero del jardín un coche—. He ahí a los primeros visitantes. ¿Quiénes son?

Las alumnas de su curso se asomaron a las ventanas. Pero nadie supo contestar a sus preguntas.

—Deben de ser los padres de alguna de las alumnas de primero o segundo —opinó Bobby—. ¡Se acerca otro coche!

—¡Ahí viene mi gente! —gritó Janet—. Esperaba que fueran los primeros en llegar. ¿Qué os parece mi madre? ¿Verdad que es muy guapa? Voy a salirles al encuentro.

Janet salió a la carrera, muy contenta. Seguían llegando coches. Pronto el jardín se llenó de alegres padres y madres, tías, hermanos y hermanas, mayores y pequeños. ¡Cuánto le hubiera gustado a Eileen ver a su hermano allí!

La madre de la chica vestía el uniforme de ama de llaves, blanco, muy almidonado, con un delantal immaculado. Algunos de los recién llegados se acercaron a ella para interesarse por la salud de sus hijas. A Eileen le agradó que todos fueran detrás de su madre. De todos modos le hubiera complacido más verla vestida con un elegante vestido como los que llevaban las recién llegadas.

«Mamá debería sonreír con más frecuencia —pensó Eileen—. Tiene una apariencia tan severa. Ahí está la madre de las gemelas. Debe de ser una mujer muy cariñosa. Me gusta verla con sus brazos por encima de los hombros de Pat e Isabel. Mamá no ha hecho nunca eso conmigo, ni con Eddie».

Un enorme coche avanzaba ahora por el sendero del jardín. Al volante iba un chófer elegantemente uniformado. Se trataba de un hermoso Rolls-Bentley adornado con una fina línea verde. Nada más detenerse, el chófer se apeó. Ángela dio un grito:

—¡Ése es nuestro nuevo coche! ¡Fijaos, fijaos! ¿No es una preciosidad? ¿Os gusta el uniforme del chófer, negro y gris para hacer juego con el color de la carrocería? Los cojines son también negros. Los bordes de los mismos, como las iniciales, van en verde.

—Yo hubiera pensado que la emoción, al ver a tus padres, te habría impedido

darte cuenta siquiera del coche —comentó alguien con frialdad.

Pero Ángela no hizo caso de la observación. Se sintió muy satisfecha al comprobar que la mayor parte de sus compañeras se hallaban en las inmediaciones cuando se aproximó su espléndido automóvil.

El chófer abrió la portezuela del vehículo, seguidamente se apeó la madre de Ángela. ¡Ciertamente era una belleza! Parecía muy joven y sus facciones recordaban a simple vista a las de su hija. Iba vestida a la última moda.

Las chicas no apartaban la vista de ella. La recién llegada paseó una detenida mirada a su alrededor. Sus azules ojos eran los de Ángela. Unos segundos después descendió del automóvil un hombre alto, de aspecto marcial, de rostro más bien serio. Ángela lanzó otro grito.

La muchacha echó a correr hacia la pareja y abrazó a su madre tal como había visto hacer a varias de sus compañeras, exagerando sus gestos a propósito, porque sabía que éstas la observaban.

—¡Ángela, querida! ¡Ten cuidado con mi vestido! —exclamó su madre—. Déjame ver qué aspecto tienes.

Ángela se sintió fuertemente oprimida entre los brazos de su padre. Luego, éste la apartó un poco para poder contemplarla a su gusto.

—¡Estás muy bien, realmente! —declaró.

—Sin embargo, este terrible uniforme escolar no la favorece lo más mínimo —señaló la madre—. Creo que resulta bastante impropio. Y la verdad es que me disgustan esos feísimos zapatos, completamente planos.

—Las demás chicas visten y calzan igual, querida —le dijo el padre, más razonable—. El aspecto de Ángela es magnífico. Eso es lo que interesa.

—¡Si al menos este colegio tuviera un uniforme más bonito para sus alumnas! —exclamó la madre de Ángela en el mismo tono de queja de momentos antes—. Ésa fue una de las razones por las cuales me negué al principio a que viniera aquí. El vestido me parece horroroso.

Capítulo 11

LA «MARAVILLOSA» MADRE DE ÁNGELA

A lo largo de aquella tarde se oyó numerosas veces la voz de la madre de Ángela, proclamando su disconformidad con unas u otras. Era una mujer bella, de gran atractivo y porte elegante, pero en aquel hermoso rostro había una sombra de descontento y fastidio que todas pudieron observar.

Se quejaba de todo. Hablaba con aspereza y levantaba mucho la voz. Se quejaba de los bancos en que se sentaron para presenciar las competiciones de tenis. Exteriorizó su disgusto ante la taza de té que su hija le llevó.

—¡Qué té tan horroroso! ¡Deberían haber comprado, al menos, té chino! Tú sabes perfectamente, Ángela, que no soporto el té indio.

También puso serios reparos al pastel.

—Está demasiado seco —dijo—. Me cuesta trabajo comérmelo.

—Pues déjalo —le aconsejó su esposo.

Ángela vio horrorizada que su madre tiraba al suelo la porción que le habían colocado en el plato. En aquel sitio no tardaría en ser pisoteado. Sus compañeras no perdían detalle de todos aquellos incidentes. La muchacha comenzó a sentirse molesta.

—¿Verdad que mi madre es muy guapa? —preguntó dirigiéndose a Alison—. ¿No te parece estupendo su collar de perlas? ¡Qué cabellos tan bonitos los suyos!

Alison asintió. En realidad pensaba que la madre de Ángela se estaba conduciendo como una niña mal criada. Todo le parecía mal. A todo le sacaba defectos. No elogió ni uno de los cuadros que figuraban en la exposición; tampoco mostró ningún entusiasmo por los jarrones de flores que las chicas habían preparado. A la vista de la funda del cojín bordada Claudina se había visto obligada a formular algunas elogios porque *Mademoiselle* permanecía a su lado, como un dragón junto a la entrada de una gruta misteriosa. Había adoptado una actitud tan rígida, que cuantos desfilaban por allí estimaban oportuno ensalzar la labor de su sobrina.

—¡Ah! De manera que esta señora es tu madre, ¿eh, Ángela? —dijo *Mademoiselle* en un tono de voz sumamente cordial—. Le enseñaremos la labor de la pequeña Claudina. ¿Verdad que es muy bella? ¡Fíjese qué puntadas tan perfectas! ¡Fíjese en la cola del pavo real, que se extiende por toda la tela!

Tuvo la impresión de que la madre de Ángela iba a pasar por allí sin hacer el menor comentario, cosa que *Mademoiselle* no estaba dispuesta a tolerar, y tras coger del brazo a la visitante, casi la forzó a inclinarse sobre el cojín.

—¡No lo ha visto usted bien! ¡Se trata de una obra de arte! ¡Es lo mejor de la

exposición, señora! —insistió la profesora agitada.

—Es muy bonito —comentó la madre de Ángela, utilizando una especial entonación que dio a estas palabras su real significado.

Con un brusco movimiento se deshizo de la mano de *Mademoiselle* y a continuación se sacudió la manga del vestido, como si se le acabara de cubrir de polvo. Inmediatamente, se apartó de la profesora de francés.

—¿Quién es esa vieja? —preguntó dirigiéndose a Ángela en voz alta—. Supongo que no figurará en el cuadro de profesoras del colegio. ¿Has visto alguna vez alguna persona más basta y desaliñada?

Las chicas querían a *Mademoiselle*, por lo que esa observación les desagradó mucho. Bobby tenía la seguridad de que la tía de Claudina había oído las palabras de la visitante. *Mademoiselle* se quedó con la vista fija en Ángela y sus padres, perpleja, con una expresión en los ojos de persona dolida.

—Bueno, yo siempre consideré a Ángela una muchacha maleducada —dijo Bobby, en voz baja, a Pat—, y ahora me doy cuenta de que ha heredado sus cualidades de esa mujer. ¡Qué avergonzada me sentiría si mi madre anduviera por aquí, de un lado para otro, criticando a la gente y las cosas del colegio! ¡Pobre *Mademoiselle*! No hay derecho a que la ofendan de ese modo.

Claudina había oído las observaciones de la madre de Ángela y también estaba enojada. Quería a tía Matilde y aunque le irritaba que se hubiese apostado junto al cojín, elogiando exageradamente su trabajo, se hacía cargo de que ella procedía así a impulsos del profundo cariño que sentía por su sobrina.

Contempló una vez más a la hermosa madre de Ángela. Se fijó especialmente en su rostro, en el que se advertía una eterna mueca de descontento, y en la petulante inclinación de las comisuras de sus labios, que en ocasiones estropeaba su radiante belleza. Claudina pensó en las ofensas que, en el transcurso de los años habrían salido de aquella boca. Ahora Claudina ansiaba poder castigar a la madre de su compañera por las crueles palabras que había pronunciado al referirse a su tía.

Ángela llevó a sus padres hasta el borde de la piscina, de la que el Santa Clara se sentía orgulloso con razón. Era aquélla, en verdad, una de las piscinas escolares más bellas de la región. El agua, de un hermoso color entre azul y verde, batía suavemente sus paredes.

Pero también aquí mostró su descontento la madre de Ángela.

—Me imagino que cambiarán el agua a diario, ¿no es así, hija?

—Eso se hace dos o tres veces por semana, mamá.

La madre emitió un chillido de disgusto.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ni siquiera cambian el agua de la piscina a diario! ¡Qué colegio es éste! Me quejaré oficialmente. Ángela, no vuelvas a bañarte en la piscina hasta que cambien el agua. Te lo prohibo.

—Pero, mamá —comenzó a decir Ángela bastante nerviosa—. Tengo que hacer lo mismo que mis compañeras. En realidad, el agua está limpia. Siempre se encuentra en el mismo estado, aunque tenga dos o tres días.

—Nada, nada, me quejaré. Jamás quise que vinieras aquí.

Se trata de un colegio de segunda categoría. Yo deseaba que fueras al High Towers School. ¡Ésa sí que es una institución que vale la pena! No acierto a comprender aún por qué razón se empeñó tu padre en matricularte en Santa Clara. Tal vez ahora que ha tenido ocasión de ver lo que pasa aquí, se lo pensará de nuevo.

—Pamela, por favor, no levantes tanto la voz —suplicó su marido—. A las personas que nos rodean les desagradan tus comentarios. Eres minoría, querida. Es evidente que los demás padres piensan como yo, que Santa Clara es un colegio muy conveniente en todos los sentidos.

—¡Ah, vamos, ésa es tu opinión! —exclamó ella, como si lo que creyera su esposo no valiera la pena de ser tenido en cuenta.

Entonces apretó los labios con una expresión en el rostro que recordaba la que solía adoptar Ángela cuando alguien le cantaba las verdades.

No, la madre de Ángela no cayó bien entre los visitantes de Santa Clara. Ni tampoco entre las alumnas del colegio. En aquella mujer tan bella como malhumorada no era posible descubrir el sencillo encanto de la madre de las gemelas, ni el sentido común de la jovial madre de Bobby, ni mucho menos la afectuosa atención de la de Gladys, vestida con mucha sencillez, pero con algo indefinible sobre su persona que atraía inevitablemente.

—¡Cuánto me alegro de que mi madre no se parezca en nada a la de Ángela! —confesó Janet a Alison—. ¿Verdad que es detestable?

Alison no tuvo más remedio que inclinar la cabeza, asintiendo, pese a que deseaba seguir siendo leal a su amiga. Había oído muchos de los bruscos comentarios de la madre de Ángela, comentarios que, por cierto, no le habían hecho la menor gracia. Alison tendría la cabeza llena de pájaros, como le habían dicho muchas veces, pero amaba Santa Clara y a cuanto albergaban aquellas paredes. Ya no tenía interés en ser presentada a la madre de su amiga. No obstante, no pudo negarse cuando Ángela fue en su busca con ese propósito.

—Te presento a Alison, mamá, la amiga de quien tanto te he hablado en mis cartas —dijo Ángela.

Su madre miró a la linda muchacha que tenía delante e hizo un gesto de aprobación. A Alison le sentaba perfectamente el uniforme del colegio.

—De manera que esta chica es Alison. ¿Cómo estás, guapa? Yo diría que eres más atractiva que la mayoría de las muchachas que he visto por aquí. Una o dos que me ha presentado Ángela hasta ahora me han parecido auténticos mamarrachos.

Bobby había sido presentada ya a la madre de Ángela, por lo que cabía incluirla

en aquel grupo. A una persona tan «*exquisita*» como la madre de Ángela no podía agradarle una faz completamente cubierta de pecas.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Ángela—. Deseo que conozca a la mía. Mamá querrá preguntarle si accede a que pases en mi casa parte de las próximas vacaciones de verano.

Pero, con gran contento por parte de Alison, una vez las dos madres se hubieron saludado, ¡la suya declinó firmemente la invitación!

—Se lo agradezco mucho, pero tengo otros planes para Alison.

La señora no se molestó en dar más explicaciones. Tampoco dijo, naturalmente, que había oído varias de las insolentes frases de censura formuladas por la madre de la amiga de su hija. ¡Si precisamente aquella mujer era el ejemplar típico que deseaba que Alison no imitara jamás en su vida! Había que evitar toda posible ocasión de convivencia. Alison adivinaba cuáles eran los pensamientos de su madre y pese a su poco juicio comprendía que ésta tenía razón.

La madre de Ángela se dijo que era objeto de un desaire por parte de su interlocutora. Esto la enojó más. En el momento en que se disponía a contestar, sonó un timbre.

—¡Oh, qué desagradable! ¿Por qué suena ese timbre tan fuerte? ¡Me va a dejar sorda! —exclamó la presuntuosa señora.

—No hay que negar que, por lo menos, cumple eficazmente la misión para la que fue instalado —observó con sequedad la madre de Alison al alejarse.

—Ahora se nos avisa para que nos dirijamos a la piscina, donde se van a iniciar las competiciones de natación —informó Alison mientras entrelazaba su brazo con el de su madre—. Vámonos hacia allá, mamá. Verás cómo nada Bobby, ya sabes, la chica de las pecas, ésa que tanto te agradó. También encontrarás allí a Marshall. Es una nadadora muy rápida.

El sol calentaba bastante en el momento en que todos los espectadores se acomodaban alrededor de la piscina. Las personas mayores se colocaron en unas sillas situadas al borde de la misma. Las chicas se encontraban en la galería superior y contemplaban con interés la escena.

Eran pocas las seleccionadas para las exhibiciones. Las compañeras de las nadadoras presenciaban entusiasmadas los ejercicios de salto y buceo de estas últimas. Resultaba divertido ver los rítmicos chapoteos de las compañeras que hacían ondear graciosamente el agua en las blancas paredes de la limpiísima piscina.

—¡Qué tarde más estupenda! —exclamó Janet, feliz.

¡Me estoy divirtiendo horrores! Me alegro de que este día tan bueno nos haya ayudado a dejar al Santa Clara en el lugar que le corresponde.

—Todos nuestros familiares consideran la fiesta un éxito —declaró Bobby—. ¿Todos, he dicho? Bueno, con una excepción.

Se refería a la madre de Ángela; ésta, al oír el comentario, enrojeció. Había esperado con verdadera ansiedad la llegada de aquel día que iba a proporcionarle la oportunidad de lucir a su madre ante sus compañeras. No sabía por qué, pero todo había salido finalmente mal. Le hubiera gustado que también hubiese formulado los comentarios corteses que había oído de labios de muchos de los visitantes de uno y otro sexo. Habitualmente su madre se sentía descontenta y mostraba su disgusto por el menor motivo, se tratara de una cosa u otra.

Claudina, Alison, Ángela y otras muchas chicas que no actuaban en la piscina habían logrado colocarse en la gran galería que corría por encima de la cristalina lámina del agua. Claudina se estaba asomando demasiado. Más que ver a las nadadoras en sus elegantes trajes de baño color azul marino, lo que hacía era escudriñar los rostros de los visitantes recostados en las alineadas sillas.

—¡Cuidado, Claudina, que te vas a caer! —le advirtió Alison, alarmada, intentando hacer retroceder a la francesita.

—No temas. Miraba a esa descontenta e impertinente persona que se pasa la tarde formulando quejas en voz alta. Ahí abajo la tenéis.

—Ssss. Ángela puede oírte.

—No me importa. ¿Por qué tendría que esperar Ángela que ensalcemos a su madre, una mujer de magnífico aspecto, pero que tiene un carácter insoportable?

—Cállate, Claudina —insistió Alison, inquieta—. Lamento que la madre de Ángela dijera aquello de tu tía. Yo oí sus palabras y estoy segura de que *Mademoiselle* se sintió ofendida.

En cierto momento la madre de Ángela se disgustó de nuevo: una de las nadadoras le salpicó levemente el vestido. Entonces intentó retirarse del borde de la piscina pero no le fue posible, porque detrás de ella se encontraba otra fila de espectadores.

La competición crecía en interés. Las chicas nadaban graciosamente y ponían mucho entusiasmo en su cometido. Ahora bien, el momento más emocionante de la tarde para los presentes no fue obra de Bobby y sus compañeras.

¡Todo se debió a Claudina, protagonista de un episodio inesperado, altamente dramático y absolutamente espontáneo!

La chica había estado asomada imprudentemente desde la galería, sacando demasiado el cuerpo por encima de la barandilla. Repentinamente, lanzó un grito que hizo poner en pie a todo el mundo. Horrorizados, ¡los espectadores vieron cómo la francesita se precipitaba a la piscina desde lo alto!

Capítulo 12

UN MOMENTO FELIZ

Claudina cayó al agua como un bulto informe y el líquido salpicó por encima de uno de los bordes de la piscina, calando a la madre de Ángela de la cabeza a los pies.

—¡Santo Dios! —exclamó la señorita Theobald, la directora, que perdió su habitual calma—. ¿Quién es la que se ha caído al agua? ¡Sáquenla inmediatamente!

Claudina, que no sabía nadar, se hundió rápidamente, pero enseguida emergió con la boca abierta para aspirar, angustiada, una bocanada de aire. Bobby y Mirabel, que nadaban en aquellos momentos, se aproximaron al momento a su compañera. A continuación, entre las dos, la condujeron a la escalerilla más cercana.

Claudina abría y cerraba la boca, intentando articular unas palabras. Al mirar hacia donde se encontraba la madre de Ángela, observó, con gran alegría, que tenía el vestido hecho una sopa. Junto a ella se encontraba la señorita Theobald, que se excusaba y rogaba a la señora que la acompañara a sus habitaciones para que pudiera cambiarse de ropa. La directora le ofrecía una muda mientras se secaba la que en aquel instante llevaba puesta.

Muy enfadada, la madre de Ángela echó a andar tras la directora. Con su empapado vestido, completamente pegado al cuerpo, goteando sin cesar, su aspecto no podía ser más lamentable. Ángela parecía muy afectada por el incidente.

—Usted, Claudina, vaya en busca del ama de llaves y que le dé la ropa que necesite —ordenó la señorita Theobald a la francesita—. No se entretenga. De lo contrario, corre el peligro de resfriarse.

Claudina vio por el rabillo del ojo que *Mademoiselle* se inclinaba angustiada sobre ella. Entonces la pequeña echó a correr hacia el colegio. No se sentía con fuerzas para resistir las expresivas pruebas de afecto de su tía.

—Espera, espera, Claudina —dijo el ama, enojada porque por culpa de la francesa había tenido que separarse de las personas con las que hablaba en aquellos instantes.

Claudina no le hizo el menor caso. Sin embargo, intentaba retrasar su encuentro con el ama, francamente irritada, por tener que corresponder a las exageradas demostraciones de cariño de su tía.

—Todo esto es muy de Claudina —comentó Pat, hablando con su hermana—. ¡Oh, Isabel! No lo puedo remediar, pero me alegro de que la madre de Ángela haya salido tan mal parada en esta ocasión. ¡Esa mujer resulta cargante!

—Espero que Claudina no lo haya hecho a propósito —dijo Isabel, vacilante—. Ya sabes cómo es. Cuando persigue un fin que ella cree loable, no le importan los

medios. Apuesto cualquier cosa a que lo que quiso nuestra compañera fue castigar a esa señora por su grosería con *Mademoiselle*.

—Pero ¡si Claudina detesta el agua! —exclamó Pat—. No ha habido manera nunca de conseguir que se ponga el traje de baño. Y, considerando que no sabe nadar, arrojarle espontáneamente desde lo alto de la galería constituye un acto de gran valor.

Claudina no tardó en regresar. Llevaba otro vestido. La expresión de su rostro denotaba una extraordinaria gravedad, una absoluta inocencia. Cuando se lo proponía, podía mostrarse exteriormente tan inocente como Ángela. Y ahora que las chicas la conocían mejor, estaban convencidas de que cuanto más ingenua e inocente parecía, mayor era la trastada que había cometido o estaba a punto de cometer.

La madre de Ángela había regresado también, ¡vestida con las ropas de la señorita Theobald! La directora era un poco más alta que ella, por lo que sus vestidos no le iban muy bien a la visitante, aparte de que la señorita Theobald, digna, sencilla, aunque siempre atractiva, no disponía en su guardarropa de prendas de las que habitualmente vestía la aristocrática señora.

La visitante no se sentía nada a gusto allí. Estaba francamente enfadada y no lo disimulaba. Tenía poca gracia verse calada de pies a cabeza por una descuidada chica, pero aún resultaba más desagradable verse andando de un lado para otro metida en unas prendas que le quedaban demasiado largas.

Ahora bien, sin saber por qué, la madre de Ángela no se atrevía a mostrarse brusca con la señorita Theobald. Ésta la atendía con extrema cortesía, derrochaba continuas excusas y mantenía la serenidad y la dignidad con lo que marcaba la pauta a seguir a su interlocutora.

La madre de Ángela era la primera sorprendida por su propia conducta, por vez primera correcta.

Las competiciones deportivas llegaron a su fin. Los padres se llevaron a sus hijas a cualquiera de los hoteles que había por los alrededores del colegio.

Pauline se fue con la señora O'Sullivan, la madre de las gemelas. Éstas le habían contado lo de los padres de su compañera. La señora O'Sullivan decidió inmediatamente que se incorporase al grupo.

La madre de Alison preguntó a su hija:

—¿Tienes interés en que venga con nosotros alguna de tus compañeras? Me imagino que no querrás irte con Ángela y los suyos. Tu padre y yo quisiéramos pasar unas horas contigo.

Alison comprendió que su madre no deseaba bajo ningún concepto estrechar lazos de amistad con la madre de Ángela.

Si incorporaba al grupo familiar a otra muchacha sería más fácil independizarse en el caso de que Ángela propusiera que las dos familias se unieran para cenar. ¿A quién invitaría?, se preguntó Alison.

Echó un vistazo a su alrededor. La mayor parte de sus compañeras se hallaban junto a sus respectivos familiares, enfrascadas en animada charla o esperando el momento de irse en los coches. Eileen se encontraba sola y contemplaba la escena. Su madre había desaparecido. Probablemente estaría ocupándose de las internas más jóvenes. Su figura tenía un aire tan desamparado que Alison se sintió conmovida.

—Voy a preguntarle a Eileen, mamá —dijo—. No me es muy simpática, ni tampoco su madre, el ama de llaves del colegio, pero ¡sé que le gustaría venir! Y, ¡oh, mamá!, ¿no podría invitar a otra chica, además?

—¿En quién has pensado? —preguntó la madre, sorprendida.

—En Claudina, la muchachita francesa que se cayó al agua. Sus padres están en Francia. Aquí no tiene más que a una tía suya: *Mademoiselle*. ¡Me consta que le encantará acompañarnos! Le gusta mucho salir.

—Conforme, querida. Habla con las dos, entonces. Cualquier cosa es preferible a tenérselas que ver con esas dos criaturas consentidas que son Ángela y su madre.

Alison se acercó a Eileen.

—Eileen, ve a ver a tu madre y pregúntale si te da permiso para venir a cenar con nosotros. Date prisa.

—¡Oh! —Los ojos de Eileen se llenaron de lágrimas repentinamente—. ¡Oh, Alison! ¿Hablas en serio? ¡Eres muy amable conmigo!

Eileen se marchó corriendo, en busca de su madre.

Luego Alison se aproximó a Claudina.

—Claudina, ¿quieres venir con nosotros a la ciudad? Mi madre me dijo que te lo preguntara. Eileen nos acompañará también.

—Muy agradecida —respondió Claudina, haciendo uso de sus mejores modales—. Eres muy amable, Alison, y tu madre también, Iré a hablar con mi tía.

Mademoiselle se mostró encantada. Aunque las notas de Alison en francés dejaban mucho que desear, la chica le era simpática.

—Desde luego que te autorizo —repuso sonriente—. Después de la terrible emoción de esta tarde, necesitas distraerte, disfrutar de algo que te compense el mal rato que has pasado. ¡Pobrecilla! Caerse al agua de aquella manera, verse a punto de morir ahogada.

—Bueno, en realidad no estuve a punto de morir ahogada, ni mucho menos —contestó Claudina, guiñando un ojo a su tía—. Yo sabía que no podía ahogarme, ya que Bobby y Mirabel se encontraban en el agua en aquellos instantes. ¡Oh! ¿Verdad que fue estupendo lo de dejar como una sopa a esa odiosa mujer que gruñía por todo y ante todo? ¡Jamás me pude imaginar que quedara como quedó!

Mademoiselle contemplaba a su sobrina con la boca abierta. Se negaba a dar crédito a lo que oía.

—¡Claudina, Claudina! ¿Qué significa eso que estás diciendo? Por supuesto, no

es posible, tú no puedes haber hecho semejante cosa a propósito. ¡Tú no puedes ser tan mala chica!

A la pobre *Mademoiselle* no le salían apenas las palabras del cuerpo.

Claudina respondió gravemente:

—¿Hacer yo eso a propósito, tía Matilde? ¿Cómo se te ha ocurrido pensar semejante cosa? Pero ¿es que crees capaz a tu sobrina de hacer algo semejante? Ahora bien, es magnífico que eso le sucediera a la madre de Ángela precisamente. ¡Es un milagro!

Tras guiñarle de nuevo un ojo a su tía, la poco escrupulosa Claudina se alejó de ella. *Mademoiselle* no acertaba a apartar la vista de su grácil figura. ¡Ah! Claudina era una chica mala, muy mala. Y, sin embargo, había algo bueno en su acción. Pretendió castigar a aquella antipática mujer que había ofendido a su tía. *Mademoiselle* se sentó en una de las sillas del vestíbulo. Le costaba trabajo respirar. ¿Qué era en realidad Claudina? ¿Buena o mala? No lograba contestarse aquella peliaguda cuestión.

Entretanto, las internas habían ido marchándose del colegio, acompañadas de sus familias, en diferentes coches. Ángela había subido al espléndido vehículo de sus padres. La chica parecía más serena y apaciguada. Por una vez las cosas no habían salido a la medida de sus deseos. No había brillado junto a su bella madre. En los rostros de las otras chicas había observado tan sólo una profunda expresión de desdén, debido a que su madre no cesó un momento de criticar las cosas del Santa Clara en voz alta sin el menor recato, exteriorizando queja tras queja.

Ángela se asomó a la ventanilla de su coche y vio las caras felices de las gemelas. Pauline caminaba junto a los señores O'Sullivan. Las tres charlaban alegremente en aquel instante.

—¡Todas os habéis portado de maravilla! —oyó decir a la señora O'Sullivan.

Luego divisó a su amiga Alison, para su sorpresa, pudo comprobar que Eileen y Claudina se encontraban con ella, ¡y se disponían a entrar en el mismo coche! ¡Oh! ¡Cómo la había traicionado Alison! ¿Por qué no le había pedido ir con ellos? ¡Sustituirla por la soplona de Eileen y la deslenguada sobrina de *Mademoiselle*!

¿Cómo se atrevía Alison a inferirle semejante agravio?

Ángela no pensaba en las razones que habían impulsado a su amiga a proceder de aquel modo. No se imaginaba que la decisión de Alison podía estar dictada por un sentimiento de cortesía. Ángela estaba enfadada. La próxima vez que tuviera ocasión de hablar con Alison le diría qué opinión le merecía su ingrata conducta. Si ella deseaba la amistad de las chicas que prácticamente vivían de la caridad, en lo que a sus estudios se refería, tendría que dejarla. Siendo así, ya no podría ser amiga de Ángela Favorleigh, ¡de la Honorable Ángela Favorleigh!

A poca distancia del Santa Clara había dos o tres poblaciones de regular

importancia. Los coches siguieron distintas direcciones. Eileen se alegró muchísimo al enterarse de que la madre de Alison había escogido la ciudad en que su hermano Eddie trabajaba.

—¡Oh, señora! —exclamó la chica cuando el vehículo alcanzó las primeras casas de la ciudad—. Mi hermano vive por aquí. No sé si podré verle.

—¿Quieres invitarle a comer con nosotros? —preguntó la madre de Alison.

Eileen negó con un movimiento de cabeza.

—¡Oh, no, muchas gracias! Ya ha sido usted muy amable al invitarme a mí. Pero, si no le importa, quisiera acercarme un rato a la casa en que vive para charlar con él, después de la cena. Su pensión no cae lejos del hotel, creo. Le daría una gran alegría.

—Haz lo que quieras, querida —dijo la madre de la joven Alison.

La cena fue un verdadero banquete, animado por la alegría y la cordialidad de los comensales. Eileen marchó más tarde en busca de Eddie.

Claudina conquistó enseguida el afecto de los padres de Alison. La francesita era una chica de modales corteses, llenos de naturalidad y, resultaba en toda ocasión sumamente vivaz y divertida. Ella también disfrutó aquella tarde lo increíble. Los padres de Alison estaban contentos de haberla invitado.

—Alison —dijo su madre—, desearía que frecuentases la amistad de esta chica francesa y que olvidaras un poco a Ángela. Claudina es una muchacha muy agradable. ¿Es que no te parece simpática?

—Sí, mamá. Claudina es muy distinta de nosotras, las chicas inglesas, lo cierto es que no tiene la misma forma de pensar. Francamente, no se detiene mucho a meditar lo que hace. No obstante, es divertida, absolutamente sincera y muy amable.

—Aquí tenemos a Eileen de nuevo —señaló la madre de Alison—. Debe querer mucho a su hermano. ¡Parece muy contenta!

Y, efectivamente, así era. Eddie se había mostrado encantado de verla. La chica miró sonriente a sus compañeras. ¡Qué buen día había pasado!

Capítulo 13

JANET Y LAS «BOLAS FÉTIDAS»

Tras las agitadas horas de la fiesta escolar, las chicas se sentían aburridas y alicaídas. Ya no esperaban nada interesante, de momento, hasta fin de curso. Las clases resultaban sumamente fastidiosas. Cada día hacía más calor. Faltaba mucho todavía para las vacaciones.

—¡Janet! ¡Bobby! ¿Es que no se os ocurre ninguna jugarreta? —preguntó Pat con un bostezo—. Quisiera que pensarais en algo. Si no sucede nada que sacuda esta cotidiana rutina a lo largo de la presente semana, me voy a morir de aburrimiento.

Janet sonrió.

—Mi hermano me ha enseñado algo verdaderamente terrible. Sin embargo, creo que no está nada bien, no olvidemos que estamos en cuarto grado, que pongamos en práctica la travesura.

—¡No seas tonta! —exclamó Doris—. ¿Tenemos de renunciar forzosamente a las bromas porque nos hallamos en cuarto grado? ¿De qué se trata?

—Pues... es algo que ofende al sentido del olfato —explicó Janet—. Esperad un momento. Voy a traerlo.

La chica subió a su dormitorio, rebuscó en uno de los cajones del armario y regresó llevando consigo una cajita.

Sus compañeras se agruparon en torno a ella. La cajita en cuestión estaba llena de unas diminutas bolas de cristal que contenían un líquido bastante claro.

—¿Qué es eso? —preguntó Pat, perpleja—. Jamás había visto nada semejante.

—Son bolas fétidas —respondió Janet—. «*Bombas fétidas*», las llama mi hermano. Cuando se rompe una, deja escapar el líquido. Éste se seca casi inmediatamente, pero deja flotando en el aire un olor repugnante.

—¿Qué clase de olor? —preguntó Doris, muy interesada—. ¿Cómo el de las tuberías de desagüe?

—No, exactamente. Como el de los huevos podridos. Mi hermano, ya sabéis que es muy travieso, rompió una de estas bolas en una solemne reunión familiar que se celebró en casa. Pues bien, ¡en menos de un minuto la sala se quedó vacía!

Bobby dejó oír una risita.

—Rompamos una de esas bolitas en la clase de francés de mañana —propuso la chica—. Seguro que va a ser muy aburrida. Debemos traducir páginas y más páginas de esa obra francesa que tanto le agrada a *Mademoiselle*. Esta bromita es muy indicada para el caso. ¿Te atreverás a romper mañana una de tus bolitas, Janet? ¿O quieres que lo haga yo?

—Nos llevaremos una bola cada una. Si la mía no da resultado, cosa que sucede a veces, según me ha explicado mi hermano, utilizaremos la tuya. ¿De acuerdo?

Todas andaban muy agitadas con el asunto de las bombas fétidas. Eileen ignoraba lo que sus compañeras estaban tramando. Las chicas temían que fuera con el cuento a su madre. La hija del ama se quedó sorprendida al ver que nada más acercarse ella interrumpieron bruscamente la conversación, para ponerse a hablar a continuación de naderías.

La muchacha se sintió dolida, ya que pensó que habían es-lado ocupándose de ella.

«*Si no se portan bien conmigo, se lo diré a mamá* —pensó Eileen—. *Así no les faltarán unas docenas de medias que remendar*».

Al día siguiente, Janet y Bobby entraron en la clase de francés con las diminutas bolas fétidas en los bolsillos de sus uniformes. Aquella clase era la que precedía al recreo.

—Será mejor que elijamos la última lección, antes de irnos al jardín —dijo Janet—. De lo contrario, como el mal olor persistirá, nos exponremos a quedar encerradas en el aula con la señorita Ellis y ésta se daría cuenta enseguida de la jugarreta.

—Es difícil que a la señorita Ellis se le escape nada —apuntó Bobby con una sonrisa.

—Abriremos puertas y ventanas y la habitación se ventilará durante el tiempo que permanezcamos en el recreo —dijo Pat—. Cuando la señorita Ellis vaya a dar la clase de matemáticas, ya no se olerá nada en el aula.

En el momento de entrar *Mademoiselle* en la sala, todas las alumnas guardaron silencio. La tía de Claudina sonrió.

—Perfecto. Hoy continuaremos con la traducción de la obra que ya conocen ustedes. Repartiré los papeles. Usted, Janet, se hará cargo del correspondiente a la vieja sirvienta; usted, Alison...

Las chicas abrieron sus libros, disimulando lo mejor que pudieron sus risas. Las jugarretas que planeaban Janet o Bobby resultaban siempre muy divertidas. Todas recordaron entonces otras travesuras anteriores.

Ésta animaría la fastidiosa clase de francés enormemente.

—¡Janet! ¿Quiere hacer el favor de comenzar? —dijo *Mademoiselle* afablemente.

Le agradaban las chicas de cuarto. Eran muy buenas y trabajaban de firme. Allí estaba su pequeña Claudina también, muy atenta a su libro. ¡Oh, la pequeña y excelente Claudina!

Janet inició la lectura en francés. De pronto se llevó la mano al bolsillo de su vestido. Las muchachas que se encontraban situadas a sus espaldas advirtieron aquel movimiento y empezaron a dejar oír risitas ahogadas. Era el peor momento de la

travesura. Todo el mundo empezaba a reírse demasiado pronto y era muy difícil contenerse. Doris resopló de repente y *Mademoiselle* levantó la vista, extrañada.

Doris convirtió la risa en una tos nerviosa y esto hizo que Mirabel soltara también el trapo. *Mademoiselle* miró a esta última atentamente.

—¿Le hace tanta gracia que la pobre Doris sufra un acceso de tos? —preguntó la profesora.

Estas palabras produjeron un efecto contrario al deseado por *Mademoiselle*. Ahora fue un coro de risas lo que se oyó. Janet volvió la cabeza con el ceño fruncido. Procuraba evitar que la tía de Claudina sospechara antes de tiempo que sucedía algo anómalo. Las otras entendieron perfectamente su mirada y recuperaron la seriedad de unos minutos atrás.

La clase siguió su curso. Janet sacó por fin su bolita fétida. Había colocado la mano detrás de su espalda y sus compañeras vieron cómo la cerraba firmemente. Luego la fina envoltura de cristal se rompió. El líquido se secó con rapidez después de derramarse. Los diminutos fragmentos del cristal cayeron inadvertidamente al suelo.

A los pocos segundos todas percibieron un olor repugnante. Doris tosió. Alison husmeó ruidosamente al tiempo que exclamaba:

—¡Uf!

El olor era insoportable, no cabía la menor duda. Allí dentro olía a huevos podridos, a líquidos procedentes de tuberías de desagüe, a ratas muertas, a carne corrompida. ¡Aquello era horroroso!

Mademoiselle no olió nada al principio. Estaba desconcertada ante los repentinos estallidos de risa de sus alumnas y sus repetidas toses. Levantó la vista una vez más y observó expresiones de desagrado en algunos rostros y un deseo a medias contenido de reír abiertamente.

—¿Qué pasa? —preguntó *Mademoiselle* con un gesto de desconfianza—. ¿A qué vienen esas muecas? Alison, basta, no diga más «¡Uf!». Janet, ¿qué le hace aparecer tan contrariada?

—Oh, *Mademoiselle*, ¿es que usted no lo huele? —preguntó la muchacha, angustiada.

—Oler, oler, ¿oler qué? —preguntó la profesora exasperada.

El mal olor no había llegado aún a su sitio.

—¡Oh, *Mademoiselle*, qué mal huele aquí! —exclamaron a coro una docena de chicas.

Mademoiselle miró a todas partes, perpleja e irritada. Entonces comenzó a hacer profundas inspiraciones, tan repetidas y bruscas, que Doris no pudo evitar la carcajada.

—Yo no huelo nada. Esto es una broma tonta. Basta ya, Janet. Y si a usted,

Alison, la oigo decir una vez más «¡Uf!», la expulsaré de la clase. Claudina, pórtate como es debido. Pareces un pato agonizante.

—Pero, tía Matilde, es que por aquí huele muy mal. «¡*C'est abominable!*!» — exclamó Claudina, que detestaba los malos olores y daba la impresión de ir a desmayarse de un momento a otro.

—¡Tú también, Claudina! —respondió *Mademoiselle*, que por su situación dentro de la clase continuaba sin oler nada.

Y ahora, escuchadme, *mes enfants*: una alusión más a ese mal olor de que han estado todas hablando y me voy en busca de la señorita Theobald para que compruebe personalmente sus afirmaciones. Todo esto es una comedia. Se están portando muy mal, señoritas.

¡Aquélla era una amenaza terrible! La señorita Theobald se daría cuenta de lo que ocurría nada más poner los pies en la clase y, luego, ¡sólo Dios sabía qué podía suceder! Las chicas intercambiaron algunas miradas de desconsuelo. La mayor parte de ellas se llevaban sus pañuelos a las narices con la intención de atenuar así el mal olor.

Mademoiselle comenzó a leer en voz alta su libro de francés. A los pocos segundos se detuvo. ¡Qué extraño! Ahora acababa de percibir un olor raro ella también. Cautelosamente, aspiró un poco de aire. ¿Olía a algo especial, o no? ¡Tonterías! Los olores desagradables no invaden así como así, de repente, las aulas de un colegio. *Mademoiselle* suspiró y prosiguió su lectura.

Aquel olor flotaba ya en torno a ella, decididamente, *Mademoiselle* ya no dudaba. Interrumpió por segunda vez su lectura e hizo varias inspiraciones más. Sí, sí, desde luego. Allí olía muy mal. ¡Pobres chicas! Lo habían notado mucho antes y ella no las había creído.

Mademoiselle tragó saliva y a continuación tosió. Buscó apresuradamente su pañuelo. Sus alumnas, disgustadas por un lado por el insoportable olor y arrastradas por otro a la risa, a causa de las muecas que hacía *Mademoiselle*, se tapaban las bocas con los pañuelos y producían todo género de ruidos sordos.

—Tienen ustedes razón —dijo *Mademoiselle* con voz ahogada—. Se huele muy mal aquí. ¿Qué podrá ser esto?

—Quizás haya alguna rata muerta debajo de las tablas del piso —aventuró Doris, atenta, quitándose el pañuelo de la boca por un instante.

Mademoiselle dio un grito. Las ratas, vivas o muertas, le producían escalofríos.

—Tal vez se haya roto alguna de las tuberías del desagüe cerca de la ventana —opinó Pat—. Voy a ver.

La muchacha se acercó para asomarse al exterior. Entonces aspiró golosamente unas bocanadas de aire fresco.

Dos o tres de sus compañeras la imitaron, la idea era excelente.

—Quizá desaparezca por sí solo —dijo esperanzada *Mademoiselle*—. Abra la puerta, Janet, a ver si así conseguimos algo.

Janet, servicial, obedeció. La travesura resultaba divertida, ¡pero tenía sus desventajas!

La corriente de aire que se formó hizo que *Mademoiselle* percibiera aún con más intensidad el desagradable olor.

—¡*Tiens!* ¡Esto es terrible! ¡Nos vamos a poner todas enfermas! Cojan sus libros rápidamente. Finalizaremos la clase en el jardín. Pondré el hecho en conocimiento de la señorita Theobald. Tal vez ordene levantar las tablas del piso para localizar esa rata muerta.

A excepción de Claudina, todas se alegraron del traslado de la clase al jardín. La francesita no sabía qué era peor, si el mal olor o los insectos que siempre se encontraban al aire libre. ¡La elección presentaba sus dificultades!

Al cabo de un rato, las chicas estaban sentadas a la sombra de los árboles y reían cada vez que se acordaban del mal olor que había quedado flotando por toda la clase. Habían pasado un rato muy divertido. La jugarreta de Janet había constituido un éxito.

Mademoiselle, tal como había dicho, puso al corriente de todo a la señorita Theobald.

—¡Ah, señorita Theobald! —exclamó—. El olor resulta en verdad insoportable. Huele a ratas muertas, a huevos podridos, a tuberías de desagüe rotas. Las chicas lo advirtieron mientras daban la lección de francés. Como estábamos perdiendo el tiempo, tuvimos que abandonar la sala para instalarnos en el jardín.

La señorita Theobald se mostró bastante sorprendida. A lo largo de todos sus años de experiencia escolar no había conocido un incidente semejante.

—Iré por allí —prometió a *Mademoiselle*. Si se trata de lo que usted supone, tendremos que ocuparnos esta misma tarde de ello. El mal olor no desaparecerá mientras no se elimine la causa.

Pero, más tarde, *Mademoiselle* y la señorita Theobald comprobaron asombradas que el mal olor había desaparecido. Recorrieron el aula en vano.

—Esto es raro —comentó la señorita Theobald, mirando fijamente a la profesora—. ¿Está usted segura, *Mademoiselle*, de que ese olor era tan penetrante como dijo?

Mademoiselle se sintió ofendida. ¿Es que la directora dudaba de sus palabras? *Mademoiselle* insistió en sus afirmaciones, en esta ocasión multiplicando por diez la repugnancia del olor.

La señorita Theobald sonrió disimuladamente. Sabía que la profesora de francés tendía siempre a exagerar.

—Bueno —dijo—. Por hoy no pienso ordenar que levanten las tablas del piso ni que inspeccionen las tuberías de desagüe. Quizá no volvamos a percibir nunca más

aquí dentro ese olor. Si ocurre lo contrario, haga el favor de ponerlo en mi conocimiento, a fin de efectuar una comprobación personalmente antes de que desaparezca.

—De acuerdo, señorita Theobald —replicó *Mademoiselle*.

Seguidamente, la tía de Claudina se dirigió a la sala de profesoras. Explicó el incidente ante sus compañeras. Éstas la escucharon extrañadas. A ninguna de ellas, con la sola excepción de la señorita Roberts, encargada de las alumnas de primer grado, se le ocurrió pensar que aquello podía ser una broma. La señorita Roberts conocía a la perfección las jugarretas de Janet. ¿No se trataría de eso?

—Veamos, *Mademoiselle* —dijo pensativamente—. Janet figura entre las alumnas de cuarto, ¿no?

—Sí —repuso *Mademoiselle*—, pero ¿qué tiene que ver eso con el mal olor que advertimos en mi clase?

—¡Oh! Confío en que no tenga nada que ver —declaró la señorita Roberts—. Ahora bien, de hallarme en su lugar, *Mademoiselle*, de percibirse nuevamente ese olor, yo llamaría a la señorita Theobald de inmediato. Creo que ella es capaz de descubrir su procedencia sin necesidad de levantar las tablas del piso ni inspeccionar las tuberías.

—Naturalmente que pondré el hecho en conocimiento de la directora enseguida —manifestó *Mademoiselle*, muy digna.

Capítulo 14

LA SEÑORITA ELLIS IDEA TAMBIÉN UNA TRAVESURA

Las chicas estaban encantadas por el éxito de la travesura de Janet con sus bolitas fétidas. En cuanto Eileen desapareció, comentaron alegremente, en medio de constantes risas, los detalles del episodio, el disgusto y el asombro de la profesora de francés.

—Sin embargo, lo mejor será que nos abstengamos de repetir la broma —manifestó Janet—. Ya conocéis el dicho: «*Nunca segundas partes fueron buenas*». Una puede aprovecharse de la bondad de *Mademoiselle* una vez, pero no a todas horas.

—Si rompes otra vez tus bolitas, me pondré enferma y no permaneceré en la clase ni un solo minuto más —apuntó Claudina—. Jamás había llegado a mis narices un olor más insoportable.

—No, ya no romperemos más bolitas de ésas —prometió Bobby—. Voy a deciros qué vamos a hacer ahora. Fingiremos que el mal olor sigue. *Mademoiselle* se pondrá muy nerviosa y comenzará a husmear incansablemente por todos los rincones. ¡Nos moriremos de risa!

—¡Sí, sí! Ésa es una buena idea —declaró Janet—. Doris, tú iniciarás mañana la comedia en la clase de francés.

Doris sonrió. Le sobraban facultades para hacer una cosa semejante.

Al día siguiente, cuando *Mademoiselle* se hubo instalado frente a su mesa, en un extremo del aula, Doris empezó a actuar.

Precisamente se olía muy bien dentro de la habitación porque Alison, la encargada aquella semana de las flores, había colocado un ramillete de claveles blancos, fresquísimos, en uno de los bellos jarrones que adornaban el recinto.

La chica comenzó a husmear a su alrededor. Primero fue comedida en sus gestos. Luego, los exageró progresivamente.

—¡Doris! ¿Es que se ha resfriado? —preguntó *Mademoiselle*, impaciente—. ¿Ha venido a clase sin su pañuelo, como una alumna de primer curso?

—Me he traído el pañuelo, *Mademoiselle* —contestó Doris humildemente, mientras lo sacaba de un bolsillo.

A continuación Janet imitó los gestos de su amiga. Arrugaba la nariz cómicamente y miraba a su alrededor. Bobby dejó oír una risita que se convirtió en tos nerviosa. *Mademoiselle* frunció el ceño. No le agradaba la conducta de aquellas chicas. Estaba irritada.

También Pat husmeó incansablemente, volvió la cabeza a un lado y a otro y acabó, como Doris, por llevarse el pañuelo a la boca. Pronto la clase en pleno, con la sola excepción de Eileen, que no se hallaba en el secreto de lo que sucedía, empezó a imitar a la iniciadora de la travesura como si todas estuviesen resfriadas.

Mademoiselle, exasperada, contempló a sus alumnas de cuarto.

—¿Qué significa esto? Su actitud me resulta insoportable.

Doris exteriorizó una expresión de disgusto. *Mademoiselle* lo advirtió y un alarmante pensamiento la asaltó entonces. ¿Se trataría otra vez de aquel terrible mal olor?

—Doris —preguntó apremiante—, ¿qué pasa?

—Huelo algo —murmuró la muchacha—. No, no hay duda. Por aquí el olor es muy penetrante. ¿Usted no huele nada, *Mademoiselle*?

No, *Mademoiselle*, como es lógico, no olía nada. Pero la profesora recordó que la primera vez le había ocurrido lo mismo: las chicas se le habían anticipado entonces. Observó con ansiedad sus rostros. Todas parecían percibir aquel olor putrefacto del que Doris hablaba.

—Daré cuenta de esto inmediatamente —anunció *Mademoiselle*, abandonando la clase.

—¡Vaya! —exclamó Bobby—. Me parece que nuestro propósito no era, ni mucho menos, que se trajera aquí a la directora. Se marchó tan rápidamente que no tuve tiempo de intentar detenerla.

Desgraciadamente para *Mademoiselle*, la directora no se encontraba en el colegio. Por segunda vez se percibía allí dentro aquel olor repugnante y la señorita Theobald no tendría ocasión de comprobar personalmente el fenómeno. ¡Lástima! Porque, de haber estado, se hubiera dado cuenta de que *Mademoiselle* no había exagerado.

Cuando regresaba a la clase, la tía de Claudina se asomó a la sala de profesoras. Allí se encontraba la señorita Ellis enfrascada en la corrección de unos ejercicios.

—Lamento decirle, señorita Ellis, que no podrá dar la clase a las chicas de cuarto en el aula. Allí vuelve a oler mal.

Mademoiselle se retiró. Entró en el aula haciendo un gesto de desagrado. Pero allí no se olía nada. ¡Qué cosa tan extraña!

—La señorita Theobald ha salido —anunció—. Es una pena porque, de no ser así, habría podido comprobar este desagradable hecho. Claro que yo tampoco huelo nada.

¡Buenas noticias! La señorita Theobald no se hallaba en el colegio. Las muchachas se sintieron más animadas. Doris contestó a la profesora de francés:

—No se preocupe, *Mademoiselle*. Esta vez hemos descubierto de dónde procede el mal olor, muy distinto, además, del que percibimos en la primera ocasión. ¡Se trataba de estos claveles!

—¡Vaya! De manera que eran los claveles. Es una suerte que la señorita Theobald

no esté aquí. Su visita no habría servido de nada.

Se oyeron unas risitas. Luego, cuando la puerta se abrió, las chicas guardaron silencio repentinamente. A juzgar por la actitud de las muchachas, se diría que era la directora la que acababa de entrar.

Pero no era ella. Era la señorita Ellis, que impulsada por la curiosidad, se había acercado por allí para comprobar qué había de verdad en todo aquel asunto. Se detuvo en la puerta y husmeó.

—No huelo nada, *Mademoiselle* —declaró sorprendida.

Mademoiselle se apresuró a dar explicaciones.

—A mí me ocurre lo mismo, señorita Ellis. Fueron los claveles lo que olieron las chicas. Doris me lo ha dicho ahora mismo.

La señorita Ellis, sorprendida, no se creía nada.

—No comprendo cómo las chicas pueden llegar a confundir el perfume de los claveles con ese desagradable olor del que usted me habló. Me parece, incluso, que no creo en esto último siquiera.

Tras pasear la mirada un momento por toda la clase, la señorita Ellis se encaminó a la puerta.

Mademoiselle estaba indignada. ¿Acaso no había percibido ella el repugnante olor anteriormente? Durante el resto de la clase las alumnas discutieron con su irritada profesora, aportando distintos argumentos relacionados con aquel tema.

Después del recreo tenían la clase de geografía, de la que se encargaba la señorita Ellis. Ésta, al entrar en la clase, parecía muy seria.

—Sólo quiero decir que consideraré cualquier alusión al episodio de los olores, buenos o malos, como un deseo unánime por su parte de conseguir un poco de trabajo extraordinario —anunció.

Todas sabían qué significaba aquello. «*Un poco de trabajo extraordinario*» equivalía a un par de horas más de actividad.

En consecuencia, las chicas decidieron, sin necesidad de ponerse de acuerdo previamente, no mencionar siquiera la palabra «olor».

Pero en el espacio de diez minutos sucedió algo verdaderamente terrible. Bobby se había olvidado de que aún llevaba en uno de los bolsillos una bolita fétida y, al sentarse en su sitio, tras haberse acercado a la señorita Ellis con su libro, la rompió y el líquido que contenía se derramó. Instantáneamente se esparció por la clase el peculiar mal olor, que todas conocían bien.

Doris lo percibió enseguida. Y también Janet. Bobby, al ver lo sucedido, se llevó angustiada la mano al bolsillo. Luego miró a sus compañeras, asintiendo lentamente en respuesta a sus interrogantes gestos. La señorita Ellis se dio cuenta de que pasaba algo.

Por tanto no se sorprendió mucho cuando la invisible y repugnante oleada llegó a

su mesa. Verdaderamente, aquel olor era insoportable.

La señorita Ellis consideró el incidente con toda serenidad.

Evidentemente, aquél era el olor que había ofendido el olfato de la profesora de francés. Pero nada tenía que ver con el atribuido a los claveles del jarrón de Doris. Se trataba, sencillamente, de una broma, de la que había sido víctima *Mademoiselle*.

«A juzgar por las señas que Bobby ha estado haciendo a sus compañeras — pensó la señorita Ellis—, esto ha sido causa de un error. No las creo capaces de hacerme semejante jugarreta. En cambio, yo sí les voy a gastar una broma que no va a ser de su agrado».

Sin exteriorizar la menor señal de agitación, la señorita Ellis escribió en el encerado varias frases. Luego dio media vuelta y abandonó la clase. Las muchachas fijaron sus miradas en la pizarra.

«Página 72. Escriban las respuestas».

«Página 73. Lean los dos primeros párrafos y después redáctenlos de nuevo, cada una con arreglo a su estilo personal».

«Página 74. Copien el mapa».

—¿Os dais cuenta? —saltó Doris—. La señorita Ellis se ha ido. Nos ha dejado encerradas aquí para hacer toda esa tarea con el mal olor que hay. Bobby, eres una estúpida. ¿Por qué rompiste esa bola?

—Lo hice sin querer —alegó Bobby en tono de excusa.

Se me olvidó que aún la llevaba en el bolsillo. ¡Qué mala suerte! La señorita Ellis, por supuesto, sospecha que le hemos gastado una broma y ha querido castigarnos así. Y a todo esto, ¡cualquiera se atreve a quejarse!

—Yo no estoy dispuesta a seguir aquí dentro —anunció Claudina—. Me voy a poner enferma —agregó poniéndose en pie.

La chica se marchó y se encontró en el pasillo con la profesora. Ésta no le dijo nada y la dejó entrar en el cuarto de baño. ¡Claudina siempre hacía lo que se proponía! Ni una sola de sus compañeras osó abandonar la clase.

Sus compañeras continuaban en sus respectivos pupitres, cubriéndose el rostro con sus pañuelos. Al cabo de una hora, cuando ya no olía tan mal allí dentro, la señorita Ellis abrió la puerta del aula.

—Pueden ustedes ir a dar un paseo por el jardín. Luego volverán aquí. Usted, Bobby, se quedará en el aula un momento.

La chica obedeció. Sus compañeras echaron a correr, en busca de un poco de aire fresco.

—Yo fui la culpable del incidente esta vez —manifestó Bobby inmediatamente. Con la señorita Ellis era inútil andarse con rodeos. La chica, por su parte no era nada cobarde. Normalmente era sincera, franca—. Fue una cosa involuntaria, señorita Ellis. Le ruego que me crea.

—Y la creo —repuso la profesora—. Ahora bien, este incidente no debe repetirse bajo ningún concepto. Ya ha sido usted castigada debidamente, por lo que no quiero insistir más sobre esto. Sin embargo, deseo que todas las alumnas de cuarto sepan que cualquier olor misterioso, en el futuro, se traducirá en un severo castigo.

Capítulo 15

UN CUMPLEAÑOS Y UNA GRAN IDEA

—¿Verdad que hace un tiempo estupendo? —preguntó Isabel a Pat—. Disfrutamos de días soleados, luce un cielo eternamente azul. ¡Ojalá pudiéramos dar nuestras lecciones instaladas dentro de la piscina!

—De noche es cuando hace más fresco —dijo Doris.

Me gustaría dormir de día y trabajar durante la noche, acariciada por la adorable brisa que se levanta al atardecer.

—Anoche me desperté y desde mi ventana vi brillar la luna en lo alto —explicó Hilary—. Me levanté para asomarme. No acierto a deciros lo hermosa que me pareció la campiña, bañada toda ella por la luz de la luna. Entonces me hubiera gustado poder dar un paseo; ¡irme de excursión!

—¡Qué idea tan magnífica! —exclamó Bobby—. ¡Una excursión nocturna! Estudiaremos sus posibilidades.

—¡Oh! —saltaron sus oyentes, impresionadas por la originalidad del proyecto—. Eso sería muy divertido.

—Estoy de acuerdo con vosotras —dijo Hilary—. Ahora bien, ¿no estimáis el plan algo impropio para una chica de cuarto?

—¡Hilary, por Dios! ¡No seas tan mojjigata! —contestó Janet.

—No lo soy. Nunca lo he sido. Bueno, no importa. Haremos la excursión. ¿Qué os parece si nos instalamos junto a la piscina y luego nos damos un baño a la luz de la luna?

—¡Mejor que mejor! —dijo Bobby, dando un grito de alegría—. ¡Será estupendo! Mirad: podemos esperar dos noches a que sea luna llena. La piscina estará como iluminada y pasaremos un rato divertidísimo.

—Precisamente dentro de dos días cumpla años —anunció Mirabel—. ¡Sí, sí! Hagamos lo que dice Bobby. Me parece una manera fabulosa de celebrarlo.

—Conforme —asintió Janet—. Ahora lo mejor será que preparemos nuestros planes rápidamente para conseguir a tiempo todo lo que necesitamos.

La chica se volvió hacia la serena y juiciosa Susan Howes, la jefa de la clase.

—¿Nos acompañarás, Susan? —le preguntó.

Susan asintió. Era una buena muchacha, en quien se podía confiar y a la que también agradaba, como es lógico, un rato de diversión. Ella, en verdad, no acertaba a ver nada censurable en aquel proyecto de la excursión nocturna.

—Hoy iré a la ciudad con Hilary para comprar algunas cosas —dijo—. Ya avisaré en la tienda de comestibles y en la panadería para que sepan que iréis varias veces,

para llevaros en cada ocasión un paquetito o dos. Así nadie sospechará nada.

—¿Se lo diremos a Eileen? —preguntó Janet.

—No, por supuesto que no —repuso Bobby—. Estoy segura de que no tardaría en contárselo todo a su madre. Nos estropearía el plan.

—Yo creo que es una lástima no incluirla en el grupo tampoco esta vez —comentó Pat—, pero no debemos correr riesgos. ¡Nos vamos a divertir mucho, queridas!

Mirabel se mostraba encantada por la coincidencia de que aquel día fuera su cumpleaños. Así disfrutaría el doble. La muchacha no cesaba de hablar de la excursión con su buena amiga Gladys.

—Me llevaré mi pastel de cumpleaños, por supuesto —manifestó—. Lo guardaré para la excursión. Mamá me dijo que me enviaría aparte dieciséis velas. Las clavaremos en la tarta y seguidamente las encenderemos.

Eileen ya estaba acostumbrada a que sus compañeras planearan muchas cosas sin contar con ella. Sabía que no le decían nada nunca porque la consideraban una soplona. En consecuencia, no se molestó en prestar atención para ver si podía captar algo cuando vio a las chicas, hora tras hora, hablando en voz baja.

«A mí no me importan sus estúpidas bromas —pensó—. ¡Allá ellas!».

Desentendiéndose por completo de su charla, la muchacha continuó su camino. Se la veía pálida y con un gesto de preocupación en el rostro. Sonreía raras veces y no hacía el menor esfuerzo por entablar amistad con ninguna compañera. Después de la fiesta del colegio se había portado muy bien con Alison, quien a su vez se había beneficiado con su actitud. Efectivamente, ésta no había vuelto a zurcir más ropa.

Llegó el cumpleaños de Mirabel. Como de costumbre, sus compañeras le hicieron algunos regalos. Se trataba de pequeños obsequios, ya que las internas disponían normalmente de poco dinero. Pero también había algún que otro presente que se salía de lo normal. Como el espléndido de Ángela.

Ésta entregó a Mirabel un libro de música lujosamente encuadernado. Había costado veintiún chelines. Mirabel se quedó admirada.

—¡No deberías haberte gastado tanto dinero!

—¿Por qué no? Mi padre me envió la semana pasada cinco libras. ¿Qué utilidad tiene el dinero si no se gasta?

Pauline, para no verse superada, entregó a Mirabel una hermosa caja de música forrada de fina piel. Mirabel no supo qué decir de momento. Las escolares no solían recibir tan hermosos presentes de sus compañeras. Era bastante difícil advertir que la caja de música de Pauline se hallaba estropeada por el uso.

—¡Oh, Pauline! ¡Esto es muy bonito! —exclamó Mirabel, que se había puesto encarnada a causa del placer que sentía y también por la sorpresa—. No tendrías que haberte molestado. Tanto tú como Ángela habéis sido muy amables conmigo. ¡No sé

cómo agradecerémoslo!

—Si Ángela puede hacerlo, yo no me quedo atrás —replicó Pauline con voz ahogada.

«*Eso le quita el mérito al regalo*», pensó Mirabel. Si lo único que Pauline pretendía era no verse desbancada por Ángela, poco era el afecto que denotaba aquel obsequio tan bonito.

Claudina entregó a Mirabel un lindo saquito de mano. Claudina era una de las chicas que habitualmente disponían de poco dinero. En consecuencia, Mirabel se sintió conmovida por su atención.

—Muchas gracias, Claudina. Realmente es un regalo muy bonito el tuyo. ¡Demasiado para ti, querida! Ya sé que no tienes mucho dinero.

Pero la francesita dio la impresión contraria a sus compañeras aquella semana. En efecto, también contribuyó al fondo de golosinas para la excursión nocturna con diez chelines de cerezas. Todas pensaron que se había portado muy bien.

—Cuando tengo dinero, me agrada gastarlo —explicó Claudina—. Da gusto. ¡Ojalá pudiera gastar a todas horas! Resultaría magnífico ser como Ángela y poder decir: «*¡Voy a comprarme esto, o aquello!*».

—Sí, pero en esas condiciones no se disfruta tanto de los buenos ratos que una tiene ocasión de pasar —argumentó Gladys—. Quiero decir que si, por ejemplo, mi madre y yo estamos varios meses ahorrando para disfrutar de unas buenas vacaciones, las dos gozamos más que Ángela, que cuenta con la oportunidad de gozar de unos días de asueto por todo lo alto cuando se le antoja. Tener mucho dinero no significa que se disfrute más.

La gente que dispone de poco, le saca, a veces, más provecho.

—Tienes razón, como siempre —contestó Isabel, mientras daba una palmadita en la espalda a la juiciosa Gladys—. Bueno, por lo que a Pat y a mí respecta, debo decir que nos hubiera gustado que nuestra participación en la merienda hubiese sido más importante, pero es que la semana pasada fue el cumpleaños de la abuela y nos gastamos en la bufanda de seda que le enviamos casi todo el dinero que guardábamos. El regalito nos ha dejado sin blanca, prácticamente, por algún tiempo. Espero, Mirabel, que no desprecies nuestro regalo de cumpleaños. Sólo se trata de dos lápices de dibujo que llevan tu nombre grabado.

—Sois muy amables, Pat —dijo Mirabel, a quien en realidad importaba poco que los obsequios de sus amigas valieran diez chelines o diez peniques—. Todas habéis sido muy buenas conmigo. No ha habido ni una sola que no se haya acordado de halagarme con un obsequio.

Ni siquiera Eileen, que se deshizo en excusas al entregarle su regalo.

—Lo mío no es más que un pañuelo —le dijo a Mirabel, y uno de los de mi propiedad, no adquirido especialmente para ti. Sin embargo, te ruego lo aceptes,

Mirabel, con mis mejores deseos. No quiero ser la única de tus compañeras que no te regale nada Tú sabes que yo no tengo apenas dinero habitualmente. Además, dentro de poco es el cumpleaños de Eddie y estoy ahorrando hasta el último penique.

Todo el mundo sabía que no había una sola interna que contara con menos dinero que Eileen. Su madre era también muy estricta al respecto. Naturalmente, ella tenía que trabajar para procurárselo y esto ya suponía algo, pero es que, además, parecía pensar que una chica de dieciséis años como su hija, podía pasar con un penique o dos, como cualquier pequeña de primer grado.

—Me gustaría poder decir a Eileen que nos acompañara esta noche —manifestó Mirabel.

Ésta era una chica poco dada a las sensiblerías, que sólo mostraba predilección por su amiga Gladys. Ahora bien, el insignificante regalo de Eileen le había llegado a conmovér, tanto como su sinceridad.

—No es posible —declaró Bobby, resueltamente—. Me consta que le contó a su madre que Janet había dicho que, al parecer, había más sábanas rotas en los dormitorios de las alumnas de cuarto que en todo el colegio. Total, la pobre Janet no ha dado abasto esta semana. Una llega a pensar que alguien destroza nuestras sábanas a propósito ¡con el fin de que no nos falte trabajo en ningún momento! Jamás había ocurrido una cosa semejante en Santa Clara antes de ahora. En tiempos de nuestra antigua ama de llaves yo me pasaba todo un curso sin remendar ni una sola almohada.

—Estamos de acuerdo. No le diremos nada a Eileen —manifestó Mirabel—. No me importa. Me imagino que nos las tenemos que haber con la clásica soplona.

Todo quedó dispuesto para la proyectada excursión nocturna junto a la piscina. El cielo se hallaba despejado cuando las chicas se fueron a la cama aquella noche. Se acostaron a la hora de costumbre, todavía con luz solar. Los días eran muy largos.

—Me parece que habrá una oscuridad relativa —comentó Bobby al asomarse a la ventana—. En cuanto se haga completamente de noche, brillará en lo alto la luna llena. Estaremos en el jardín como en pleno día. ¡Demonios! ¿Verdad que hace calor? Me encantará meterme en el agua a medianoche.

Afortunadamente para las chicas, su compañera Eileen tenía un sueño muy pesado. Una vez se dormía, no parecía haber nada capaz de despertarla. Ni siquiera se despertaba cuando el timbre de alarma —con ocasión de algún ejercicio nocturno— sonaba para avisar de un simulacro de incendio.

Por tanto, las internas estaban tranquilas.

¡Hacía demasiado calor para poder dormir! Con la excepción de Mirabel y Eileen, las chicas dormitaban. No hacían más que dar vueltas en sus lechos en su incómodo duermevela. Cuando el gran reloj de una de las torres de Santa Clara dio las campanadas correspondientes a las once y media, se apresuraron a despertar a

Mirabel.

Eileen dormía en su lecho, situado junto a la puerta de uno de los dormitorios de las alumnas de cuarto y sus compañeras tuvieron que pasar andando de puntillas por allí. A última hora del día todas la habían visto muy pálida y fatigada. En aquellos instantes dormía profundamente. Las chicas llevaban los trajes de baño puestos debajo de sus batas. Calzaban zapatillas con suela de goma. Se deslizaron por los pasillos y las escaleras sin producir el menor ruido. Finalmente llegaron al gran armario de la planta baja, dentro del cual habían ido escondiendo sus golosinas y bebidas. Entre grandes risas y murmullos las cogieron y abrieron la puerta que daba al jardín con todo cuidado. Dejaron la puerta entreabierta, para poder entrar fácilmente a su regreso. Como no soplaban viento, no había el menor peligro de que se cerrara de golpe.

Ocultándose en las sombras que proyectaban los árboles, las chicas se dirigieron en fila india a la piscina. La cristalina lámina de agua brillaba bajo la luz de la luna, invitando al baño. Todo, plantas, árboles y flores, aparecía sumergido en una lechosa claridad. Todo cuanto les rodeaba se veía como si fuera de día.

—Procurad no hacer ruido —recomendó Janet—. En una noche tan serena como ésta nuestras voces podrían ser oídas desde bastante lejos. Confío en que nos meteremos en el agua con el mayor silencio. Bañémonos primero, antes de comer lo que hemos traído. ¡Oh! ¡Qué calor!

Cayeron las batas al suelo. Las largas y desnudas piernas de las chicas brillaron bajo la luna. Una tras otra penetraron en la piscina. Con la sola excepción de Claudina, que se había negado, como siempre, a ponerse su traje de baño y llevaba, debajo de la bata, su camisón de dormir. ¡Nadie había sido capaz de convencer a la francesita de que debía bañarse! Pese a la excitación del momento y al calor que hacía. Ella no vacilaría en arrojarse a la piscina si se trataba de castigar a una deslenguada. Ahora bien, se abstendría si con aquella decisión sólo perseguía un supuesto placer, Claudina se plantó junto a la piscina, contemplando a sus compañeras, que no cesaban de reír alegremente. Luego miró a lo lejos. Entonces, de pronto, descubrió una figura que se deslizaba silenciosamente entre los árboles. ¿Quién podría ser?

Capítulo 16

CLAUDINA SE ENCARGA DEL AMA

Claudina echó a correr para averiguar quién había abandonado el edificio del colegio, aparte de sus compañeras de curso. ¡Era Eileen! Eileen, a quien todas habían visto profundamente dormida en su lecho.

«¡La soplona! —se dijo Claudina—. *Ha venido a espiarnos, para luego ir con el cuento a su madre. La seguiré*».

Pero había perdido la pista de Eileen y no acertó a ver por dónde se había marchado. Claudina regresó corriendo a la piscina y en su agitación estuvo a punto de caerse al agua en el momento en que ponía a las chicas en antecedentes de lo que sucedía.

—¡Dios mío! —exclamó Bobby mientras trepaba por una de las escalerillas. Unas plateadas gotas de agua se deslizaron en aquellos instantes a lo largo de sus piernas—. Supongo que esa soplona de Eileen irá enseguida en busca del ama. Ya veréis. Antes de que hayamos tenido tiempo siquiera de tomar un bocado, esa mujer se presentará aquí para reprendernos por nuestra salida y enviarnos castigadas a nuestras habitaciones.

—Volveré a entrar en el colegio para vigilar —dijo Claudina, nerviosa—. Sé muy bien por dónde cae el dormitorio del ama. Me apostaré junto a su puerta para ver si acaba dirigiéndose hacia aquí. Claro, también puede ser que Eileen no le haya informado acerca de esto.

—Está bien —contestó Bobby—. Date prisa, entonces. Y regresa a la carrera si descubres que se está vistiendo o anda ya por ahí. No queremos que nos coja «*in fraganti*». ¡Qué lástima, si nos estropea nuestra excursión nocturna! Además, apostaría cualquier cosa a que lo primero que hace es confiscar la tarta de Mirabel.

Claudina se alejó. No vio a Eileen por ninguna parte. Cruzó la puerta del edificio silenciosamente y subió las escaleras en busca del pasillo que conducía al dormitorio del ama de llaves.

Se detuvo ante la puerta de la habitación y escuchó atentamente. No oyó el menor ruido. Desde luego, no percibió la voz de Eileen, ni tampoco la de su madre. Por otro lado, no llegó a sus oídos el rumor de ningún suave ronquido ni de una pesada respiración. Claudina continuó plantada allí sin saber qué hacer. ¿Había visto Eileen a las chicas? ¿Pensaría en dar parte de lo sucedido? ¿Adónde se había marchado?

Por último, Claudina percibió un sonido procedente del interior de la habitación. ¡El lecho había crujido! Evidentemente, el ama se había despertado. Oyó varios crujidos más y a continuación el apagado rumor de unas zapatillas al deslizarse por el

piso.

«*Ahora se está poniendo la bata —pensó Claudina—. Se ciñe el cordón. Pero ¿por qué se levanta si Eileen no ha venido a hablar con ella?»*».

La francesita se refugió en un oscuro rincón en el momento en que, casi inesperadamente, la puerta de la habitación del ama se abrió. Aquella delgada figura, de estrechas espaldas, se perfiló en el umbral, iluminada por la luna. La expresión del ama se le antojó a Claudina muy adusta.

Comenzó a avanzar silenciosamente por el corredor en dirección a los dormitorios de las alumnas de cuarto. Claudina la siguió como una sombra, ocultándose con agilidad y acierto en los rincones. La mujer penetró en la habitación en que Eileen dormía siempre.

—¡Eileen! —susurró el ama.

Pero no se oyó ninguna respuesta. Evidentemente, la madre de la chica deslizó con cuidado las manos por el lecho, descubriendo que allí no descansaba nadie. Claudina percibió una exclamación y entonces la mujer encendió la luz. Instantáneamente advirtió que todas las camas estaban vacías.

Penetró en el siguiente dormitorio y también encendió la luz. ¡Tampoco allí había ninguna chica!

—¿Dónde estarán? —se preguntó el ama, enfadada—. No estoy dispuesta a tolerar estas cosas. ¿Por qué no me puso Eileen en antecedentes de lo que iba a suceder? Ésa era su obligación conmigo antes de participar en travesuras de esta clase.

A los oídos de Claudina llegaron aquellas palabras un tanto apagadas. Así que ¡Eileen no le había dicho nada a su madre! Sin duda, había seguido al grupo hasta el jardín y debía de encontrarse en aquellos instantes escondida en algún sitio, viendo cómo sus compañeras se divertían.

Y ahora el ama iba a echarlo todo a perder. ¿Por qué había de ser así? Repentinamente, Claudina sintió un profundo aborrecimiento por la rigurosa ama de llaves de Santa Clara.

¿Qué daño hacían sus amigas? Lo más probable era que, de haber pedido permiso a la señorita Theobald para aquella inocente excursión, la directora se lo hubiese concedido, aunque sólo hubiese sido por una vez. Y ahora el ama no vacilaba en intervenir.

La madre de Eileen bajaba ya las escaleras. Llegó al gran armario, donde las chicas habían guardado sus provisiones para la excursión nocturna. La puerta estaba abierta, tal como ellas la dejaron. El ama profirió una exclamación y se dispuso a cerrarla.

¡Fue entonces cuando se le ocurrió a Claudina la gran idea! Ésta, en verdad, hubiera podido ocurrírsele a cualquier muchacha algo impulsiva. Pero sólo Claudina

era capaz de llevarla a la práctica.

El ama experimentó en aquel instante el mayor susto de su vida. Alguien acababa de darle un empujón tan fuerte que cayó dentro del enorme armario, entre las raquetas de *lacrosse*^[1] y tenis que allí se guardaban, amén de otros útiles deportivos. Y luego la puerta se cerró. ¡Además, una mano desconocida acababa de darle la vuelta a la llave!

¡El ama de llaves había quedado encerrada allí dentro! Claudina guardó la llave del armario en el bolsillo de su bata. Conteniendo la risa, echó a correr hacia la puerta del jardín y se dirigió seguidamente a la piscina. Había oído los incesantes golpes que el ama daba en la puerta del armario. Pero éste se encontraba en una parte alejada del vestíbulo, raramente utilizada, a cierta distancia del dormitorio más próximo. Lo más seguro era que nadie oyera al ama.

«¡Ya estamos a salvo! —se dijo Claudina—. ¡Vaya broma! Pero ¿se lo tomarán así mis buenas compañeras inglesas?».

Por vez primera le asaltó la duda. A ella le parecía que encerrar a la antipática ama de llaves en un oscuro armario, e impedir así que les estropeará la excursión, era una broma de las buenas. Ahora bien, ¿pensarían las demás igual que ella? Aquel curioso honor a que se referían siempre, ¿no les haría apreciar el episodio de muy distinta manera? Existía la posibilidad de que Susan Howes, por el cargo que ostentaba entre sus compañeras, se creyese en el deber de ir en socorro del ama. Era difícil señalar qué era lo que estaba bien y qué era lo que estaba mal para aquellas chicas inglesas.

«Pues lo mejor que puedo hacer es no decirles nada acerca de este asunto —pensó Claudina cuando ya se aproximaba a la piscina—. Si no lo saben, no les preocupará. Les diré que todo marcha bien, que Eileen no le ha contado nada a madre y que no debemos temer nada de ésta».

Las muchachas treparon por las escalerillas de la piscina y rodearon a Claudina.

—Todo va bien —anunció Claudina—. Eileen no ha ido esta vez con el cuento a nadie. No ha vuelto al colegio. En cuanto al ama, no hay por qué preocuparse.

—¡Estupendo! ¿Qué os parece si comemos algo, chicas?

—¿Dónde se encuentra entonces Eileen, si no se halla acostada ni ha regresado al colegio? —preguntó Bobby, perpleja.

Nadie lo sabía; ni tampoco le importaba a ninguna de ellas. Eileen podía irse adonde quisiera con tal de que no les echase a perder su excursión. Y lo que era mejor: su madre no sospechaba lo más mínimo de todo aquello.

Después del baño las chicas se sentían hambrientas. Tomaron asiento todas en el suelo para saborear las golosinas que se habían procurado el día anterior. Tenían pan, mantequilla, carne en conserva, sardinas, mermelada, albaricoques, cerezas, galletas y el gran pastel de cumpleaños de Mirabel.

Las velitas no lucieron mucho con aquella luz, pero se divirtieron encendiéndolas.

Se habían sentado sobre el borde de la piscina con las piernas colgando y los pies sumergidos en el agua. Todo aquello resultaba fascinante. ¡Jamás habían pasado una velada semejante!

—Este pastel es estupendo —dijo Bobby, al llevarse a la boca una enorme porción—. Palabra de honor. No recuerdo haber tenido nunca tanta hambre. ¿De qué son estos bocadillos? ¿De sardinas? Alárgame un plato, Susan.

Claudina gozó más que ninguna de sus compañeras. Cierto que no sentía tanto apetito como éstas, por no haberse bañado, pero no dejaba de pensar en el ama de llaves que, gracias a que estaba encerrada en el armario, no podría echarles a perder su escapada nocturna. Era algo que daba una emoción extra a la aventura. ¿Qué sucedería cuando el ama recuperase la libertad? Esto la tenía sin cuidado. Claudina no se preocupaba nunca de cosas como ésa.

Acabaron con todo. No quedó ni una migaja del festín nocturna. Ángela dijo que nunca había disfrutado tanto. Alison estaba disgustada. Se había caído al agua con la bata puesta. ¿Cómo se las arreglaría para secarla antes de que el ama la viera? Mirabel declaró que aquél había sido el cumpleaños más divertido de toda su vida.

—Nuestra escapada ha constituido un éxito —manifestó Janet, complacida—. Ahora vale más que regresemos. El reloj ha dado la una. Debo reconocer que estoy cansada.

Sus compañeras estaban fatigadas también. El baño, sobre todo, había resultado extenuador. No habían parado un momento de bromear. Las chicas recogieron sus cajas y bolsas de papel, limpiaron el suelo y depositaron los cascotes de las botellas de cerveza de jengibre en una taquilla situada en la galería de la piscina. Se proponían llevárselos más adelante, en cuanto se les presentara una ocasión propicia.

—Ya está —dijo Susan, mientras echaba un vistazo a su alrededor—. ¿Verdad que la piscina tiene un encanto especial con el agua brillando a la luz de la luna? Tengo que hacer un esfuerzo para marcharme.

Pero no había más remedio que irse ya de allí. Las chicas se deslizaron entre los árboles, charlando continuamente en voz baja. Se acercaron a la puerta del edificio, que seguía abierta.

Entonces oyeron una serie de golpes.

—¡Demonios! ¿Qué es eso? —preguntó Susan, sobresaltada.

—¡Dejadme salir, dejadme salir! —gritó alguien con voz ahogada.

Estaba aporreando una puerta.

Alison y Ángela se quedaron petrificadas.

—¡Un ladrón! —exclamó la primera, que echó a correr escaleras arriba a la máxima velocidad que le permitieron sus piernas.

Ángela, temblorosa, la siguió.

Claudina empujó a sus compañeras hacia las escaleras.

—No os detengáis —les dijo con un susurro de voz.

Volved a los dormitorios enseguida. No os detengáis. Ya os lo explicaré todo.

Profundamente extrañadas, las chicas se encaminaron a sus habitaciones. Todas se reunieron en la que dormía Claudina y la acosaron para que les explicase la razón de los ruidos que habían oído al entrar en el colegio.

—Es el ama de llaves —declaró Claudina—. Está encerrada en el armario que hay al fondo del vestíbulo, en la parte más retirada.

El silencio que siguió a estas palabras denotaba bien a las claras la confusión y asombro de las muchachas.

—¿Quién la encerró allí? —preguntó Bobby por fin.

—Yo —respondió Claudina—. Había entrado en nuestros dormitorios y comprobado que allí no estaba ninguna de nosotras. No quería que nos estropease nuestra excursión nocturna. Así, pues, le di un empujón, cayó dentro del armario y lo cerré con llave. ¿No os parece que procedí con rapidez y gran acierto?

Capítulo 17

UN AMA DE LLAVES ENFURECIDA

Por espacio de un minuto o dos, todas las chicas guardaron silencio. Les costaba trabajo creer que Claudina hubiera sido capaz de hacer tal cosa. ¡Encerrar al ama de llaves en el gran armario en que se guardaban los utensilios deportivos de las alumnas! ¡Dejarla allí gritando, aporreando la puerta! Desde luego, la francesita debía de estar loca.

—No, no estoy loca —aclaró Claudina, que adivinó sus pensamientos—. ¿Qué otra cosa podía hacer en aquellos momentos? Habría echado a perder nuestra escapada. Tenía que impedir que eso sucediera por todos los medios a mi alcance.

—Pero, Claudina, ¡te has metido en un verdadero lío! —declaró Janet.

—Eso no tiene importancia —contestó Claudina.

Y, desde luego, se conducía como si aquello no significara nada para ella. No estaba nerviosa, ni mucho menos. Sus compañeras no apartaban la vista de la joven. Seguían resistiéndose a creer que el ama de llaves estuviera allí abajo, dentro del armario, convertida en su prisionera.

Después, Bobby reparó en un detalle terrible.

—¿Quién irá a sacarla de su encierro?

Nadie respondió. Ni siquiera Claudina quería ver libre a aquella mujer, probablemente irritada a más no poder. Pero, naturalmente, la madre de Eileen no iba a estar encerrada en el armario hasta el amanecer.

—¿Dónde está la llave? —inquirió Janet.

Sus compañeras no pudieron evitar una sonrisa.

Claudina la sacó del bolsillo de su bata. Era una llave antigua, de gran tamaño. La francesita introdujo un dedo por la abertura superior de la misma y empezó a darle vueltas al tiempo que adoptaba una actitud reflexiva.

—Puesto que fui yo quien la encerró en el armario, yo seré quien la saque de él —dijo la sobrina de *Mademoiselle*.

Abriré muy poco a poco y luego echaré a correr escaleras arriba como una exhalación.

—Francamente, Claudina —dijo Bobby—, no logro explicarme cómo te has atrevido a hacer eso. ¡Jamás había visto una cosa parecida! ¿Por qué no nos dijiste lo que habías hecho al regresar a la piscina?

—Pensé que vuestro comentario sería éste: «*La tuya, Claudina, constituye una acción censurable*». Me imaginé también que Susan se creería en la obligación de acudir de inmediato en socorro del ama de llaves. Por eso opté por callar.

—Jamás había conocido a una chica como tú —dijo Pat—. Haces las cosas más peregrinas aduciendo siempre una buena cantidad de razones. Eres capaz, por ejemplo, de arrojarte de cabeza a la piscina, cuando odias el agua, para castigar a una mujer que se ha portado groseramente con tu tía. Del mismo modo, no vacilas en encerrar en un armario al ama de llaves del colegio sólo porque amenaza el buen éxito de nuestra salida nocturna. Claudina querida: ¡no te asusta nada! ¡No podemos imaginarnos siquiera cuál será tu próxima hazaña!

—Bueno, ¿qué hacemos con el ama? —preguntó Susan, cada vez más preocupada—. ¿Dejaremos a Claudina que se las entienda con ella?

—No os inquietéis. Me voy ya —contestó la francesita, que se puso en pie y adoptó un aire de gran dignidad.

A Claudina le agradaban esos momentos. En tales situaciones experimentaba la sensación del actor que sale al escenario y ve de pronto que la atención del público se concentra exclusivamente en él. Sin embargo, la chica no tenía nada de engreída. Le gustaba, simplemente, adoptar posturas nada corrientes.

Por fin se marchó. Las chicas se apresuraron a acostarse.

Seguro que al cabo de unos minutos el ama irrumpiría en sus habitaciones como un toro furioso.

Claudina bajó las escaleras. La madre de Eileen continuaba vociferando y aporreando la puerta del armario. La francesita se deslizó pegada a la pared e introdujo la llave en la cerradura con cuidado. Pero en el preciso instante en que iba a darle la vuelta, oyó el rumor de unos pasos en el enarenado sendero del jardín, no muy lejos de donde ella se encontraba.

Sin vacilar un momento, se encaminó a toda prisa hacia las escaleras. ¡Alguien, no sabía quién, se ocuparía de hacer girar la llave en la cerradura! Consecuentemente, lo mejor que ella podía hacer era ¡ponerse a salvo!

Los pasos se aproximaron a la puerta que daba al jardín. Una figura se deslizó dentro del edificio. ¡Era Eileen! La chica se quedó paralizada por el asombro que le causó oír los gritos, los incesantes golpes procedentes del armario en que las alumnas guardaban sus raquetas y demás efectos deportivos.

—¡Pero si es la voz de mamá! —exclamó Eileen, completamente desconcertada—. ¿Dónde está? ¡No es posible que se halle dentro de ese armario!

Sí, sí, era posible. Eileen pudo comprobarlo de inmediato.

La chica dio la vuelta a la llave y abrió seguidamente la puerta. El ama de llaves tropezó al abandonar su prisión. Ciega de ira, cogió a la chica por los hombros y la sacudió con brutalidad. Ni siquiera se había dado cuenta de que se trataba de su hija. Eileen dio un grito de dolor.

—¡Mamá! ¡Soy yo, Eileen!

—¡Tú! —exclamó el ama al soltarla—. ¿Qué haces aquí?

¿Dónde has estado? ¿Quién te ha autorizado a salir del colegio de noche? Dime qué es lo que has estado haciendo. ¡Enseguida!

Eileen no contestó. Su madre comenzó a zarandearla de nuevo.

—Tú has estado en alguna parte con tus compañeras de curso. Todas habéis abandonado vuestros lechos. ¿Qué habéis hecho? Pondré el caso en conocimiento de la señorita Theobald. ¿Por qué no me dijiste a tiempo lo que ocurría?

—No sé qué decirte, mamá —contestó Eileen, asustada.

Por supuesto, Eileen no sabía que sus compañeras habían abandonado los dormitorios. Ella ni se había dado cuenta de que las camas estaban vacías en el momento en que salió. Tampoco había oído el menor rumor en los alrededores de la piscina. Había salido del colegio con el propósito de entrevistarse con su hermano Eddie en el lugar de costumbre. Esto era algo que no pensaba poner en conocimiento de su madre. No se atrevían a verse durante el día. Corrían el peligro de ser descubiertos y de que, por tanto, el ama se enterase de todo. Habían estado entrevistándose una vez por semana, a altas horas de la noche, cuando todas las chicas dormían.

Nadie sabía esto. Y, ciertamente, tenía que seguir ocultárselo a su madre, como hasta aquel instante. De lo contrario, Eddie tendría un serio disgusto. ¿Qué habían hecho sus compañeras? ¿Qué mal se habían portado al no ponerla al corriente de sus proyectos! No se le ofrecía otra salida que la de dar a entender a su madre que había formado parte del grupo.

—¿Por qué callas? —preguntó el ama con voz amenazadora—. Está bien. Contéstame a esta pregunta: ¿quién me encerró en el armario? ¡No creo que te hayas atrevido a hacer tal cosa!

—Por supuesto que no, mamá —se apresuró a responder Eileen—. No sé quién ha podido ser. Carlota, quizá. Yo la creo capaz de ello. Pero, en realidad, lo ignoro, mamá. ¡Déjame volver a la cama!

El ama de llaves estaba demasiado enfadada y se sentía excesivamente humillada para dejar a un lado aquel asunto.

La mujer se apresuró a dirigirse a los dormitorios de las alumnas de cuarto y encendió las luces. Todas fingieron estar durmiendo. El ama se adentró en la sala en que se hallaba el lecho de su hija, hablando en voz alta y en tono de suma irritación:

—No pretendan estar dormidas. Sé que se están despiertas. He venido para averiguar quién de ustedes fue la que me encerró en el armario. Insisto: quiero saberlo. ¡La culpable será expulsada de Santa Clara!

Susan Howes se sentó en la cama, observando atentamente a la enfurecida ama.

—Todas nosotras somos las culpables de eso —repuso serenamente—. Lamentamos mucho lo ocurrido, ama, y confiamos en que acepte nuestras excusas.

La madre de Eileen se sintió más enfadada aún al oír estas palabras.

—¿Qué acepte sus excusas? ¡Ni hablar! No crean que van a librarse tan fácilmente de esto. Insisto en saber quién fue la que me encerró en el armario. De lo contrario, me iré en busca de la señorita Theobald ahora mismo, pese a lo avanzado de la hora.

Ahora fue Claudina quien se sentó en su cama, dispuesta a hablar. No había pensado ni por un momento en eludir la cuestión. Pero Bobby, en un elocuente movimiento, dejó caer una mano sobre su hombro, obligándola a acercarse para decirle algo al oído.

—¡No digas nada! Iría enseguida en busca de tu tía y armaría un barullo tremendo. Y, a fin de cuentas, ¿por qué tiene que salir a relucir aquí *Mademoiselle*? Si te parece, habla mañana con la señorita Theobald.

—¡*Bien!* —contestó Claudina, y se tendió de nuevo en la cama—. Perfecto. Procederé de acuerdo con tus indicaciones.

El ama continuaba mirando a su alrededor. Por último dijo, casi en un grito.

—¡De acuerdo! Iré a ver a la directora. Habrán de explicarle qué hacían por ahí a altas horas de la noche. Y se lo advierto a la que sea: no tendré piedad con la persona que no se ha atrevido a dar la cara en el momento oportuno. Eileen, acuéstate. Me siento avergonzada de pensar que mi propia hija ha tomado parte en esta juerga nocturna, negándose además en redondo a facilitarme detalles de la misma.

El ama se marchó. Ahora todas las chicas se incorporaron de sus lechos.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Bobby—. Parece un volcán en erupción. Oye, Eileen: ¿dónde estabas? ¿De veras cree tu madre que te encontrabas con nosotras?

—Sí —replicó la aludida en voz baja—. Por favor, no me delatéis. Había ido a ver a Eddie, mi hermano. No me he atrevido a decirle a mi madre la verdad, dejándola por tanto que pensara que me unía vosotras. Como ignoraba en realidad vuestras andanzas de esta noche, me fue imposible facilitarle detalles acerca de la reunión, lo que la enfadó aún más. Esto nos va a costar a todas un serio disgusto.

—Apuesto lo que queráis a que a la directora le sentará mal que la despierten a esta hora de la noche —aventuró Janet mientras consultaba su reloj de pulsera—. ¡Es ya la una y media! Lo mejor será que intentemos dormir un poco, si nos dejan. Es probable que la señorita Theobald se presente aquí en breve, para pedirnos explicaciones.

Todas juzgaron estas palabras muy acertadas. Mirabel fue la primera en dormirse. Al cabo de un rato, sólo Eileen estaba despierta. Tenía los ojos abiertos en la oscuridad, se sentía muy preocupada. ¡Las cosas iban de mal en peor! ¡Con tal de que sus compañeras no dijeran a su madre que no había estado con ellas! No tenía nada de particular que la delataran. Seguramente había entre ellas más de una deseosa de vengarse. Había actuado de soplona en un sinnúmero de ocasiones a lo largo de aquel curso.

El ama recorrió todo el pasillo en dirección al ala separada en que se encontraban las habitaciones de la directora. Poco después llamaba a su puerta de un modo más bien apremiante.

—¡Entre! —respondió una voz sobresaltada.

El ama abrió la puerta del cuarto. La señorita Theobald se encontraba sentada en la cama. Acababa de encender la luz de su lámpara portátil. Sus ojos estaban cargados de sueño.

—¿Qué pasa? —preguntó la directora, ansiosa—. ¿Se ha puesto alguna interna enferma, ama?

—No —respondió la madre de Eileen. Su afilado rostro había tomado un tono purpúreo a causa de la ira que sentía.

Se trata de algo mucho peor que eso.

—¡Santo Dios! ¿De qué se trata? —preguntó la señorita Theobald, que saltó de su cama a toda prisa para alcanzar la bata—. ¡Vamos! ¡Dígame pronto!

—Son las alumnas de cuarto —contestó el ama con voz lúgubre—. Todas abandonaron sus dormitorios. Hasta Eileen, mi hija. ¡Solamente Dios sabe qué han estado haciendo!

La señorita Theobald dio un suspiro de alivio.

—¡Oh! —exclamó—. Ha sido un festín de medianoche, ¿eh? Creí que iba usted a hablarme de algo más grave. ¿Y no pudo esperar hasta mañana para decírmelo?

—No. En realidad no me fue posible. Existen excelentes razones para ello. ¡Alguien me encerró en el armario que hay en el fondo del vestíbulo, junto a la puerta del jardín!

La señorita Theobald miró al ama de llaves como si no diese crédito a lo que acababa de oír.

—¿Qué la encerraron a usted en un armario? ¿Está usted segura de lo que dice? Bueno, me explicaré. La verdad es que no creo capaz a ninguna de las chicas de cuarto de semejante fechoría.

—Usted ignora la mitad de las cosas que ocurren en el colegio —señaló la madre de Eileen con brusquedad—. ¡Y ni eso siquiera! Mi hija me lo cuenta todo. Se quedaría usted sorprendida si yo le dijera ciertas cosas.

—Me parece que no me interesan lo más mínimo. Y tengo que decirle, ama, que es un error que incite a Eileen a actuar de espía entre sus compañeras. Añadiré que no debe preocuparse por lo que pasa o deja de pasar. Eso sólo me incumbe a mí.

El ama de llaves captó la reprimenda que había en aquellas palabras. Su mal humor subió de tono al advertir que la directora no había concedido mucha importancia al incidente de su encierro en el armario. Estaba más indignada que nunca.

—Eileen me sacó de allí —explicó—. De otro modo, hubiera permanecido en el

armario hasta la mañana. ¡Una cosa muy bonita, tratándose del ama de llaves de un colegio como éste! Subí a los dormitorios de las alumnas de cuarto inmediatamente. Todas fingieron dormir. ¡Esas pequeñas hipócritas!

—¡Oh, ama, no sea tan rencorosa! —dijo la señorita Theobald, sorprendida desagradablemente por el tono de la voz de su interlocutora—. Ésta es la primera vez que ostenta usted un cargo como el que tiene y no se ha acostumbrado aún a las travesuras de las internas según sus respectivas edades. Por lo general, siempre hay poca maldad en ellas. ¿Quién la encerró en ese armario?

—Las chicas han preferido no delatar a la autora de esa hazaña. Pero yo le pido, señorita Theobald, que, se trate de una u otra, ordene su expulsión del colegio. Una muchacha capaz de una acción como ésa tiene, por fuerza, que ejercer una influencia perniciosa sobre sus compañeras.

—Supongo que todas se considerarán culpables. Para expulsar a una chica del colegio necesita una causa más justificada que la que implica una travesura. Estoy segura de que toda la clase participó en la broma. No esperará que expulse al curso en pleno, ¿verdad? Intente examinar los hechos adoptando una actitud más razonable. Ahora está usted enfadada. Por la mañana quizá ya no desee que esas internas sean expulsadas.

—¿No piensa usted visitar los dormitorios en mi compañía a fin de averiguar quién fue la que me encerró en el armario? —preguntó el ama de llaves, furiosa.

Había observado que la directora se disponía a despojarse de la bata y sacar al mismo tiempo los pies de sus zapatillas.

—Creo que las chicas se habrán quedado dormidas de verdad a estas horas —respondió la señorita Theobald, introduciéndose de nuevo en el lecho—. ¿A qué viene despertarlas? Considero que el asunto puede esperar perfectamente hasta mañana.

La indignación del ama subió de tono. Mentalmente había planeado un dramático regreso a los dormitorios, acompañada por la directora. Había llegado a imaginar que ésta exigiría que la culpable se diese a conocer, para anunciar a continuación su expulsión de Santa Clara. La madre de Eileen se mordió los labios y miró a la señorita Theobald con tanto enojo que la directora comenzó a sentirse irritada a su vez.

—Haga el favor de retirarse, ama —dijo—. Dentro de unas horas proseguiremos esta conversación, que ya está resultando algo complicada.

La madre de Eileen dio un paso adelante. En sus ojos había ahora una mirada maliciosa.

—De acuerdo —contestó—. No iba a decírselo hasta que yo hubiese localizado a la ladrona. Señorita Theobald: entre las alumnas de cuarto hay una que se dedica a robar. Recientemente he echado de menos dinero, sellos, papel de escribir, sobres.

Hay una ladrona dentro del colegio y ése es un asunto que debe quedar aclarado. De lo contrario, sintiéndolo mucho, me veré obligada a recurrir a la policía.

Capítulo 18

CLAUDINA SE APUNTA UN TANTO

En aquel momento, la señorita Theobald sintió una gran repugnancia ante aquella persona. Evidentemente, el ama experimentaba un gran placer al pronunciar tan malignas palabras.

—Continúo pensando que todas esas cuestiones pueden aguardar hasta mañana —dijo—. Llegado el momento me ocuparé de este asunto. Ahora no podemos hacer nada. Buenas noches.

El ama abandonó la habitación sin contestar. Confiaba en haber llegado a inquietar a la señorita Theobald. En un principio no había querido aludir a aquel dinero que estaba echando de menos, pues hallaba divertido tomar sus medidas para localizar a la ladronzuela. Pensaba que esto le proporcionaría la gran satisfacción de coger a la que fuera por un hombro y conducirla seguidamente con un gesto de triunfo a presencia de la directora. El ama de llaves confiaba en que la ladrona y la chica que la había encerrado en el armario fuesen la misma persona. Ella abrigaba ya casi una absoluta certeza respecto a este asunto. Desde luego, sólo una criatura indeseable podía ser capaz de aquellas censurables acciones.

«*Por supuesto, mañana quedará todo eso resuelto —se dijo el ama en el momento de acostarse—. Haré hablar a Eileen. No le diré nada acerca del dinero, por si decide avisar a sus compañeras*».

Las chicas de cuarto se despertaron fatigadas y con falta de sueño. ¿Habría ido el ama a ver a la directora? ¿Qué sucedería allí en las próximas horas?

La madre de Eileen hizo su aparición a la hora del desayuno. Estaba muy seria. Eileen tenía los ojos hinchados, como de haber llorado. Su madre la había reñido, y después le dijo que deseaba saber qué habían hecho sus compañeras la noche anterior. Sin embargo, la chica no había hablado.

—Mira, Eileen —le dijo con gesto grave Bobby—. No te invitamos a nuestra excursión nocturna porque temíamos que acabaras por decírselo a tu madre, como has hecho frecuentemente con otras cosas. Haremos un trato, no obstante. Nosotras callaremos, no revelaremos que no participaste en la reunión, siempre y cuando te comprometas a no dar cuenta a nadie de nuestros asuntos personales. ¿Has comprendido? En cuanto faltes a tu palabra, el trato quedará roto automáticamente y le diremos a tu madre la razón de tu ausencia. Así que te quedará bien grabado en la cabeza que la delación no reporta nunca ningún beneficio.

Eileen, molesta pero también avergonzada, asintió.

—Gracias. Deseo evitar a toda costa que mamá se entere de que Eddie y yo nos

hemos visto últimamente. Se enfadaría mucho con él. No volveré a hablar de vuestras cosas ante mi madre, os lo prometo. Lo he hecho, es cierto, pero debéis considerar que a veces es difícil esquivar las preguntas de una madre.

Bobby pensó que Eileen tenía razón. Aquella muchacha tenía sus problemas. Claro que tampoco iba a resolverlos si se mostraba débil y contaba cuanto oía decir a su alrededor. Tarde o temprano debía asimilar aquella lección.

Pero aquella mañana Eileen había sido una muchacha decidida, aunque sólo fuese por una vez, al negarse a contestar a las insistentes preguntas de su madre. Ésta se había enfadado todavía más y le había propinado unos cachetes. El ama era una mujer de mal carácter, y Eileen, con su mansedumbre, le sirvió de desahogo.

—Claudina —dijo Eileen en voz baja, mientras desayunaban—. Si quieres decirle a la señorita Theobald que fuiste tú la que encerraste al ama en el armario, hazlo inmediatamente después de que nos levantemos todas de la mesa. También puedes ahorrarte la visita. Todas estaremos a tu lado y solicitaremos de la directora un castigo colectivo. Después de todo, si pasamos un buen rato en la piscina, fue gracias a ti.

—Gracias, Susan —repuso la francesita, pensando que aquellas chicas inglesas sabían ser en ocasiones amables, justas y generosas—. He decidido ir a hablar con la señorita Theobald. No me arrepiento de lo que hice. El ama es una mujer antipática y pienso decirle a la directora que me ha producido un gran placer castigarla, en justa recompensa a lo muy estúpida que ha sido con nosotras y a lo mal que se porta con todas.

—Está bien, Claudina, pero no digas nunca lo primero que se te venga a la cabeza —le aconsejó Susan, que pensaba que la francesa probablemente sería igual toda su vida—. ¡Buena suerte!

En consecuencia, Claudina se fue a ver a la directora. Llamó resueltamente a la puerta de su despacho y entró.

La chica no se anduvo con rodeos.

—He venido a verla, señorita Theobald, para decirle que fui yo quien encerró al ama en el armario. Supongo que esto es algo que una chica inglesa jamás hubiera hecho, a causa de su sentido del honor. Pero es que yo soy francesa y el ama es una persona que me resulta muy desagradable. Además, yo quería que mis compañeras pasaran un buen rato. Planeamos una excursión nocturna, señorita Theobald, y darnos un baño a la luz de la luna. Yo no me bañé, después de todo, pero mis compañeras sí. Me dijeron que les sentó magníficamente.

Ante aquella sincera confesión, a la señorita Theobald le costó trabajo disimular una sonrisa. Todo el mundo se sentía desarmado al observar el aire inocente que adoptaba Claudina haciendo o diciendo las cosas más extraordinarias. La directora contempló atentamente por unos momentos a la inteligente francesita.

—¿Por qué le desagrada el ama de llaves?

—¿Quiere que le diga la verdad? —preguntó Claudina—. Perfecto. El ama ha sabido hasta ahora, por mediación de Eileen, todo cuanto decimos. ¿Y sabe qué ocurre a raíz de tales averiguaciones? Nuestras sábanas se rompen como por arte de birlibirloque y nos tenemos que pasar horas zurciéndolas. Surgen montones de medias llenas de agujeros y blusas desprovistas de botones. ¡Ay, señorita Theobald! Nadie simpatiza tampoco con Eileen y, si exteriorizamos nuestros sentimientos, acabamos todas las de cuarto cose que te cose encerradas en el colegio, mientras las demás chicas se dedican a jugar tranquilamente en el jardín.

—Comprendo —murmuró la señorita Theobald—. Ya había sospechado algo. Lo cierto es, Claudina, que no se puede ir de un lado para otro encerrando en un armario a las personas que no son de nuestro agrado. Eso no está bien. Y tengo la seguridad de que las escolares francesas compartirían mi opinión.

—¡Ah, señorita Theobald! Ésta es la primera vez que hago una cosa así —repuso Claudina, iniciando uno de sus largos y complicados discursos—. No, no. Sólo aquellos que lo merecen deben verse en situaciones semejantes. Yo, por mi parte, jamás...

La señorita Theobald estaba pensando que Claudina se parecía, en algunos aspectos, a su tía, íntimamente regocijada, se apresuró a interrumpir a la chica.

—Está bien, Claudina. Esta misma mañana deberá pedir perdón al ama y cumplir el castigo que ella señale. Otra cosa.

La directora se interrumpió para fijar una mirada de curiosidad en la francesita. Ésta la escuchaba atentamente. La señorita Theobald le era muy simpática, también le inspiraba un profundo respeto por su extremada cortesía y buen juicio.

—Deseaba referirme al sentido del honor por parte de los ingleses. Ha aludido usted a él, Claudina, con ligereza, con cierto tono burlón, incluso. Ahora bien, yo quisiera que llegara a estimarlo, que lo viera como algo hermoso y beneficioso para las personas. Claudina, cuando regrese a Francia llévese consigo una cosa: el sentido que del honor tienen los ingleses.

Claudina estaba muy seria. Estaba sinceramente conmovida.

—Créame, señorita Theobald, no he querido burlarme de eso. Al principio me enfrenté con un concepto para mí incomprensible. Luego pensé que ese sentido del honor resultaba fastidioso en los demás y molesto en sumo grado para mí.

Hoy, sin embargo, comienzo a estimarlo. Es más, me parece bueno, muy bueno para andar por la vida.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta y el ama de llaves entró en el despacho, más seria que nunca. Había llegado con el propósito de continuar la conversación que la directora interrumpiera unas horas atrás. Claudina se sintió encantada al verla. «Ahora —pensó la vivaz francesita—, le pediré perdón a esta mujer delante de la

señorita Theobald. Por lo que no se atreverá a ensañarse conmigo ni a ponerme un castigo exagerado».

Claudina se acercó lentamente a la madre de Eileen, posó la vista en el suelo y dijo con una voz que delataba su timidez:

—Ama: yo fui quien la encerró en el armario anoche. Le ruego que me perdone. Aceptaré obedientemente el castigo que estime justo por mi acción.

La señorita Theobald se sentía enormemente divertida. Se daba cuenta de que Claudina fingía. Había aprovechado con mucha inteligencia la llegada del ama de llaves, presentándole sus excusas delante de ella para obligarla a mostrarse benevolente.

La faz de la madre de Eileen pareció oscurecerse. Sus ojos lanzaban destellos al detenerse en el rostro de Claudina.

—¡Eres una desvergonzada! Mereces que te expulsen del colegio. Yo habría pedido ese castigo para ti de no tener en cuenta que una de las profesoras de Santa Clara es tía tuya. Para *Mademoiselle* eso supondría un tremendo disgusto.

Lo que pasaba, en realidad, era que el ama temía a la profesora de francés, que, en lo referente a mal genio la superaba. La madre de Eileen juzgaba capaz a *Mademoiselle*, en un caso así, de ir en su busca y arañarla.

—Ha sido usted muy buena al pensar en mi tía —repuso Claudina, dócil todavía—. ¿Cuál va a ser mi castigo?

—Esta semana dedicarás todas tus horas libres a zurcir la ropa del colegio.

Como la chica tenía los ojos fijos en el suelo, el ama no pudo advertir el alegre brillo que adquirieron de pronto. ¡Iba a pasarse toda una semana sin deportes ni paseos por el jardín!

—Lo que usted mande, ama —contestó Claudina, dando una entonación especialmente triste a sus palabras, que no engañó, sin embargo, a la directora.

La chica se volvió hacia ésta.

—Con su permiso, regresaré ahora a clase —dijo, mientras obsequiaba a la señorita Theobald con una elocuente sonrisa de agradecimiento.

Inmediatamente abandonó la habitación y cerró la puerta con todo cuidado. La señorita Theobald pensó que era difícil no sentir una gran simpatía por la francesita, pese a que de un modo u otro siempre se las arreglaba para salirse con la suya.

—Bien, señorita Theobald —manifestó el ama en un tono de voz que presagiaba una tormentosa discusión—, ¿podríamos ocuparnos ya del asunto de los hurtos? No puedo tolerar que éstos continúen. Se repiten día tras día. Anoche mismo me quitaron un poco de dinero. Solamente dos chelines, os verdad. Pero ¿no es igual de grave robar dos chelines que dos libras? Es una acción que no puede quedar sin castigo. A mi entender, la autora de esos hurtos debe ser expulsada de Santa Clara. Decidió usted oponerse a la expulsión de la chica que me encerró anoche en un armario.

¡Quizá se vea obligada a hacerlo! Sí, ¡no tendrá más remedio!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó la directora, sorprendida.

—Esto y nada más que esto: creo que es la francesa la que se lleva mis cosas. Se pasa la vida saliendo y entrando en mi habitación debido a la labor de aguja que tiene siempre entre manos. Además, me he enterado de que últimamente ha gastado bastante dinero. Por otro lado, sé que habitualmente dispone de poco. Eso fue lo que me dijo *Mademoiselle*. Lógicamente, usted, señorita Theobald, pensará que lo mejor es desembarazarse de una chica así, es decir, convendrá conmigo en que lo más oportuno es decretar su expulsión de Santa Clara.

Capítulo 19

LA MADRE DE PAULINE

Antes de que la señorita Theobald hubiese tomado una decisión sobre la manera de enfocar la cuestión del ama de llaves y aclarar sus acusaciones, sucedió un desagradable incidente en el gimnasio del colegio.

La protagonista del hecho había sido Pauline. Cuando se hallaba trepando por una cuerda le resbalaron las manos y cayó al suelo. Al caer, se le dobló una pierna, sobre la que presionó el peso de su propio cuerpo. Entonces se oyó un estremecedor crujido.

Pauline palideció. La encargada de la sección deportiva, alarmada, echó a correr hacia la chica. Inmediatamente fue requerida la presencia del ama y telefonearon al médico.

—Se ha roto una pierna —dictaminó éste—. Nada grave, por fortuna.

Pauline fue conducida al lecho. Todavía estaba blanca como la cera. La interna recibió la visita de la directora, a la que, en tono suplicante, dijo:

—No le comunique usted nada a mi madre. Deseo evitarle preocupaciones. Por favor, no le diga nada.

—Pero, mi querida niña, ¡si ya le he telefoneado! —contestó la señorita Theobald, sorprendida—. ¿Por qué había de ocultarle esto?

—No quiero que esté preocupada —manifestó Pauline con voz débil—. Tenga la bondad de telefonarla de nuevo y dígame que esto carece de importancia, y que no se moleste en venir a verme. Yo le escribiré hoy mismo.

—No te encuentras en condiciones de hacer tal cosa, querida —repuso afectuosamente—. Debes guardar reposo absoluto. Desde luego, ya que así lo quieres, la llamaré por teléfono otra vez esta tarde, para decirle que no venga, si no quiere.

—Sí, indíquele que no hace falta —manifestó la interna con insistencia—. Es que últimamente no se encontraba bien. No quiero que se preocupe.

Todas lamentaron profundamente el percance. A las chicas no les permitieron aquel día que visitaran a su compañera, pero ellas le enviaron a la enfermería varios ramos de flores, frutas y libros.

—Hay que ver las cosas que pasan aquí de un tiempo a esta parte —comentó Bobby—. ¿Qué os pareció el discursito de la señorita Theobald?

Por la mañana, poco antes de la comida, la directora les había hablado y había adoptado una actitud grave, solemne. Todas las alumnas de cuarto se congregaron en su despacho, con la excepción de Pauline, que ya estaba en la enfermería, atendida

por el ama de llaves.

La directora se había referido por encima a los sucesos de la noche anterior, notificando a sus oyentes que Claudina había confesado y pedido perdón seguidamente a la madre de Eileen, quien le había impuesto un castigo. La señorita Theobald manifestó que habría concedido a las chicas permiso para la excursión nocturna si se lo hubiesen solicitado con antelación, apuntando que, por lo visto, ellas estimaban más divertido hacer simplemente lo que les venía en gana sin molestarse en contar con la necesaria autorización.

Esto hizo que las más responsables del grupo intentaran salir del aprieto con evasivas y alguna que otra mentirijilla. No les agradaba nada que las consideraran ni demasiado niñas ni un tanto estúpidas. Luego, la señorita Theobald pasó a ocuparse de la otra queja del ama. Se trataba de algo más serio. Las muchachas se quedaron asombradas al oír decir a la directora que entre ellas había una que se dedicaba a robar. Era preciso descubrir quién era la autora de los hurtos. Lo mejor sería que la interesada confesase espontáneamente su culpa.

—Deben comprender ustedes que el hecho carecería de importancia, relativamente, si se hubiese producido entre las internas más jóvenes del colegio. La cosa reviste más gravedad tratándose de muchachas de su edad. El ama de llaves está preocupada, y con razón. La que se lleva sus cosas actúa de una manera deliberada y continua. No se trata de una acción que se realiza improvisa y precipitadamente y se lamenta más tarde. Los hurtos, al parecer, se llevan a cabo con premeditación y son frecuentes.

Las chicas se ocuparon del asunto más adelante. El incidente del armario había pasado a un segundo plano en sus mentes.

Aquella acusación era más inquietante. ¿Quién sería la ladronzuela?

—La madre de Eileen está segura de que la culpable se encuentra entre las alumnas de cuarto porque nuestra sala común es la única que se halla cerca de su habitación —declaró Bobby—. Resulta fácil para cualquiera de nosotras asomarse y, si no hay moros en la costa, introducirse en las habitaciones privados del ama para sustraerle algo.

—¡Qué cosas tan raras le han robado a veces! —exclamó Janet, perpleja—. Sellos, papel de escribir, sobres, aparte, claro está, de dinero. ¿Por qué? También ha echado de menos pasteles y caramelos. Yo tengo la impresión de que la ladronzuela ha estado llevándose todo eso porque era lo primero que encontraba a mano y que lo único que pretendía era molestar.

—La verdad es que todas detestamos al ama —declaró Bobby, sonriendo—. Cualquiera de nosotras podría ser la culpable de los hurtos, puestas a pensar que queríamos vengar nos de alguna manera de sus excesos.

—Yo me alegro de que le sucedan esas cosas —manifestó Claudina—. Se merece

esos disgustos, aunque sólo sea para compensar los que a su vez ella propina a otras personas. Hoy la pobre Eileen tenía los ojos enrojecidos.

—Yo tampoco lo lamento, como es lógico —dijo Doris.

En cambio, su hija me da lástima. Malo es tener de ama a esa mujer, pero mucho peor debe de ser tenerla como madre.

Aquel día Pat, Isabel, Janet, Bobby e Hilary hablaron del mismo asunto mientras descansaban en una de las pistas de tenis.

—¿Quién puede ser? —preguntó Bobby.

—Vamos a reflexionar un poco. ¿Últimamente ha habido alguna de nosotras que haya dispuesto de más dinero que de costumbre? —preguntó Pat.

A todas se les ocurrió la misma idea.

—¡Sí! ¡Claudina! Y recordad que ha estado gastándolo sin el menor reparo.

—Además, a ella le resulta facilísimo entrar en el cuarto del ama porque se pasa la vida en él, cosiendo o zurciendo.

—¿Claudina?, imposible. Es cierto que no posee nuestro sentido del honor, pero ella no haría jamás una cosa como ésa.

—Tú sabes muy bien que existen ciertos detalles que le tienen sin cuidado cuando detesta a una persona o desea vengarse de ella. Ni siquiera pensaría que estaba mal.

Las cinco muchachas cruzaron unas miradas. Se sentían muy incómodas. Sabían que, habitualmente, Claudina no tenía dinero, pese a lo cual le había hecho a Mirabel un regalo precioso. Además, había contribuido a la excursión nocturna con diez chelines de cerezas. Existían muchos indicios que la acusaban.

Era la hora del té y el timbre comenzó a sonar. Las muchachas echaron a correr en dirección al colegio. Terminada la breve colación, Ángela y Alison se marcharon. Iban a la población vecina con objeto de adquirir varias cosas que necesitaban. Al regreso alcanzaron en el camino a una mujer de cierta edad, vestida de luto y calzada y tocada de una manera vulgar. Usaba gafas y su rostro, fino y arrugado, le pareció a Alison agradable.

—Debe de ser alguna cocinera que viene a trabajar a Santa Clara —aventuró Ángela.

Al ver a las chicas, la desconocida les dirigió la palabra.

—¿Podrías decirme si voy bien para el colegio Santa Clara? Sois internas allí, ¿verdad?

—Sí —respondió Alison—. Siga todo el camino en línea recta.

Ángela y Alison apretaron el paso, pero se detuvieron enseguida, atónitas, ante la nueva pregunta que la mujer acababa de hacerles.

—¿Cómo se encuentra mi Pauline? La directora me telefoneó para decirme que se había roto una pierna esta mañana.

Me apresuré a coger el primer tren. Yo soy la señora Jones.

Ángela y Alison se habían quedado plantadas en medio de la carretera, contemplando con la boca abierta a la menuda y avejentada mujer. Entonces recordaron las maravillosas historias que habían oído referir a Pauline cada vez que mencionaba a sus padres, los señores Bingham-Jones. Estaban delante de su «*bella y acaudalada*» madre.

Una mueca de desdén afloró a los labios de Ángela desde el fondo de su corazón. De modo que Pauline, que siempre había intentado ser más que ella en todos los aspectos, tenía por madre a una mujer a la que se podía confundir con una cocinera o una asistente. Cogiendo del brazo a Alison, Ángela la intentó obligarla a seguir su camino.

Pero en el cansado rostro de la señora Jones, Alison acababa de descubrir algo que la había conmovido. La chica tenía muchos defectos, pero era muy sensible ante las desventuras del prójimo y adivinaba la preocupación y la ansiedad de aquella madre. Con un brusco movimiento, hizo que Ángela soltara su brazo.

—Pauline se encuentra perfectamente —contestó Alison en tono cortés—. Hoy sus compañeras no hemos podido verla, pero todas le enviamos algo, flores, libros. ¿Se ha restablecido usted ya? Pauline tuvo un gran disgusto el día de la fiesta del colegio, al saber que ni su marido ni usted, al hallarse enferma, habían podido venir.

La señora Jones se mostró extraordinariamente sorprendida al oír tales palabras.

—Yo no he estado enferma —dijo—. Quise asistir a la fiesta, pero desistí porque Pauline nos escribió notificándonos que se había dado en Santa Clara un caso de escarlatina y las competiciones deportivas y demás actos se habían suspendido por ese motivo.

Alison estaba horrorizada. De pronto lo comprendió. Adivinaba a Pauline temerosa de que su madre hiciese un papel desairado entre los otros visitantes. Al pensar que todas sus compañeras hubieran descubierto que las cosas que contara antes constituían una retahíla interminable de mentiras, había inventado lo de la escarlatina para impedir la asistencia de sus padres. ¡Y pensar que ella se había fingido disgustada, juzgando su ausencia una terrible contrariedad!

Ángela, por supuesto, también había oído las palabras pronunciadas por aquella humilde mujer. En su rostro se dibujó entonces una desdeñosa sonrisa.

—Pues lo cierto es que no hubo ningún caso de... —comenzó a decir.

Pero Alison estaba allí para impedir que Ángela participara en la conversación. Dándole un fuerte codazo, hizo callar a su amiga, que la miró extrañada. En aquel instante Ángela descubrió un destello de furia en los ojos de Alison. ¿Cómo se atrevía a tratarla de ese modo?, se preguntó.

—Espero que Pauline se sienta feliz en Santa Clara —manifestó la señora Jones—. Siempre había deseado venir a este colegio, desde la primera vez que oyó hablar de él, me parece. Yo no creí llegar a contar nunca con medios suficientes para

satisfacer su ilusión, pero ahorré cuanto pude. Su pobre padre está inválido desde hace varios años. Bueno. Supongo que ella ya os habrá contado todas estas cosas. No teníamos mucho dinero, desde luego, pero no quise que Pauline se privara del placer de ingresar en un colegio tan bonito como el Santa Clara. Finalmente le dije: *«Seguramente no podrás disponer de tanto dinero como tus compañeras cuando estés en Santa Clara, pero, si te acomodas a la situación, no seré yo quien te impida satisfacer tus aspiraciones»*.

Cuando decía estas cosas, la señora Jones se dirigía a Alison. Le había agradado su menudo y lindo rostro, y le alegraba tener alguien con quien hablar. Ángela echó a andar aprisa, subiendo la ladera que conducía al edificio del colegio.

—Hay un buen trecho desde la ciudad hasta aquí, ¿verdad? —inquirió la señora Jones, jadeante—. No quise tomar un taxi porque son siempre muy caros. Además, pensé que me vendría bien andar y que el ejercicio no supondría para mi ningún esfuerzo serio. ¡Pobre Pauline! ¡Qué mala suerte, haberse roto la pierna! Me imaginé que se alegraría de verme por lo que me puse en camino lo antes posible.

Alison no estaba tan segura de aquello. La chica se dijo que si Pauline había recurrido a tantas mentiras para mantener a su madre alejada del colegio durante la fiesta, poca alegría podía causarle ahora su llegada. A los ojos de sus compañeras quedaría para siempre como una redomada embustera.

«Esta Pauline me disgusta profundamente —pensó Alison—. Explota a esta pobre mujer que probablemente se priva de mil cosas para poder pagar los gastos de la estancia de su hija en Santa Clara, y la mantiene alejada del colegio porque se siente avergonzada de ella. ¡Es increíble! Una persona que se porte así tiene que carecer forzosamente de buenos sentimientos».

Alison condujo a la señora Jones hasta la misma puerta del colegio y la presentó luego a una de las sirvientas. A continuación se marchó para quitarse su chaquetilla y unirse a sus compañeras en la sala común.

«Espero que Ángela no opte por reírse de la madre de Pauline —pensó Alison, presa de cierto nerviosismo—. ¡Qué lástima me da esa mujer! ¡Tiene un aire tan fatigado! Sí, como de persona que ha sufrido mucho».

Los temores de Alison eran justificados, sólo abrir la puerta de la sala oyó la voz de su amiga.

—¡Ya sé quién es la que ha estado sustrayendo al ama de llaves el dinero y las otras cosas! No me cabe la menor duda. ¡Ha sido Pauline!

—¿Pauline? ¿Qué quieres decir? ¿Por qué estás tan segura? —preguntó Janet inmediatamente.

—Te diré el porqué enseguida —contestó Ángela, haciendo una pausa teatral—. Alison y yo hemos conocido a la madre de Pauline cuando veníamos por la carretera. De cuanto la mujer nos refirió se deduce que nuestra compañera no es sólo una

cuentista de marca mayor, sino una ladronzuela.

Capítulo 20

ÁNGELA Y CARLOTA

—Tendrás que ser más explícita —dijo Bobby.

Todas las alumnas presentes se congregaron en torno a la muchacha. Faltaba en el grupo Claudina.

—Está bien, escuchadme —contestó Ángela, adoptando un insoportable aire de suficiencia—: Alison y yo avanzábamos por la carretera, en dirección hacia aquí, cuando vimos a una mujer fea y menuda, vestida de luto. Yo la tomé por una cocinera, que se acercaba al colegio en busca de trabajo. Debéis saber que resultó ser la señora Jones, la madre de Pauline. Nada de la señora Bingham-Jones, por favor, sino Jones a secas.

—En realidad se trata de una mujer muy agradable —apuntó Alison, a la que sentaba mal el tono de desprecio con que su amiga había comenzado a referirse a la madre de Pauline.

—¿Agradable? —inquirió Ángela—. ¡Vulgar como ella sola! ¡Y pensar que Pauline ha intentado en todo momento ser más que yo, alegando que su madre era más guapa y elegante que la mía, pretendiendo que sus familiares eran más ricos que los míos, alardeando de poseer coches y otras cosas! Ahora sé que sus padres son más pobres que las ratas y que apenas cuentan con medios para poder tenerla interna en Santa Clara.

¡Ya le diré a Pauline, cuando la vea, lo que pienso de esa pobre mujer! Ya le diré, sí, lo que pienso de nuestra querida señora Jones, que va vestida como una cocinera y pide con voz quejumbrosa noticias acerca de su pequeña Pauline.

Antes de que nadie pudiera hablar, Alison se puso en pie. Estaba muy pálida y en sus ojos brillaba una extraña mirada.

—Tú no dirás a Pauline nada de lo que piensas. Tú no dirás a Pauline nada que pueda avergonzarla de su madre. ¿No comprendes que llegarías a conseguir que la odiara al saber que la viste, al enterarse de que vas diciendo por ahí todas esas cosas? Reconozco que la chica se ha portado mal, pero no estoy dispuesta a consentir que agraves la situación.

Ángela quedó desconcertada. ¿Cómo podía hablarle Alison, su mejor amiga, en aquel tono? La miró fijamente, incapaz de pronunciar una palabra. Finalmente, logró hablar, balbuciente:

—Si tú te muestras adicta a la gente del tipo de la madre de Pauline, debo decirte que no sabes lo que me alegra que no vengas a pasar las vacaciones conmigo. ¡Me marchó! No quiero seguir aquí, viéndome insultada por una a quien tuve por mi

mejor amiga.

—Es posible que no quieras escuchar a Alison, pero en cambio vas a prestarnos una absoluta atención a nosotras —dijo Carlota. Sus ojos de gitana parecían echar fuego—. Aprovecharemos esta oportunidad para decirte varias cosas.

La pobre Alison comenzó a temblar, pues detestaba las riñas. Ángela se encaminaba a la puerta. Pero entonces, con gran enojo por su parte, se sintió cogida por dos de sus compañeras, que la obligaron a tomar asiento en una butaca. Apenas podía respirar.

—¡Soltadme, estúpidas! —exclamó con los dientes apretados.

—Has sacado a relucir con excesiva frecuencia el tema de las madres —dijo Carlota, mientras se inclinaba sobre la irritada Ángela, hablándole en un tono tan feroz que la chica, atemorizada, echó hacia atrás la cabeza—. Está bien. Nos ocuparemos una vez más de ellas. Pero en esta ocasión hablaremos de la tuya. No lo haríamos, de no ser necesario. Y es necesario, porque sólo así lograremos introducir un poco de sentido común en tu dura cabezota.

—Si no me soltáis, comenzaré a gritar —amenazó Ángela en un arrebato de ira.

—Cada vez que grites, te daré un cachete —contestó Carlota, golpeándola en un hombro con fuerza, hasta el punto que la otra se retorció, dolorida, y sofocó un gemido.

—Basta ya, Carlota —dijo Bobby—. No puedes ni debes hacer eso.

—¡Naturalmente que puedo! —repuso fríamente la aludida.

Ángela debía de ser de la misma opinión, porque guardó completo silencio.

—La madre de Pauline será vieja, vulgar, pobre —dijo Carlota—, pero todo eso no justifica el desprecio. En cambio, hay excelentes razones para despreciar a tu madre, Ángela. Es una persona mal educada, falsa, una eterna descontenta, una snob, ¡exactamente igual que tú! Nos harías un gran favor si le dijeras que no queremos volver a verla por aquí, que nos disgusta, que la despreciamos. Además, experimentaríamos una gran alegría si tomase la sabia decisión de sacarte de Santa Clara cuanto antes.

—¡Bien, bravo! —exclamaron al mismo tiempo Bobby, Janet y las gemelas.

Ángela estaba muy pálida. Aquellas palabras le resultaban sumamente desagradables. No obstante, llegaba a comprenderlas. En algunos momentos, durante la visita de su madre, se había sentido avergonzada. Ahora bien, no se había dado cuenta de hasta qué punto había sentado mal a sus compañeras su desdeñosa actitud hacia el colegio y cuanto éste albergaba.

—Ya está bien, Carlota —dijo Susan Howes, inquieta.

Susan tenía razón, Ángela parecía ir a desmayarse de un momento a otro. En aquellos instantes hubiera querido que se la tragase la tierra. Ella, que con sus alardes y bravatas había querido erguirse sobre todas sus compañeras, se veía tratada sin el

menor miramiento. Sollozando ahogadamente, la muchacha salió de la habitación.

—Gracias a Dios, ya se ha ido —comentó Pat—. Ánimo, Alison: me sentí orgullosa de ti al oírte hablar de esa manera.

Tal vez veas ahora a Ángela tal como nosotras la vemos desde hace tiempo.

—Sí —replicó Alison, muy afectada, evidentemente, por aquella escena—. Tengo un pobre concepto de ella. A mí la señora Jones me dio lástima. Ángela, en cambio, no pensó más que en reírse de ella desde un principio. Se diría que esa chica carece de buenos sentimientos.

—En realidad, vale muy poco —declaró Janet—. Bueno, el caso es que acaba de aprender que el amor engendra amor y que del odio no cabe esperar otra cosa que odio. Si no se enmienda, lo pasará muy mal.

—¿Será verdad eso que dice Ángela, que Pauline es la autora de los robos? —preguntó Doris—. Últimamente ha gastado mucho dinero. Si realmente es pobre, ¿de dónde lo sacó?

—Casi estábamos convencidas de que Claudina era la ladronzuela —manifestó Isabel—. También ella es pobre, bien lo sabéis. Casi nunca ha dispuesto de un solo penique. Y de repente la hemos visto gastar sin medida. Pensad que Claudina carece de escrúpulos. A mí me es muy simpática, pero ¡no tiene sentido del honor! ¿Será o no será la chica que ha hurtado tantas cosas al ama?

—Ssss... Ssss...

Una de las muchachas había impuesto silencio apresuradamente. Demasiado tarde. Claudina, que acababa de entrar en la habitación casi inadvertidamente, había oído con total claridad las últimas palabras pronunciadas por Isabel.

La francesita se abrió paso y se colocó entre las compañeras que se hallaban en la primera fila del corro.

Isabel miró sobresaltada a la sobrina de *Mademoiselle*. Hubiera dado cualquier cosa porque la chica no hubiese oído lo que acababa de decir.

—Lo siento, Claudina —murmuró—. No te enfades conmigo. Pensamos en ti porque tus ideas con respecto a la honradez difieren mucho de las nuestras. También nos imaginamos que, al no sentir el menor aprecio por el ama, podías haber querido vengarte de ella de ese modo.

Claudina miró a su alrededor. Su menuda faz reflejaba una intensa ira. Examinó atentamente el serio rostro de Isabel, estudió el asustado gesto de Pat, la atenta expresión de Bobby. Luego, con gran asombro por parte de las presentes, su enfado se esfumó.

Claudina echó la cabeza hacia atrás, ¡y empezó a reír a carcajadas!

Todas continuaron mirándola en silencio. ¡Verdaderamente, las reacciones de la traviesa francesita eran imprevisibles!

Bobby se dijo que Claudina era como *Mademoiselle*, con sus rápidos cambios de

humor, que pasaba fácilmente de la ira a la risa. ¡Era una auténtica bendición que aquella chica apreciara un destello de humor en las palabras de Isabel y demás chicas!

—No estoy enfadada —explicó Claudina por fin, mientras se limpiaba las lágrimas que le había causado la risa—. No, de veras que no estoy enfadada. Vosotras, las muchachas inglesas, sois tan serias, tan solemnes, tan honorables. También yo poseo mi sentido del honor. Aún no es como el vuestro, pero ya lo será, quizá, más adelante. La buena señorita Theobald me decía esta mañana que, al regresar a Francia, debía llevarme de este país una sola cosa: su sentido del honor.

—Es muy propio de la señorita Theobald expresarse en esos términos —comentó Janet—. Pero, dinos, Claudina, ¿de qué te reías ahora?

—Me reía porque de pronto recordé por qué yo disponía de dinero en abundancia estos días pasados —en los labios de la francesita había aparecido su contagiosa risa—. Sin embargo, si tengo que contároslo todo, debéis darme vuestra palabra de honor de chicas inglesas de que no diréis a mi tía Matilde una sola palabra.

—¡Oh, Claudina! ¿Qué es lo que has hecho? —preguntó Pat, que se imaginaba lo peor.

—¿Recordáis aquella hermosa funda de cojín que tanto le gustó a mi tía? Pues bien, ¡la vendí a la madre de una alumna por una cantidad para mí exorbitante! Yo necesitaba dinero.

Se acercaba el cumpleaños de algunas amigas. Entonces la madre de una de vosotras me compró mi preciosa funda y yo se la envié posteriormente por correo. Le expliqué que era mía y que necesitaba dinero, y se ofreció amablemente a ayudarme de esa manera.

—¿Se trataba de mi madre, Claudina? —preguntó Alison—. Te vi hablar con ella animadamente durante la fiesta. Además, es capaz de hacer una cosa como ésa con la seguridad de que no dirá nada a nadie. Espero que ponga tu cojín en mi dormitorio.

—Pudo haber sido tu madre, Alison —repuso Claudina sonriente—. Dejémoslo así. Mi sentido del honor me prohíbe ser más explícita en este punto. Y ahora, apelo a vuestro sentido del honor para que no le digáis a mi tía qué ha sido del famoso cojín. Yo le dije que se lo había enviado a mi madre.

—Eres una cuentista terrible, Claudina —declaró Gladys, impresionada por el desparpajo de la francesita—. No vacilas en decir mentiras a diestro y siniestro. No acierto a comprenderte. ¿Por qué no podías decirle a *Mademoiselle* que habías vendido la funda, en lugar de andar con embustes, haciendo un secreto de todo eso?

—¡Ah! Es que yo adoro los secretos —contestó Claudina con los ojos brillantes—. Tía Matilde habría escrito a la complaciente madre solicitando la devolución de la funda, previa devolución, por supuesto, a la interesada de su dinero. Total: yo habría sido la perjudicada. Siempre resulta bonito y conveniente ganar dinero, ¿no os

parece?

—Eres un verdadero rompecabezas, querida —opinó Janet—. Jamás lograré entenderte, Claudina. Dices mentiras para poder vender tu cojín, con objeto de procurarte algún dinero con el que adquirir regalos de cumpleaños; encierras al ama de llaves en un armario para que no estropee nuestros planes; y luego...

—¡Oh! No menciones más fechorías mías —dijo Claudina, finalmente—. Llegará un día en que seré buena. Sí, me volveré buena sólo con que pase en este magnífico colegio otra temporada más.

—Ya lo eres al no ofenderte por lo que te dije antes —manifestó Isabel calurosamente—. Me alegro de que nos hayas revelado la procedencia de tu dinero. Mucho me temo ahora que la culpa recaiga sobre Pauline. También ella ha dispuesto de él en abundancia últimamente. ¡Demonios! Me gustaría que no sucediesen nunca cosas como ésta. ¿Qué creéis que debemos hacer al respecto?

—Hilary y yo iremos a ver a la señorita Theobald. Se lo contaremos todo —declaró Susan—. La directora debe conocer hasta el último de nuestros pensamientos y también en qué se basan. ¡En marcha, Hilary!

Capítulo 21

ALISON ES UNA BUENA AMIGA

Hilary y Susan, tal como habían anunciado, se encaminaron al despacho de la señorita Theobald y llamaron a la puerta. La directora les indicó que pasaran. Afortunadamente, se encontraba sola. Levantó la vista y contempló, sonriente, a sus dos visitantes.

—¿Qué queréis de mí? Espero que no hayáis provocado otro conflicto.

—No, señorita Theobald —respondió Susan—. Lo que sucede es que andamos algo preocupadas con el asunto de los hurtos y tenemos una idea sobre la identidad de la persona que los realiza.

—Entonces, ¿por qué no ha venido la interesada a verme? —preguntó la directora, poniéndose seria.

—Es que no puede —explicó Susan—. Nosotras pensamos que es Pauline. Usted ya sabe que, como se rompió una pierna, actualmente está en la enfermería.

—¿Pauline? —preguntó la señorita Theobald, atónita.

No puedo creerlo. No es el tipo de persona que haría una cosa así. No. Es imposible que sea Pauline.

—Al principio pensamos en Claudina —manifestó Hilary—. Pero tuvimos que desechar la idea.

—¡Ah! Me alegro. Sin embargo, opino que Pauline no es la ladronzuela que buscamos. En ciertos aspectos no ha demostrado ser una chica muy sensata, pero de esto a juzgarla capaz de incurrir en una falta tan grave.

—Pues, mire, señorita Theobald, tenemos algo más que decirle con respecto a Pauline. Eso le hará ver que no se puede depositar en ella una confianza absoluta —argumentó Susan, gravemente—. Por supuesto, no hemos querido venir aquí a contar chismes. Sólo pensamos que podíamos resolver este problema nosotras mismas sin la intervención de personas ajenas al colegio.

—Tenéis razón —respondió la señorita Theobald, igualmente seria—. De acuerdo. ¿Qué es lo que tenéis que decirme de Pauline? En estos momentos está con su madre. Probablemente tendré ocasión de charlar con ella antes de que se marche.

Hilary y Susan pusieron al corriente a la directora acerca de las ridículas pretensiones de su compañera, de sus continuas mentiras. Le contaron la treta de que se había valido para mantener alejada del colegio a su madre durante la fiesta, aludiendo al falso caso de escarlatina, y el disgusto que la muchacha había fingido sufrir por la forzada ausencia de sus familiares. Además, Pauline había dado la sensación de disfrutar siempre de dinero de sobra. Entonces, ¿por qué su madre había

dicho a Alison que la chica pasaba algunas privaciones, debido a la escasez de medios de sus padres?

—Reflexionando detenidamente sobre todo esto —terminó Hilary—. Y teniendo en cuenta que, por otro lado, Pauline es una redomada embustera, llegamos a la conclusión de que podría ser ella quien ha robado al ama de llaves.

—Ya me hago cargo —dijo la señorita Theobald—. Es curioso, pero ocurre muy a menudo que la gente que miente por los motivos de Pauline es raras veces deshonesto en otros aspectos. Fijaos: Pauline miente porque ansia que se la estime por algo que no es. Se trata del único impulso que la mueve a actuar así. Si robara, tendría que bajar de su fingido pedestal para convertirse en una persona despreciable. Cuando se descubriese su secreto, todo el mundo la miraría por encima del hombro. En consecuencia: optará por no sustraer nada. Puedo equivocarme. Naturalmente, no echaré en saco roto lo que me habéis contado. Resulta raro que disponga de mucho dinero cuando su madre no se halla en condiciones de hacer frente a sus caprichos.

—Sí que es raro —corroboró Susan—. Bien, señorita Theobald, ya hemos puesto en conocimiento de usted cuanto sabíamos y hemos pensado últimamente. Desearíamos que este asunto se aclarara enseguida, ya que, como puede imaginarse, nos trae disgustadas a todas las compañeras. Nos consta que al ocuparse usted de él, como procede, queda en buenas manos.

Alguien llamó en aquel instante a la puerta.

—Entre —dijo la señorita Theobald.

Ésta hizo una seña a las dos chicas para que se marcharan. Pero antes les dijo:

—Mañana o pasado mañana, cuando Pauline se haya recuperado un poco de la impresión de su caída, hablaré con ella. El médico la ha escayolado. Pronto volverá a sus clases. Es indispensable que antes de su regreso el caso quede debidamente aclarado.

Una de las sirvientas del colegio entró en el despacho y esperó a que la directora acabase de hablar.

—La señora Jones desea charlar con usted unos instantes, por lo que solicita ser recibida.

—Dígale que entre.

La madre de Pauline apareció en la puerta del despacho. Hilary y Susan la miraron, curiosas, al disponerse a salir. De manera que aquella pobre mujer de cansado aspecto, vestida de un modo vulgar, era la brillante, elegantísima y bella persona de que les hablara una y otra vez su compañera de curso. ¡Qué criatura tan mentirosa era Pauline!

La señora Jones no se anduvo con rodeos. Nada más cerrarse la puerta de la habitación, dijo:

—¡Oh, señorita Theobald! Debo comunicarle que estoy muy preocupada por mi

hija. Al parecer no sintió la menor alegría al verme. Se enfadó incluso cuando le comuniqué que había conocido a dos de sus compañeras, con las que trabé conversación, cuando me dirigía hacia aquí. No acierto a entender a esta chica. Yo pensé que se pondría muy contenta con mi visita. Hasta censuró mi decisión, diciéndome que era muy exagerada. Después de todo, señorita Theobald, no tengo más hijas que ella. ¡Significa tanto para mí!

La directora contempló unos momentos en silencio a la afligida mujer y sintió una pena inmensa. Se preguntó si debería hablarle acerca de sus estúpidos alardes de riqueza. ¿Estaba bien que le explicara que la actitud de Pauline era producto de la vergüenza que le inspiraba el hecho de que con la visita de su madre se descubriesen todas sus mentiras? ¿Estaba bien que le dijera que Pauline se avergonzaba de su madre, de no tener dinero, hasta el punto de haber llegado a inventarse una nueva familia, un nuevo hogar? Finalmente, decidió callar.

Lo único que conseguiría con aquello sería herir a la pobre mujer y añadir a sus preocupaciones habituales otra, quizá más dolorosa. Hablaría con Pauline en cuanto se le presentase una oportunidad favorable. Quizá la chica acertase a corregirse.

De momento, intentó consolar a la señora Jones.

—No se apure. Es que Pauline debió de sufrir una tremenda conmoción por el accidente. No haga el menor caso de lo que le diga en estos momentos.

La mujer se fue convencida a medias. La señorita Theobald suspiró. Se enfrentaba con una serie de difíciles problemas. ¿Qué hubiera dicho la señora Jones si se hubiese enterado de que, además de una estúpida presuntuosa, su hija era una ladrona?

«Está decidido —pensó la directora—. Mañana o pasado mañana Pauline y yo hablaremos largo y tendido. Lo único que deseo es que el ama no me venga con alguna nueva complicación. Desde luego, hay que reconocer que es una persona bastante desagradable».

¡Era difícil que la madre de Eileen no diera guerra! A la mañana siguiente entró como un vendaval en el despacho de la señorita Theobald, tenía otra queja que exponer.

—¡Esta vez han desaparecido diez chelines! ¡Un billete de diez chelines! Míos, desde luego. Había escondido el billete en mi cesto de costura, para mayor seguridad. Pero con todo y eso han desaparecido. Señorita Theobald, es preciso descubrir a la ladrona para expulsarla inmediatamente del colegio.

La directora, atónita, no acertaba a comprender. ¿Cómo podía ser Pauline la autora de los hurtos, si se encontraba en la enfermería con una pierna rota? Después, a medida que el ama le proporcionaba datos, creyó entender lo que había sucedido: el cesto de costura había sido llevado por la madre de Eileen a la enfermería. El ama había querido aprovechar el tiempo que pasaba junto a la cama de Pauline.

En estas condiciones la chica podía haber sustraído aquel dinero. Claro que era preciso tener en cuenta también que varias de sus compañeras habían ido a visitarla. Todo aquello era muy enojoso. La señorita Theobald se deshizo del ama tan pronto como le fue posible. Las alumnas de cuarto le estaban dando mucho trabajo.

Las chicas, después de la memorable discusión en la sala común, se conducían de una manera muy fría con Ángela. La muchacha se sentía muy desdichada, pero nadie se preocupaba de ella, ni siquiera Alison.

Al dar las doce y media, Alison vio que su amiga se ponía el sombrero. Su compañera se disponía a salir sin duda.

—¿Adónde vas? —le preguntó—. Sabes perfectamente que no podemos ir solas a la ciudad. ¿Quieres que te acompañe?

—No —respondió Ángela hoscamente—. Si tienes interés en saber qué es lo que me dispongo a hacer, te lo diré. Voy a meterme en la primera cabina telefónica que encuentre para hablar con mi madre. Pienso contarle todo lo que habéis dicho de ella aquí, para pedirle a continuación que me saque del colegio cuanto antes.

—No hagas eso —le aconsejó Alison, afectada—. Te dijimos todas aquellas cosas tan desagradables porque adoptaste una actitud injusta con la pobre señora Jones.

Pero Ángela no se dejó convencer y finalmente se fue. Alison, disgustada, esperó su regreso sin comentarles nada a sus compañeras. Se imaginó a la madre de su amiga, en el momento de apearse de su Bentley, altiva, desdeñosa y dispuesta a decir todo lo que pensaba de Santa Clara y sus internas. El pensamiento no tenía nada de agradable, ciertamente.

Cinco minutos antes de que sonara el timbre que señalaba la hora comer, Ángela volvió. Había estado llorando, indudablemente. Todavía se advertían en sus mejillas las huellas de las lágrimas. Alison le salió al encuentro. Aquella humilde y desconsolada Ángela que tenía ante ella en estos momentos, le gustó mucho más que la de días atrás, orgullosa y petulante.

Volviéndose hacia Alison, la altiva Ángela comenzó a llorar.

—¡Ay, Alison! Mamá no se encontraba en casa. Tuve que hablar con mi padre. Pero, en vez de escucharme, en vez de consolarme, se enfadó conmigo. Me dijo que mamá se había portado de una manera indigna durante la fiesta, alegando que no tenía derecho alguno a exteriorizar sus opiniones en la forma en que lo hizo. Él procura que me eduquen para que nunca adopte tal comportamiento. También me ha comunicado que piensa venir hoy a Santa Clara para hablar con la señorita Theobald.

—¡Oh, Ángela! —exclamó Alison, asustada—. Esto es terrible. Debe de estar muy irritado. Y la señorita Theobald se enojará lo indecible cuando se entere de que has llamado por teléfono a tus familiares con la idea de quejarte del colegio.

¡La cosa se complica para ti, querida!

—Lo sé —convino Ángela entre sollozos—. ¿Qué puedo hacer para evitar lo que

se me avecina? ¡Oh, Alison! Reconozco que me he portado mal. Pero, por favor, no me abandones tú también. Mi conducta con respecto a la señora Jones es incalificable. Me avergüenzo sólo de recordarlo. Vuelve a ser mi amiga, Alison.

—Ángela —contestó la aludida, poniéndose seria de pronto—. He sido una mala amiga para ti. He procurado ensalzarte, halagarte, pensando y haciéndote pensar que el mundo giraba a tu alrededor. Más te habría favorecido si me hubiera reído de tus cosas y te hubiera importunado, como hacían las demás. Bobby, o las gemelas, han sido mejores amigas tuyas que yo. Ellas querían enseñarte por muy diversos caminos a comportarte más sensatamente. Yo te he perjudicado al fomentar tus caprichosos alardes.

—No importa. Ahora lo que quiero es que continúes siendo mi amiga —dijo Ángela en tono suplicante—. Por favor, Alison, me esforzaré en ser mejor. Pero ¿qué le diré a papá cuando se presente aquí esta misma tarde? Cuando se enfada de veras, me da miedo.

—Escúchame con atención, Ángela. En cuanto hayamos comido, volverás a la cabina telefónica. Pero esta vez te acompañaré yo. Llamarás a tu padre y le dirás que, tras meditar un poco, has llegado a la conclusión de que te has portado como una tonta y que deseas que te dé otra oportunidad para enmendar tu actitud. Por último, hablaré yo con él. Quizás entre las dos evitemos su visita a Santa Clara.

—¡Qué buena eres, Alison! —exclamó Ángela mientras se enjugaba los ojos—. A papá le resultaste simpática. Te escuchará. ¡Oh, no sabes cuánto agradezco tu ayuda!

El timbre que anunciaba la hora de la comida había sonado hacía algunos minutos. Las muchachas llegaron con retraso a su mesa. La señorita Ellis, al observar los hinchados ojos de Ángela, se contentó con hacer un comentario a título de reprimenda.

En cuanto acabaron de comer, las chicas hicieron lo que habían acordado.

Poco después de entrar en la cabina telefónica, Ángela pronunciaba su breve discurso.

—He sido una estúpida. Ahora me doy cuenta de ello. No es preciso que vengas, papá. Haré cuanto esté en mi mano para ser mejor. He aquí a mi amiga Alison, que desea hablar contigo.

Ángela pasó a Alison el auricular. Bastante nerviosa, la chica comenzó a decir las frases que llevaba preparadas:

—¡Buenas tardes! Le habla Alison, la amiga de Ángela.

Su hija se encuentra perfectamente. Estaba un poco alterada, pero ya se le ha pasado. Tengo la seguridad de que Ángela va a cambiar, ya verá. No será necesario que abandone usted sus ocupaciones para venir aquí.

A juzgar por el tono de su voz, el padre de Ángela estaba verdaderamente irritado.

—De acuerdo. Hoy, como tengo mucho trabajo, no iré. Sin embargo, dile a mi

hija que, si sigue con sus insensateces, visitare Santa Clara con la intención de organizar un buen zipizape que ella será la primera en lamentar. Mandé a mi hija a ese colegio porque es el mejor de cuantos conozco. Y ahí se quedará hasta que piense como yo en éste y otros aspectos. Si eres de verdad su amiga, ayúdala a comprender eso. Sé que estás desde hace ya algún tiempo en Santa Clara.

—En efecto —contestó Alison con toda formalidad.

¡No hay otro colegio como éste! Ya verá como Ángela piensa pronto igual que nosotros.

—No la acostumbéis mal, pequeña —dijo la lejana voz, que ahora parecía menos seca—. ¡Procurad que abra los ojos a la realidad! Puede que parezca una dorada princesa, o un ángel, pero eso en todo caso sólo lo es por fuera. Yo quiero que ella consiga madurar todo lo posible. Dile que se ponga de nuevo al teléfono.

Lo que Ángela oyó a continuación la consoló.

—Gracias, papá. Descuida, por mí no quedará. Tengo verdadero interés en complacerte. Adiós, adiós.

La chica parecía más animada después de colgar el aparato.

—Papá me ha dicho que, aunque se enfada frecuentemente conmigo, me quiere mucho. Y ha añadido que si yo a mi vez le quiero, debo esforzarme por ser tal como él desea. Pienso complacerle. ¡Gracias por tus consejos, Alison!

Ángela se cogió del brazo de su amiga y ambas emprendieron el camino del colegio. Alison reflexionaba.

«¡Se acabó el decir a todas horas que Ángela es muy atractiva! ¡Nada de continuas alabanzas, nada de compararla con un ángel! ¡El parecido exterior no vale nada si no se lleva dentro algo más sólido! Hay que meterse con ella, reírse de sus cosas, reprenderla por sus faltas. Eso es lo que haré para que me considere una buena amiga».

Sus compañeras observaron enseguida, con enorme asombro, que las relaciones entre las dos chicas habían tomado un giro inédito. Ángela era ahora la muchacha dócil. Y Alison llevaba la voz cantante.

—¡Bien por ellas! —exclamó Bobby, sonriente—. Esto hará de Ángela una persona más agradable y proporcionará a Alison una buena dosis de sentido común.

Capítulo 22

EL AMA DE LLAVES SUFRE UN SOBRESALTO

—¿Habrá hablado la señorita Theobald con Pauline acerca del asunto del dinero del ama? —preguntó Hilary a Susan, después de la hora del té.

Eileen levantó la vista, asustada. La chica no se encontraba presente el día anterior, cuando sus compañeras hablaron de aquel problema. También ignoraba que Hilary y Susan hubieran estado en el despacho de la directora. La joven se había visto sometida a apremiantes interrogatorios por parte de su madre, que ardía en deseos de averiguar qué habían hecho sus compañeras la noche del cumpleaños de Mirabel. Pero Eileen había sabido cumplir su palabra y no dijo nada.

—¿De qué habláis, Hilary? —preguntó confusa Eileen—. Pauline. El dinero de mamá. ¿Qué significa esto?

—¿No lo sabes? —dijo Janet, sorprendida—. ¡Ah, claro!

Tú te encontrabas con tu madre cuando nosotras discutimos el caso. Y hoy es la primera vez que nos ocupamos de ello. Poco es lo que podemos decirte. Simplemente: todas pensamos que Pauline es la autora de los hurtos que ha venido sufriendo tu madre en el transcurso de las últimas semanas. Hemos averiguado que los padres de nuestra compañera apenas disponen del dinero necesario para tenerla como interna en Santa Clara. Como en las últimas semanas ha gastado bastante, suponemos que ella es la ladrona. Quien tiene el valor para mentir como Pauline, lo tiene para robar.

—En el momento oportuno, la señorita Theobald le ajustará las cuentas —afirmó Susan—. Hilary y yo la visitamos ayer para ponerle al corriente de todo. Lamento que Pauline se haya roto una pierna, pero pienso que éste es el castigo que merece por sus muchos hurtos y mentiras.

Eileen miró de una manera muy extraña a sus compañeras. Por un momento todas observaron a su compañera con curiosidad.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Bobby.

—Claro que me encuentro bien —respondió mecánicamente Eileen.

Luego se levantó y salió de la habitación. Instantes después sus compañeras, atónitas, la vieron correr por el enarenado sendero del jardín.

—¿Qué le ocurre a Eileen? —preguntó Hilary, desconcertada—. ¿Es que se ha olvidado de que esta noche tenemos estudio?

Todo apuntaba a que así era. La chica no volvió a su hora y entonces la señorita Ellis mandó preguntar al ama si había retenido a su hija por alguna causa. La madre de Eileen apareció en la puerta de la clase. Daba la impresión de continuar enojada.

—Ignoro dónde para Eileen —dijo—. Espero que la castigue, señorita Ellis. Se ha vuelto una muchacha muy terca.

Eileen tampoco se presentó a la hora de la cena. Las muchachas no volvieron a verla hasta el momento en que se desnudaban para acostarse. Doris se había asomado a una de las ventanas del dormitorio en el instante en que Eileen se acercaba por el jardín. Iba con otra persona.

—¡Viene con Eddie! —exclamó Alison—. ¡Santo Dios, en qué lío se va a meter Eileen! Debió de salir en busca de su hermano con idea de traerlo aquí.

La hija del ama de llaves estaba sofocada y parecía haber llorado. Eddie tampoco daba la impresión de estar muy animado. Ambos desaparecieron de la vista de las muchachas al cruzar una de las entradas del edificio. En lugar de encaminarse a la habitación de su madre, la pareja se dirigió al despacho de la señorita Theobald.

—¡Ánimo, Eileen! —susurró Eddie—. ¡Estoy aquí contigo! Yo cuidaré de ti, hermanita.

La directora se quedó muy sorprendida al ver a Eileen en compañía de un muchacho. Ella le explicó entonces quién era Eddie.

—Se trata de mi hermano Edgar.

De pronto, Eileen comenzó a sollozar. La señorita Theobald se sintió conmovida. Eddie apoyó con gesto protector su brazo derecho sobre los hombros de su hermana.

—No llores, Eileen. Yo contaré todo lo que ha sucedido.

El joven se volvió hacia la directora.

—Señorita Theobald: hoy Eileen se enteró de que otra chica, Pauline, iba a ser acusada de haber robado al ama de llaves, nuestra madre. Pues bien: ¡fue mi hermana la autora de los hurtos de dinero y las otras cosas!

—¡Vaya! —exclamó miss Theobald, mientras se decía que en los últimos días había experimentado una sorpresa tras otra—. Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que la llevó a incurrir en tan grave falta?

—Yo fui el causante —explicó Eddie—. Debe usted saber que al iniciar este curso conseguí un empleo en unos talleres de mecánica, cosa que alegró mucho a mi madre. Pero poco después sufrí un accidente con un coche y me despidieron.

Yo, yo no me atreví a decírselo a mi madre, señorita Theobald, puede usted creerme.

La directora contempló atentamente la delgada faz del muchacho que tenía ante sí. No le extrañó que temiera a su madre, una mujer brusca, de mal genio. ¡Cómo le habría puesto de haberse enterado de que aquella oportunidad se le había ido de entre las manos!

El joven tragó saliva antes de proseguir. Continuaba con su brazo en torno a los hombros de su hermana.

—Pensé que no tardaría en encontrar otro empleo. Entonces mamá creería que,

simplemente, me había limitado a cambiar de patrono. Pero no tenía dinero y me veía en la necesidad de pagar mi comida y el hospedaje. Así que me las arreglé para llegar hasta aquí. Quería ver a Eileen sin que se enterara mi madre. Después le rogué que me diera el dinero que tuviese.

—Ya comprendo —asintió la señorita Theobald gravemente—. A raíz de esto, Eileen inició sus hurtos con el fin de que a usted no le faltara de nada.

—Yo ignoraba que mi hermana estuviese haciendo eso.

Creí que el dinero era suyo, que procedía de su hucha o de su cartilla de ahorros. Eileen también me proporcionaba galletas, así como papel de carta y sellos, con objeto de que pudiese escribir para solicitar algunos de los empleos que aparecen publicados en la prensa.

Señorita Theobald, Eileen se ha portado muy bien conmigo.

—Tú sabes perfectamente, Eddie, que haría cualquier cosa por ti —dijo, entre sollozos, la pobre Eileen—. Señorita Theobald: cuando me enteré de que Pauline iba a ser acusada de una falta de la que yo soy culpable, me apresuré a ir en busca de Eddie para contárselo todo. Entonces decidió presentarse aquí con el propósito de hablar con usted. ¡Oh, señorita Theobald No nos atrevíamos a decírselo a nuestra madre!.

—¡Qué conflicto! —exclamó la directora.

En el fondo de su corazón consideraba al ama de llaves la principal culpable. Pensaba que, de haber sido una madre afable no se hubiese llegado a esa situación. Su Eileen, e igualmente Eddie, habrían acudido a ella en demanda de consuelo y ayuda, en vez de ocultarle lo sucedido.

Eileen, asustada, había optado por lo peor. La chica se secó los ojos.

—Como Eddie es mi hermano, yo pensé que, al quitar a mi madre su dinero y otros efectos, no incurría en ninguna falta imperdonable. A fin de cuentas, sólo pretendía ayudarle.

—Aun así, tal acto constituye un delito —explicó la señorita Theobald—. Me satisface una cosa, Eileen: que no permitas que una compañera tuya pague por ti. He aquí un buen tanto a tu favor.

Hubo una pausa. Luego tomó la palabra Eddie, que se hallaba bastante nervioso.

—Señorita Theobald, ¿aceptaría usted hablar con nuestra madre? Le rogamos que se entreviste con ella. Si le habla usted primero, quizá luego no se muestre tan inflexible con nosotros.

La directora sonrió.

—De acuerdo. Hablaré con ella. Mientras tanto, los dos permaneceréis en la habitación contigua. Así lo hicieron. Se les veía tristes y asustados. La señorita Theobald pulso un timbre. Acudió una sirvienta, a la que ordenó que avisara al ama de llaves, pues deseaba hablar con ella.

La madre de Eileen apareció enseguida. Iba vestida con su immaculado uniforme, y llevaba un delantal almidonado que crujía al menor movimiento.

—Siéntese, ama —dijo la directora—. He averiguado quién es la autora de las sustracciones y quería tratar con usted del asunto.

—Explíquese, estoy ansiosa —dijo el ama, muy rígida.

Al fin y al cabo, señorita Theobald, tengo a una hija interna en este colegio. La convivencia con una ladrona puede ser una influencia muy perniciosa.

—De acuerdo. Personalmente no pienso decidir esa cuestión. Será usted quien lo haga. Nadie más.

Los ojos del ama parecían lanzar chispas.

—Gracias. Considere que ya he resuelto lo que es preciso hacer: la chica abandonará el colegio. ¡Mañana mismo!

—Conforme. Ahora escúcheme, por favor. La chica no robaba para ella. Se proponía simplemente ayudar a una persona querida que se hallaba en un aprieto.

—El robo no deja de ser robo por eso —argumentó el ama, adoptando una actitud solemne.

—La muchacha no se atrevió a recurrir a su madre en demanda de ayuda o consejo —insistió la directora.

—Entonces esa madre es tan culpable como la chica. Cuando una madre inspira tanto miedo a sus hijos que éstos no se sienten con valor para confiarle sus problemas, ha fracasado como tal.

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Pero la chica ha tenido arrestos suficientes para venir a contármelo todo a —mí, rogándome que se lo dijera.

—¿Dónde está? —preguntó el ama con fiereza—. ¡Le voy a decir unas cuantas cosas bien dichas! ¡Mañana, sin falta, saldrá del colegio!

La directora se puso en pie y abrió la puerta que comunicaba su despacho con el cuarto contiguo.

—Aquí dentro encontrará usted a la ladronzuela. Y también a su hermano —dijo.

El ama cruzó el umbral de aquella habitación dispuesta a ensañarse con la autora de los hurtos. Enseguida vio a Eileen y Eddie. Se los quedó mirando sin saber qué hacer.

—¿Qué significa esto? —balbuceó—. ¿Por qué motivo se encuentra aquí Eileen, acompañada de Eddie?

—Eileen es la ladronzuela de que le he hablado, ama. Y Eddie era la persona para la cual ella robaba. Usted es la severa madre a quien ninguno de los dos se atrevía a recurrir en demanda de consejo y ayuda. Y ahora yo pienso, conociéndola a usted como la conozco, que decidirá abandonar inmediatamente el colegio de Santa Clara en lugar de su hija.

El ama miró a la señorita Theobald con la boca abierta y su barbilla comenzó a

temblar. Su mirada se posaba alternativamente en Eileen y Eddie. La muchacha lloraba de nuevo.

—Es usted una mujer insensible, rencorosa —prosiguió la directora—. Estos chicos necesitaban de su ayuda y consuelo, ¡algo que usted no ha sido capaz de proporcionarles!

—Hoy conseguí otro empleo, mamá —declaró Eddie—. Te devolveré todo el dinero que Eileen te quitó, hasta el último penique. No la riñas. Lo hizo porque me quiere. Pronto ganaré lo suficiente para tener una casa. Entonces dejaremos de ser una carga para ti. Te hemos dado muchos disgustos. No valemos gran cosa, pero siempre procuramos superarnos. Yo cuidaré de Eileen ahora.

—No, Eddie, no —contestó su madre con voz ahogada—. No hables así. ¿Qué he hecho yo, Señor, qué habré hecho para merecer este castigo?

La señorita Theobald cerró la puerta del cuarto. Nadie mejor que ellos tres para resolver sus problemas. El ama de llaves recogía los frutos de lo que había sembrado. Probablemente, los dos hermanos marcharían bien en lo sucesivo, porque se amaban y sabrían mantenerse unidos. Eran unas criaturas de voluntad débil, pero del cariño que se profesaban mutuamente sabrían extraer fuerza y valor para avanzar en la vida.

La directora descolgó el teléfono y marcó un número. A los pocos segundos hablaba con la antigua ama de llaves de Santa Clara. Ya estaba casi recuperada por completo de su enfermedad.

—¿No podría volver mañana? Puede tomarse todo el tiempo que precise, ¡pero nosotros ya no podemos pasar sin usted! Sí. Presiento que su sustituta no estará aquí mañana. ¡Magnífico! ¡Nos alegraremos mucho de tenerla de nuevo en Santa Clara!

Capítulo 23

TODO RESUELTO, POR FIN

Aún quedaba algo por hacer. Era preciso ver a Pauline para poner orden en sus cosas.

Con esa intención, al día siguiente, la señorita Theobald, más seria que de costumbre, entró en el cuarto que ocupaba la chica en la enfermería del colegio. Pauline se sorprendió.

Era la segunda visita que la chica recibía en el transcurso de la jornada. La primera fue una nueva ama de llaves, alegre, jovial y bulliciosa. La muchacha no pudo disimular su alegría.

—¡Hola, pequeña! De manera que te has roto una pierna, ¿eh? Veo que eres muy descuidada. Supongo que no irás a convertir eso en un hábito, ¿verdad?

—¿Dónde está la otra ama? —preguntó Pauline.

—Se ha marchado del colegio a toda prisa —le explicó la recién llegada ordenando las ropas de la cama—. Por eso he vuelto. Debo advertirte que yo soy un auténtico gato viejo.

Hace muchos, muchos años que estoy en Santa Clara, tantos que quizá mi edad alcance el siglo. He tenido el gusto de reprender a muchas madres de las que ahora estáis aquí, bajo mi tutela.

—¡Ah, ya sé! Usted es la antigua ama, de la que me han hablado en innumerables ocasiones mis compañeras —contestó Pauline, complacida—. ¡Estupendo! ¿Por que se fue la otra ama? ¿Se marchó Eileen también?

—Sí. Pero, bueno, eso a nosotras no nos importa. ¿Eh, qué tal? ¿Te sientes más cómoda con esas almohadas?

Pauline se había recobrado apenas de esta sorpresa cuando entró la señorita Theobald en el cuarto. Como de costumbre, la directora fue al grano. La chica, horrorizada, supo entonces que tanto sus compañeras como la señorita Theobald estaban enteradas de la ridícula comedia que había representado desde el momento de su llegada al colegio.

Se sentía profundamente avergonzada. La directora, implacable, le soltó todo un discurso, que finalizó aludiendo a su madre, dolorida y atormentada con su actitud.

—Vino a verte nada más enterarse de lo que te había ocurrido. Llegó cansadísima, a pie desde la estación, para ahorrarse el gasto de un taxi. ¡Y vaya acogida que le dispensaste!

Pauline volvió el rostro hacia la pared. Una lágrima surcaba su mejilla.

—Todavía tenemos que hablar de otra cuestión. Alguien ha estado robando dinero últimamente. Por otra parte, tú has dispuesto de bastante a lo largo de las pasadas

semanas. Como tus compañeras no se explican su procedencia, han llegado a suponer que pudieras ser la ladrona. Así, pues, Pauline, fíjate bien a qué terribles extremos puede conducir la jactancia, el alarde innecesario.

—¡Oh, señorita Theobald! Jamás robé nada a nadie. Yo tenía algunos ahorros en el banco y me traje mi libreta sin que mamá se enterara. He sacado algún dinero a medida que lo necesitaba. ¡Créame!

—Te creo —repuso la directora—. Pero tendrás que entregarme tu libreta de ahorros, y en lo sucesivo no sacarás un solo penique sin contar con la autorización de tu madre. Y, si vas seguir en Santa Clara, deberás conducirte como muchas de tus compañeras que normalmente cuentan con poco dinero para sus gastos. Y reconocerlo así, sin tapujos de ningún género, abiertamente. Las personas no pierden nada por eso. No debemos juzgar a las demás por el dinero que poseen, sino por lo que son tienes que asimilar esta lección, Pauline, pues en caso contrario no conocerás jamás la felicidad.

—Me siento muy desdichada —musitó la chica, deseosa de oír una palabra cariñosa—. No sé, no sé si me atreveré a enfrentarme con mis compañeras.

—Di a Susan y a Hilary que reconoces haberte portado como una estúpida —sugirió la señorita Theobald—. Han sentido mucho lo de tu accidente. Seguramente se preocuparán de que las otras te acojan con agrado. Pero deberás esforzarte para conquistar su amistad. Pauline, no intentes jamás lograr amigos contando historias sobre supuestas riquezas o posesiones. Gana la amistad de tus amigas mostrándote sincera, natural, cortés. Antes dijiste que te sientes desdichada. Bien. Ésa es una parte del castigo al que te has hecho acreedora con tu conducta. Tendrás que soportarlo con valor, animada por el firme propósito de no reincidir. No te queda otro remedio.

La señorita Theobald dio la vuelta para encaminarse a la puerta. Pero antes dirigió una afectuosa sonrisa a Pauline, que a ésta le sirvió de consuelo.

Procedió de acuerdo con las instrucciones de la directora y se confió a Hilary cuando su amiga fue a verla. Hilary se mostró franca, pero servicial.

—Has sido una estúpida, verdaderamente, Pauline. Sin embargo, te ayudaré. Influiré en las demás para que se porten bien contigo, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Pauline.

—Tendrás que escribir a tu madre y reconocer que fuiste muy desabrida con ella cuando vino a verte. Tendrás que decirle que la próxima vez que visite Santa Clara no ocurrirá tal cosa. ¿Qué quieres, Pauline? No esperarás que lo haga yo todo, ¿verdad? Tienes que colaborar. Y, por este curso, deja las pretensiones a un lado, que ya está bien, si no quieres que te cueste caro.

Después de haber dado a su amiga ese consejo, Hilary se fue en busca de sus amigas para notificarles que Pauline, por fin, había decidido convertirse en una muchacha juiciosa. Considerando que había tenido la desgracia de romperse una

pierna y que en aquellos momentos se sentía muy desgraciada, ¿por qué no dispensarle una cordial acogida con ocasión de su reincorporación al grupo?

—Eileen se ha ido; Ángela se está reformando a marchas forzadas; Pauline se vuelve juiciosa; el ama sustituta se ha esfumado. ¡Esto va viento en popa! —exclamó Bobby haciendo una de sus muecas habituales.

—Ya sólo queda una cosa: que Claudina asimile nuestro sentido del honor —intervino Pat—. Luego no seremos más que un grupito de santas.

La semana siguiente, Alison tuvo carta de Eileen. La muchacha se la leyó a sus compañeras:

Querida Alison:

No sé si lo sabrás ya, pero debo comunicarte que yo fui la autora de los hurtos que sufrió mi madre. Eddie estaba sin trabajo (ahora tiene otro empleo) y debía hacer frente a sus gastos de manutención y alojamiento. Me pidió que le ayudara y yo hice lo que pude por él. Como yo tampoco disponía de dinero, cogí el de mi madre.

Mamá sufrió una impresión tremenda cuando todo se supo y no quiso permanecer un día más en Santa Clara. Decidimos irnos. La señorita Theobald se portó muy bien con Eddie y conmigo, hasta el punto de que quiso retenerme en el colegio. Yo no tuve valor para enfrentarme con vosotras, aparte de que entendía que ése no era mi sitio.

Ahora voy a ponerme a estudiar mecanografía y taquigrafía para colocarme en las oficinas de los talleres en que Eddie trabaja actualmente. Así estaremos juntos. Mi madre ha cambiado mucho. Debe de haberle afectado enormemente mi conducta, determinada, por otro lado, por la situación de Eddie. El carácter de mamá parece haberse suavizado. Creo que ahora apenas la reconoceríais. Eddie y yo pensamos liberar a nuestra madre de todo trabajo cuando estemos empleados los dos. Así se sentirá más descansada y, quizá, más feliz.

Pensé que lo más correcto era hacerte saber la causa de mi repentina marcha. En mi cesta de costura dejé olvidado un dedal de plata. ¿Quieres aceptarlo en prueba de gratitud, por haberme invitado a cenar fuera con tus padres el día de la fiesta del colegio?

Espero que Pauline se encuentre mejor. Por favor, Alison, no guardéis mal

recuerdo de mí. Sé que en ocasiones me porté mal, pero no os podéis imaginar por qué dificultades tuve que pasar ahí.

Vuestra, con toda gratitud,

EILEEN PATTERSON

Las muchachas se sintieron conmovidas. Alison localizó enseguida el dedal de plata e informó a sus compañeras que lo usaría siempre y que no pensaría jamás mal de Eileen.

—Se condujo mal y actuó como una soplona por culpa de su madre, principalmente —argumentó Bobby—. La verdad es que tenemos una gran suerte de que nuestras madres no sean mujeres de ese tipo.

Ángela se puso muy colorada al oír esta observación, pero no dijo nada. Ahora era otra chica. Se prometió que, cuando fuera a su casa, durante las vacaciones, se pasaría el día y la noche elogiando el colegio. ¡No permitiría a su madre que hiciese ni una sola observación despectiva! Las madres podían criar, ciertamente, hijos buenos o malos, pero éstos a su vez podían alterar el modo de ser de aquéllas. Ángela pensaba hacer cuanto estuviera en su mano para que su madre cambiara de opinión con respecto a muchas cosas. La señorita Theobald se habría sentido encantada de adivinar algunas de las ideas que cruzaban por la cabeza de la chica en aquellos días.

—Las vacaciones no tardarán en llegar —dijo Pat a Isabel—. Este ha sido un curso muy animado, ¿verdad? ¿No te alegras de que haya vuelto nuestra ama de llaves? Oye, Bobby, ¿qué tal si hiciéramos una buena broma? ¿No se te ocurre nada? ¿A Janet tampoco?

—Ya se nos ocurrirá algo, no te preocupes —repuso sonriente Bobby, cuyo rostro aparecía más moreno y poblado de pecas que nunca.

—Podríamos introducir una rana en el pupitre de Claudina y llenarle el plumier de tijeretas —sugirió Janet, dirigiendo una perversa mirada a la francesita.

—Si hacéis tal cosa, me apresuraré a coger el primer tren y el primer barco que salgan para mi país —amenazó Claudina.

—Y se iría —comentó Janet—. No. Creo que no debemos gastarle esa broma a Claudina. Sería una lástima que regresase a Francia sin haber asimilado ese sentido del honor de que habla a todas horas.

Claudina le arrojó un cojín a la cabeza. Éste fue a caer sobre el cesto de costura de Doris. La muchacha se levantó de un salto y arrojó el montón de ropa que tenía delante a la francesita. Las prendas se esparcieron por encima de Mirabel, que en aquel instante entraba en la sala. Las jóvenes comenzaron a reír a carcajadas al observar la expresión de asombro de la recién llegada, tocada en aquellos instantes,

por casualidad, con la blusa de Dios sabe quién.

Se armó un jaleo tremendo en un santiamén. Se oían continuos gritos. Surgían brazos, piernas y cabezas en los puntos más inesperados.

La puerta se abrió de nuevo y apareció en el umbral la señorita Theobald acompañada de una visitante.

—Y ésta es la sala común de las alumnas de cuarto. ¡Chicas, chicas! ¿Qué están haciendo? ¿Cómo serán dentro de dos cursos si ahora se conducen como si estuviesen en una escuela de párvulos?

¿Cómo serán en realidad? ¡Confío en que no habrán cambiado mucho por entonces! Esperemos a ver.

Notas

[1]Lacrosse: Juego por equipos parecido al hockey sobre hierba, pero que se practica con un palo o raqueta que lleva una bolsa de red y se juega principalmente en los países anglosajones.<<